

ROMANCERO

DE

HERNÁN CORTÉS


ESTABLECIMIENTO EDITORIAL
BARCELONA

Antonio Hurtado

Romancero de

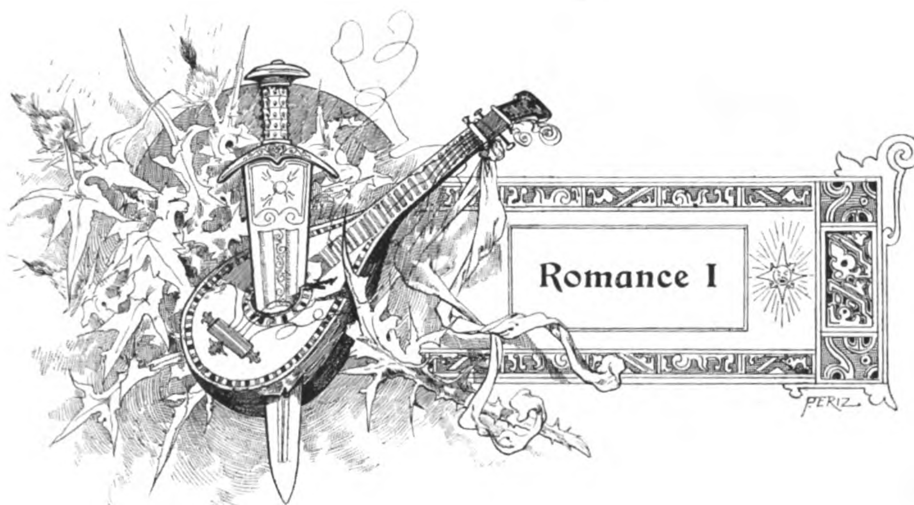


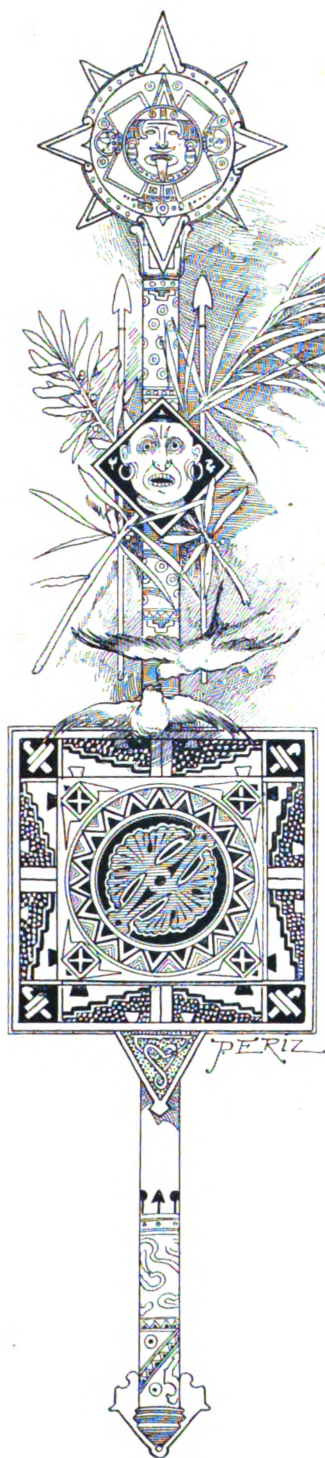
ernán Cortés

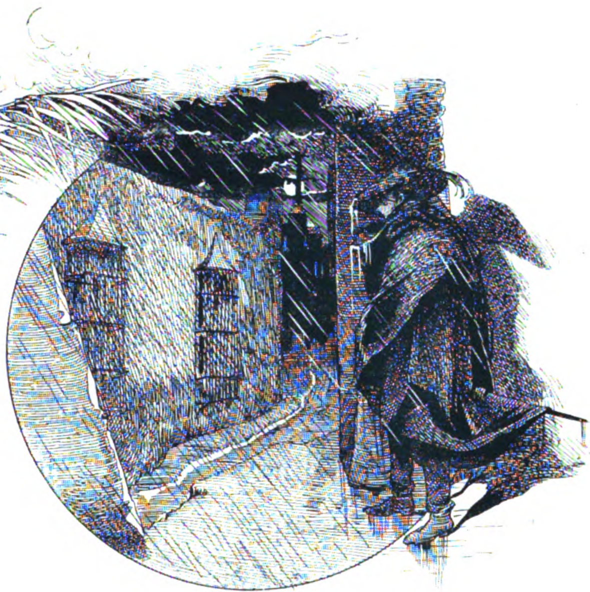
POEMA INÉDITO RICAMENTE ILUSTRADO

J. Espasa, editor.— Barcelona

Tipografía de José Espasa, calle de las Cortes, 221. – Barcelona


Romance I
PERIZ





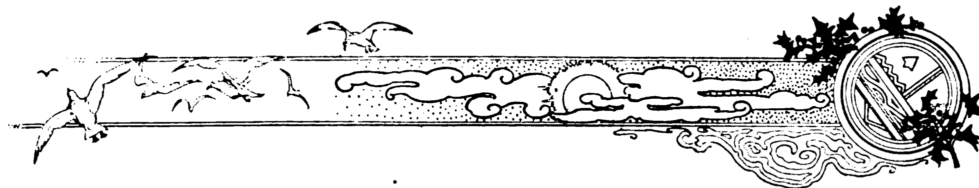
ROMANCE PRIMERO

LA CITA

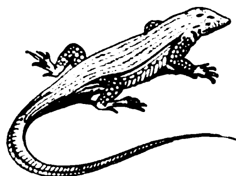
Bajo un cielo tenebroso
y al son de tormenta ruda,
en una noche de invierno
duerme Santiago de Cuba.
Medrosas callan las auras
ante el huracán que zumba,
y al bramido de los mares
sorda responde la lluvia.

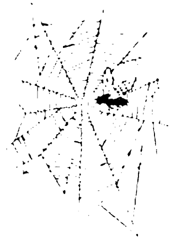
Trémula, de vez en cuando,
cual ángel que paz anuncia,
entre celajes de nácar
asoma el rostro la luna.
Tenues, sus rayos de plata
las altas olas inundan,
como si calmar quisieran
con vivísima ternura,
del mar airado el enojo,
del fuerte aquilón la furia.
Mas como el viento no cesa
y el mar con las rocas lucha,
haciendo saltar al aire
blancas montañas de espuma;
como amante desairada,
descolorida y confusa,
los hilos de luz recoge
y entre las nubes se oculta.
Sin embargo, no es la sombra
tan intensa y tan profunda,
que no deje ver á un hombre
que en la calle se dibuja.
Capa y sombrero le cubren;
sombrero con negra pluma;
airón que al soplo del viento,



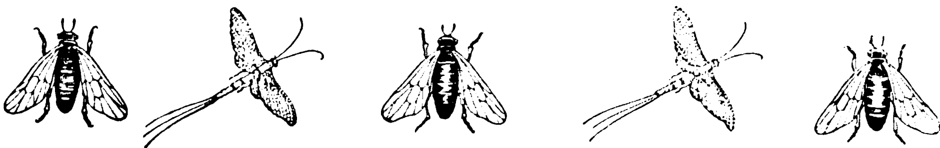


enojosamente ondula.
Clavado como una estatua,
espera en mortal angustia
que alumbre aquella borrasca
claro el sol de su ventura.
Mas como el tiempo se pasa
y el sol que espera no alumbra,
fatídica en su cerebro
brotó la luz de la duda;
luz que, bajando hasta el alma,
tanto la ofende y la asusta,
que navegando entre celos
vino á dar en la amargura.
Por eso unas veces anda,
otras se para y escucha;
va, torna, gira, se vuelve,
y en tan espantosa pugna,
parece bajel velero
que en medio del mar fluctúa,
al impulso de las olas
que en torno suyo se agrupan.

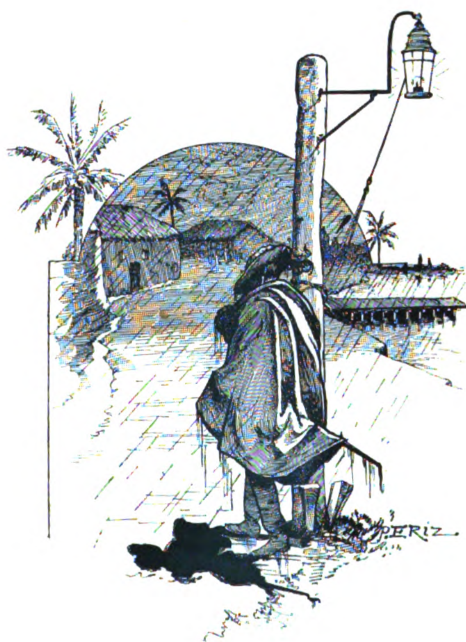


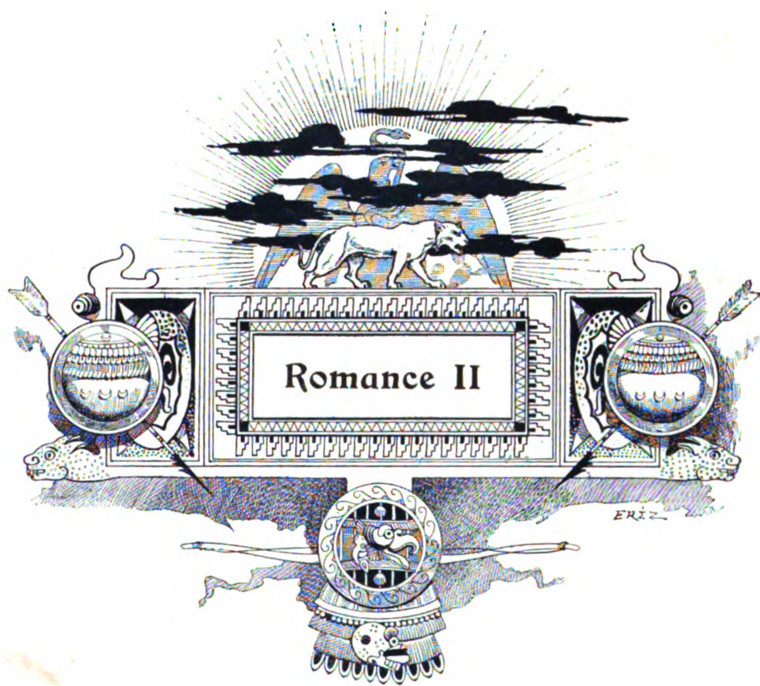


Ya el viento de la esperanza
le contiene y le asegura;
ya la negra incertidumbre
furiosamente le impulsa:
ora un recuerdo le halaga,
empero el tiempo le abruma,
que, cabalgando en el aire,
sobre su cabeza cruza,
raudo para su desdicha,
tardo para su fortuna.
Sonó el reló en una torre,
y allá en el viento retumba
una sola campanada,
rápida, sorda y confusa,
como el rumor de un peñasco
que se desprende y derrumba
en un abismo sin fondo,
que es del tiempo sepultura.
—«Ya es tarde, clamó el mancebo;
dijo á las once... ¡es la una!...
harto la aguardé penando,
si sale luego, que sufra.»—



Y embozándose en la capa,
empapada por la lluvia,
dobló una esquina y borróse
con la sombra su figura.




Romance II



ROMANCE II

REVELACIONES QUE MATAN

Quien espera, desespera,
dice un refrán de mi patria,
que para buenos proverbios
no hay nación como la España.
Por esto el buen caballero
desesperado marchaba,
transparentando en los ojos
la hoguera que arde en su entraña.
Calado va hasta los huesos,
barro lleva hasta en las barbas,



mas, absorto en sus ideas,
ni ve, ni siente, ni palpa;
que para perder el seso
y la prudencia, no hay nada
como hallar un desengaño
do se puso una esperanza.
—«¡Alto! una voz cavernosa
súbitamente le manda,
voz que á la vida le torna
y de su estupor le saca.
—¿Quién va? replicó el mancebo,
poniendo mano á la espada.
—Un hombre que os da la muerte
si no le volvéis la espalda.
—¿La muerte?... esperad un poco,
que traigo bajo la capa
una linterna encendida
y quiero verle la cara.»—
Y retirando el embozo
el claro vidrio destapa,
y un rostro de lleno alumbra
con los fulgores que lanza;
y aun antes que su enemigo
hacia atrás el cuerpo echara,
ya la punta de su estoque,

presa en un lazo de plata,
el sombrero había arrojado
por alfombra de sus plantas,
diciendo:—Si hablarme quiere
deponga toda arrogancia,
que quien descubierto pide
al cabo limosna saca.
Ábrame paso el buen hombre,
y otra vez tenga crianza,
que á quien no es cortés conmigo
Cortés yo, le arranco el alma.
—Parad, parad dijo el otro,
volved el hierro á la vaina,
que á no ser muy vuestro amigo
de otro modo os contestara.
—¡Cómo!... ¿Don Diego Velázquez?...
dijo el mozo.
—¿Qué os extraña?...
—¡En tal noche vigilando!...
— Así el deber me lo manda.
—Mucho honra á useñoría
tan celosa vigilancia.
¿Solo váis?
—Nunca va solo
quien lleva al cinto una daga;





y vos ¿qué hacíais?

—Ahora,

rabiar de amores.

—No cuadra

con un corazón tan bravo,
una pasión tan liviana.
—Quien tan alto objeto busca
harto su pasión ensalza,
pues que se eleva hasta el cielo,
de los Angeles morada.
—Loco estáis, mi buen Hernando:
¿es hermosa?

—Y muy bizarra.

—¿Discreta?...

—Cuanto donosa.

—¿Noble?...

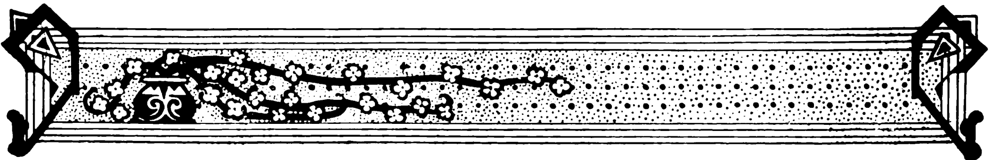
—Y de alta prosapia.

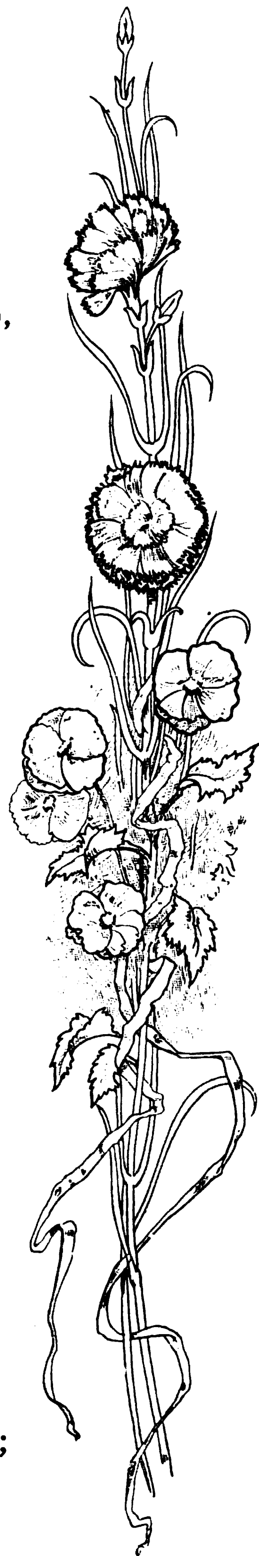
—¿Y honrada?

—Pues yo la sirvo

debéis suponerlo.

—Basta,





que esa razón me convence,
y quien tal dijo, bien ama.
¿Y hablado la habéis?
—Don Diego,
si tan sólo una palabra
de sus labios esta noche
mis oídos escucharan,
fuera más feliz mil veces
que el más potente monarca.
Púrpura, cetro, ¿qué valen?
El sol que en el cielo radia,
no despide tanta lumbre
como vierten sus miradas.
¡Su aliento!... Nunca las flores
tuvieron tanta fragancia
ni á tal suavidad llegaron
brisas, perfumes, ni auras.
Nunca el céfiro marino
acarició con sus alas
una perla tan divina
como la que Cuba guarda.
—¡Saber su nombre quisiera!...
—¿Para qué?...
—Para admirarla;
aunque presumo que en ella

dió el pensamiento.

—Nombradla.

—Doña Catalina Suárez.

—Lo adivinasteis...

—¡Me pasma

que tan honrada doncella,

cuanto hermosa, recatada,

por juego os haya tomado!...

—¿Qué decís?

—La verdad clara.

—Si otro que vos lo dijera

le partiera las entrañas.

—¡Hernán!

—¡Don Diego!

—Por Cristo,

que me ofende vuestra audacia...

Mas perdonárosla quiero

por el amor que os abrasa,

que al fin el amor es ciego

y ciego también quien ama.

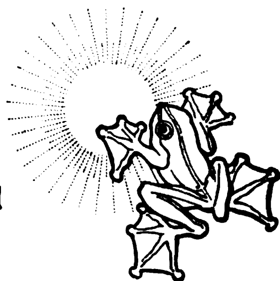
—¡Oh!... ¡me tenéis en un potro!

Decid, por la Virgen santa,

Don Diego, que habéis soñado,

ó no conocéis la dama.

Vamos, ¿qué sabéis?...



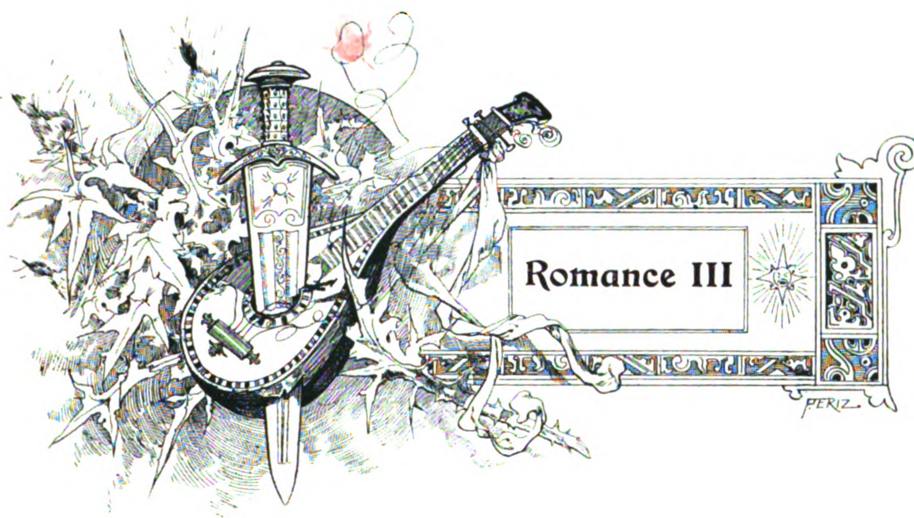


—¡Hernando!
¡Esa niña!...
—¿Qué?...
—Se casa.
—Bien, conmigo...
—No; con otro.
—¿Con otro?... Y ¿cuándo?
—Mañana.

Yerto, con los ojos fijos,
ojos que mirando abrasan,
con el cabello erizado
y sin voz en la garganta,
quedó el cuitado mancebo
con la congoja en el alma.
Dentro de su noble pecho
hierve el corazón y estalla,
cual revientan los volcanes
debajo de las montañas.
Gotas de sangre se vuelven,
al asomarse, las lágrimas,
lágrimas que se congelan

entre sus luengas pestañas.
Cogióle Diego Velázquez,
su brazo al de Hernán enlaza,
y á remolque se lo lleva
hasta un salón de su casa.
Y al colocarlo en su lecho
murmuró con voz muy baja:
—Ya sé que hay revelaciones
que al varón más fuerte matan.




Romance III
PERIZ



ROMANCE III

PARA LOS MALES DE AMOR

NO HAY COSA COMO LA AUSENCIA

En un sillón de brocado,
del lecho á la cabecera,
está sentado Velázquez
bajo un pabellón de seda.
Ricas el salón adornan
grandes lunas de Venecia,
y el suelo cubre y tapiza
bordada alfombra de Persia.
Sobre un testero de concha,
engastado de oro y perlas,

luce un flamero de plata
con cuatro cabos de cera;
y al resplandor de las luces
brilla su armadura férrea,

que en un rincón de la sala
pendiente de un clavo cuelga.
Todo se encuentra en silencio,
y sólo á veces lo quiebran,
ya los bramidos del viento,
ya el rumor de la tormenta,
que á lo lejos como un eco
profundamente resuena.

Abre el mancebo los ojos,
claros como dos centellas;
incorpórase en el lecho
y sus párpados restriega,
como quien sale de un sueño,
como quien busca una idea
perdida en el laberinto
de la humana inteligencia.
Al fin se fija en un punto;
allí su mente concentra,
y una ráfaga encendida
cruza, y la frente le quema.
A su eléctrico contacto

corre la sangre en sus venas;
rápido del lecho salta,
como en el bosque la hiena,
y grita desesperado:
—¡Mañana se casa!... ¡pérfida!...
Alzóse entonces Velázquez;
al noble galán se acerca,
y tendiéndole una mano
le dice con voz entera:
—No es de pechos valerosos
fundidos para la guerra
dejarse vencer á un golpe
de ingratitud de una hembra.
No es, por Dios, muy esforzado
quien avasallar se deja
de un niño desnudo y ciego,
á quien la locura lleva.
—Don Diego, contestó el mozo
con más furia que prudencia,
en mucho tuviera ahora
vuestra razón, por ser vuestra,

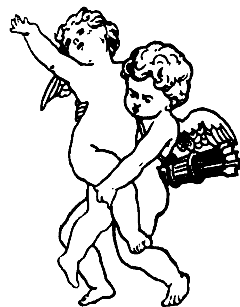


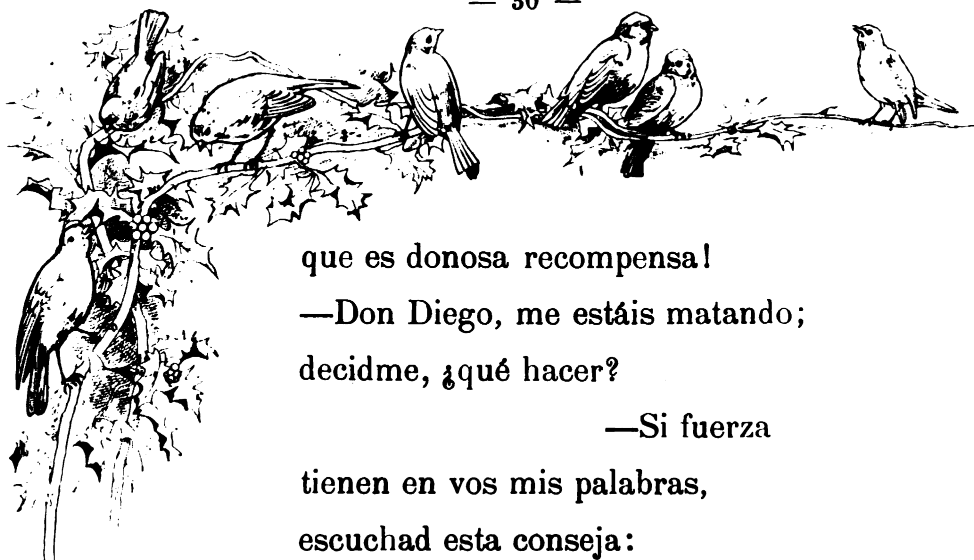
si Marte no amara á Venus,
si Aquiles no amara á Helena.
—Pues si esos hombres vistieron
cota y espaldar, debieran
llevar por ello sayales
y en lugar de espadas, ruecas.
Mal cuadran, por Jesucristo,
en corazones de piedra,
flaquezas de enamorados
que al alto espíritu enervan.



—Mal decís, señor don Diego,
pobres razones son esas,
que no fuera el Cid valiente
si no adorara á Jimena.
¡Oh!... ¿sabéis vos lo que valen
una cinta, una presea,
una cifra ó una banda,
un favor ó una promesa?
Pues si amado no habéis nunca,
no lo preguntéis, que fuera

necedad mía explicaros
lo que el sentimiento os niega.
Mas sabed, noble don Diego,
que el que por amor alienta,
pondrá el nombre de su dama
más alto que las estrellas.
—¿Y de qué sirve ese esfuerzo,
de qué arrogancia tan necia,
si cruel vuestra señora,
hunde tanto amor en tierra?...
—¡Es verdad!... dijo el mancebo
inclinando la cabeza:
¡Maldito el que en tierra ingrata
semilla de amores siembra!
¡Maldito el que cree en palabras,
palabras que al viento vuelan!...
Y ¿se casa?... ¡Oh!... por mi vida
que no será... Iré á la iglesia,
y allí, ante el ara y el hombre
que mis esperanzas cierra,
antes que eterno amor jure
sabré arrancarle la lengua.
—Y bien... mas de tal hazaña,
¿Hernán qué blasón espera?
Odio no más... ¡vive el cielo,





que es donosa recompensa!
—Don Diego, me estáis matando;
decidme, ¿qué hacer?
—Si fuerza
tienen en vos mis palabras,
escuchad esta conseja:
Para los males de amores
no hay cosa como la ausencia.
—¿No hay otro medio?...
—Ninguno;
ancho mar, distancia luenga,
que el árbol del sentimiento
lejos de la luz se seca.
—Partiré, clamó el mancebo
con resolución soberbia,
enjugándose una lágrima
que por su mejilla rueda.
¡Una lágrima!... pedazo
de un corazón que revienta,
tributo á un alma, que aislada
dentro del pecho se queda.
—Así os quiero yo, valiente,



pues hoy os perdéis para ella,
mañana os gana la patria,
mañana el mundo se alegra.
Id... En la playa una flota;
de ambición hinche sus velas;
sed su capitán, Hernando,
y que Santiago os proteja.
Id... Visitad ese mundo
que vió á Colón en sus puertas,
y domeñad de sus gentes
la arrogancia y la altiveza;
que cuando florón tan rico
Castilla en su trono tenga,
la fama os dará cien trompas,
la patria honor y riquezas.
—Tenéis razón, dijo el mozo
con soberana fiereza:
lejos de aquí, do su nombre
nunca á mis oídos vuelva:
donde ahogue mis recuerdos,
donde mis ojos no vean
á esa mujer, que un infierno

dentro del alma me deja.
Mañana, al rayar el alba,
largo del puerto banderas,
y os juro Diego Velázquez,
promovedor de esta empresa,
que irá tan alto mi nombre
que hará con el sol pareja.
  Y orgulloso sacudiendo
como un león su melena,
cubrióse, tomó la capa,
cortés saluda, y se aleja.

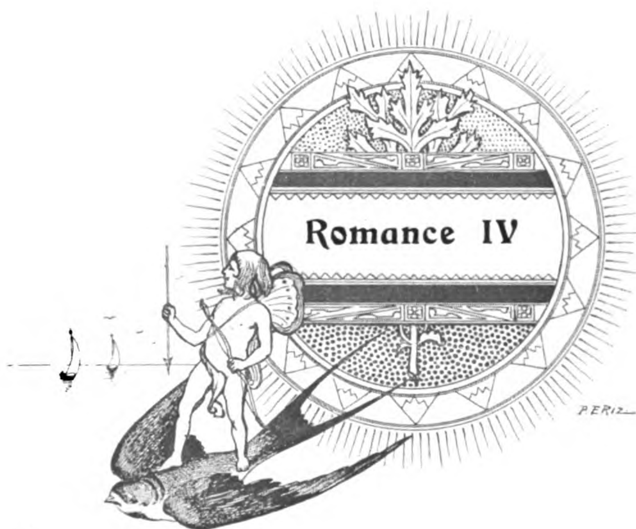
  Entonces Velázquez solo,
toca el resorte á una puerta,
y la figura de un fraile
en el umbral se presenta.
—Juan Díaz, ¿lo habéis oído?
el mando Cortés acepta;
vigiladle sin descanso
y escribid cuanto suceda.
Que quien ambición tan alta
en el cerebro sustenta,
bien podrá soñar un trono
y arremeterse á grandeza.
Con lo cual el fraile, mudo,



haciendo una reverencia,
en la sombra desparece
y el secreto tras sí cierra.

Agora, gritó Velázquez,
fuera la ficción, afuera,
Rey seré de esta comarca,
y Catalina la Reina,
que para males de amor
no hay cosa como la ausencia.




Romance IV
P. ERIZ



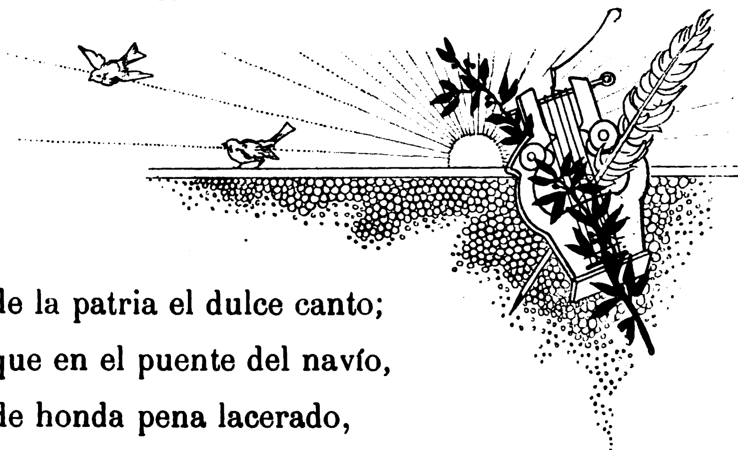
ROMANCE IV

EN EL MAR

Entre celajes de púrpura
y de nubes circundado,
el astro rey de los cielos
va descendiendo al ocaso.
Asómanse, relucientes,
al horizonte lejano,
estrellas que por el éter
van en bandadas volando,
como palomas de plata
con las alas de topacio.

Manso el mar como un espejo,
la sombra va retratando
á medida que la noche
cubre de luto el espacio.
Blandas las olas se arrullan
con el céfiro liviano,
y sus murmullos parecen
suspiros de enamorados.
De pronto una línea blanca,
limpia y fugaz como el ampo,
abrió camino á la luna,
que sus luces desatando,
de franjas de plata rica
bordó de la mar el manto.
Como un pájaro dormido,
de claras brumas velado,
muellemente sobre el agua
descansa el buque de Hernando;
jarcias de oro le coronan
y anchas banderas de raso,
débil azote del viento,
pero de la mar espanto.
No en los mástiles ni gavias
para ayudar el trabajo,
alegre entona el marino





de la patria el dulce canto;
que en el puente del navío,
de honda pena lacerado,
está el capitán valiente,
tan galán como bizarro,
triste mirando á la luna,
refugio de desdichados.
Y es que ese globo luciente,
del cielo gigante faro,
es un punto donde llegan
en vuelo confuso y vago,
profundas quejas, lamentos,
húmedo vapor del llanto
de almas por amor deshechas
en imperceptibles átomos;
juramentos no cumplidos,
corazones en pedazos,
falsas y torpes creencias
y nubes de desengaños.
Por eso el noble mancebo
fija su vista en el astro,



testigo de tanta ofensa
como en el mundo encontramos;
y al tropezar una idea,
un pensamiento, que en vano
trabaja por arrojarle
de su cerebro volcánico,
lanzó un rugido espantoso,
y en medio del rostro pálido
brillaron dos meteoros
con rojo fulgor satánico,
hogueras que parecían
querer saltarse del cráneo.
Sobre el puño de la daga
posó temblante la mano,
y con acento profundo
clamó furioso: — ¡Insensato!...
¡Sin pensar que tal noticia
pudiera ser un engaño!...
¡Necio que acepté la injuria
sin dar castigo al agravio!
¡Si Velázquez por amarla
tendióme inicuo este lazo!...
¡Oh!... ¡terrible pesadilla
que está mi pecho abrumando!... —
Acercóse humildemente

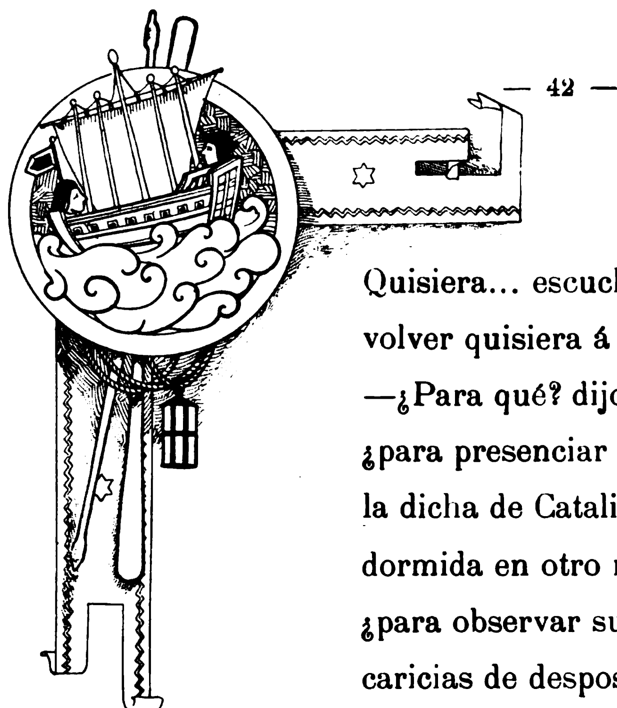
Juan Díaz, el licenciado,
y con mesura le dijo:
—¡Cómo ha de ser!... calma, hermano,
que el amor de las mujeres
es emanación del diablo.
Tan sólo el que en Dios se emplea
es el amor puro y santo;
rogadle vos que os acoja
bajo el paternal amparo.
—Dejad el sermón, buen Padre,





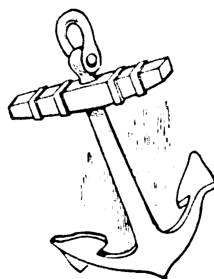


sellad por Cristo ese labio,
no tratéis de convertirme
que soy antiguo cristiano.
—Hijo atended...
—Basta, basta.
¿Qué entendéis vos, fraile honrado,
si está bajo la sotana
el corazón agostado?
¡Si supierais en qué fuego
se está mi pecho abrasando!...
¡Si vierais cuánto lastima
de la duda el débil rayo!...



Quisiera... escuchadme, padre,
volver quisiera á Santiago...
—¿Para qué? dijo Juan Díaz;
¿para presenciar temblando
la dicha de Catalina
dormida en otro regazo?
¿para observar sus caricias,
caricias de desposados,
besos sin rumor, que queman
como los soles de Mayo?
—Callad padre, por mi vida.
¡Oh!... ¡no sabéis cuánto daño
me han hecho vuestras palabras!
—Y eso... Hernán, que aquí debajo
muerto el corazón descansa,
envuelto en mi tosco sayo:
y eso... que negras arrugas
han mi rostro maltratado;
y eso... que ya mis cabellos
del tiempo se han vuelto canos.
También mis serenos días
por amor se emponzoñaron;
también he sentido celos

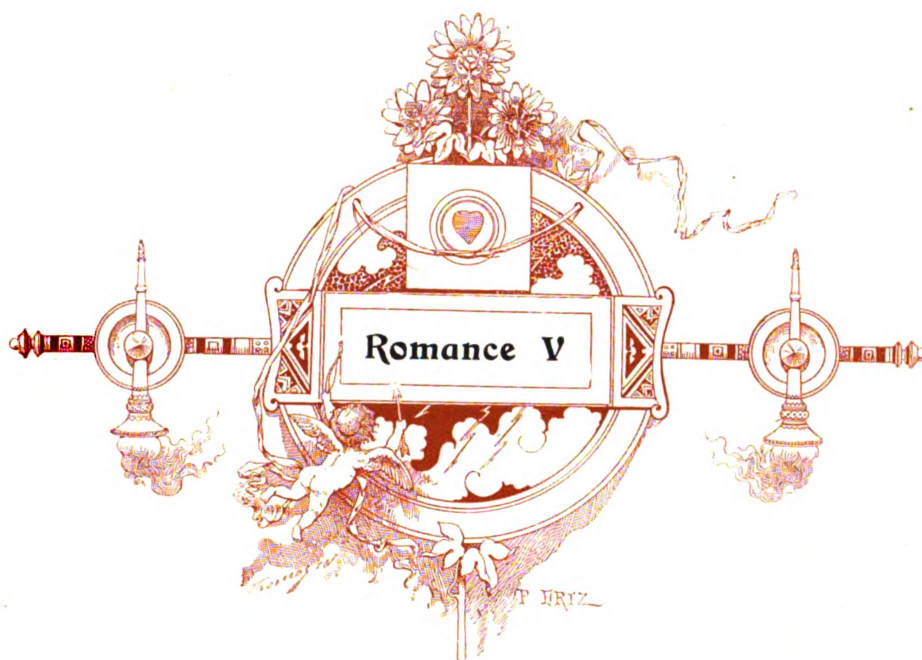
y recuerdos muy amargos.
—Y de ellos padre ¿qué hicísteis?...
—Huyendo de sus halagos,
aquí los cerré, en el pecho,
y aquí todos se secaron.
—¡Fuerte habéis sido!
—Mancebo,
el hombre es rey soberano,
y á su voluntad de hierro
no hay quien se resista al cabo.
Los temores, los deseos
que un tiempo le dominaron,
cuando el hombre dice: ¡basta!
de su poder son esclavos.
—Pues ¡basta! padre, Hernán dice,
herido en su orgullo vano;
rey seré de mis pasiones,
yo las iré avasallando.
Levad anclas, marineros,
izad trinquetes, soldados,
que mucho en fuerzas se pierde
cuando descansan los brazos.—
Y cogiéndose del fraile,
erguido, arrogante y bravo,
amigos del puente bajan

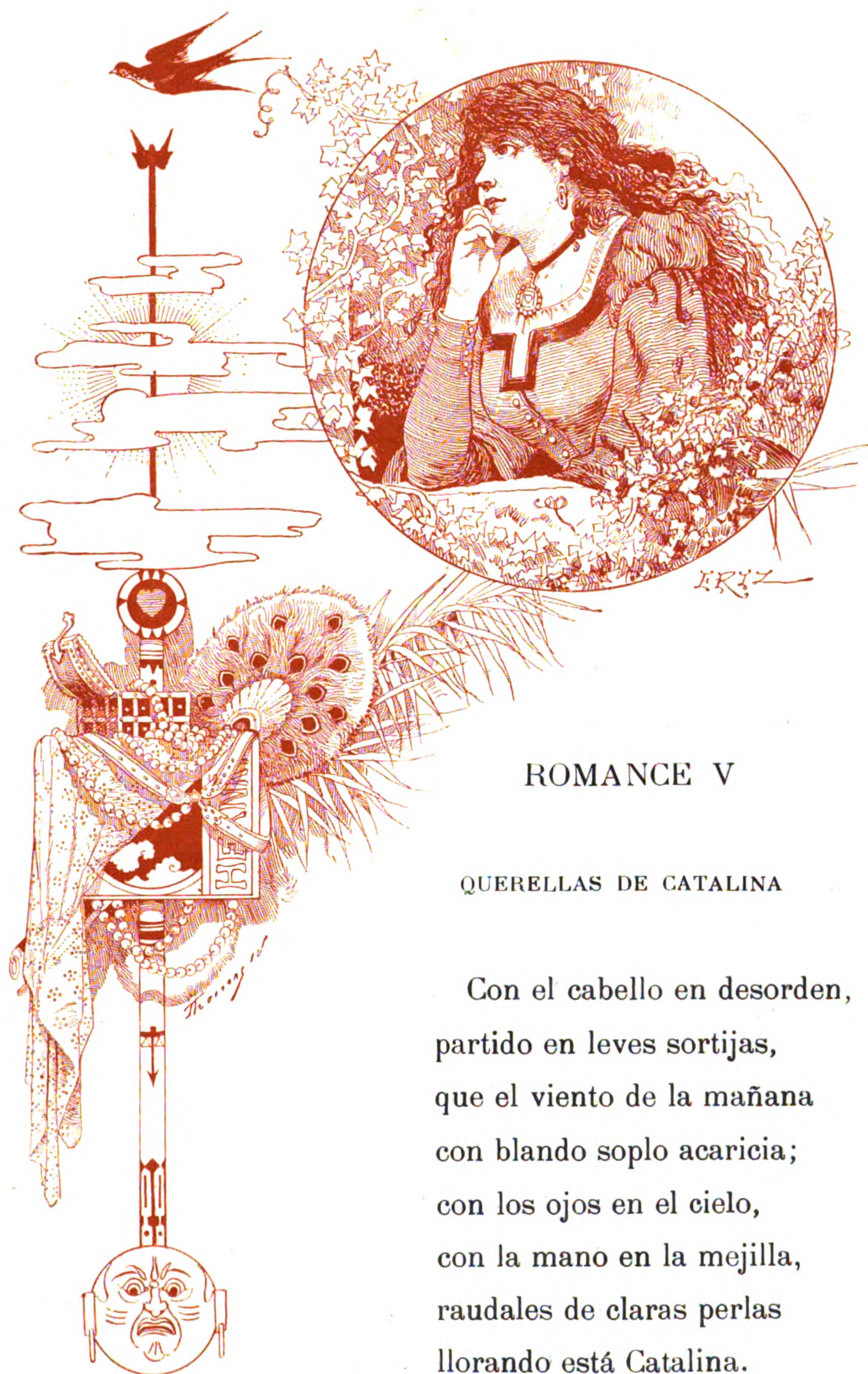


y en el camarote entraron.

Entonces á vela llena
empezó á volar el barco,
que por medio de las olas
va de genios rodeado.
La *Fortuna* le conduce
La *Gloria* le va empujando.




Romance V
P FRIZ



ROMANCE V

QUERELLAS DE CATALINA

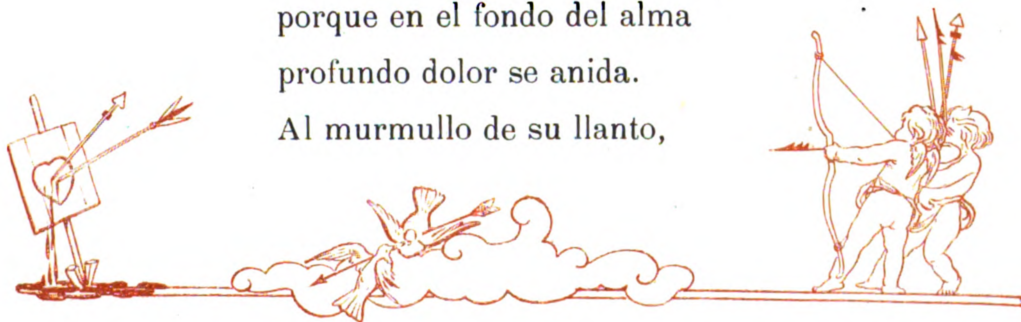
Con el cabello en desorden,
partido en leves sortijas,
que el viento de la mañana
con blando soplo acaricia;
con los ojos en el cielo,
con la mano en la mejilla,
raudales de claras perlas
llorando está Catalina.



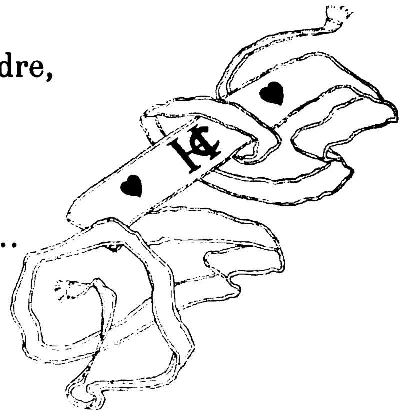
En una tosca ventana
su pecho de nieve estriba;
¡lástima causa el mirarla!
¡lástima causa el oirla!
A la luz del sol que nace
parece una sensitiva,
que al influjo de los rayos
la blanca frente reclina.
Mustias las aves no cantan,
triste el viento no suspira,
las flores no dan esencias,
ni besos la dan las brisas.
También el alba llorando
con aljófar la rocía,
y el sol se viste de nubes
al ver su tez amarilla.
Las vecinas de la calle,
que por hermosa la envidian,
guardan las murmuraciones
porque la ven abatida.
Los galanes, que la rondan
de noche por las esquinas,
por aliviar sus dolores
el alma al diablo darían.
«¿Qué tendrá? preguntan todos,



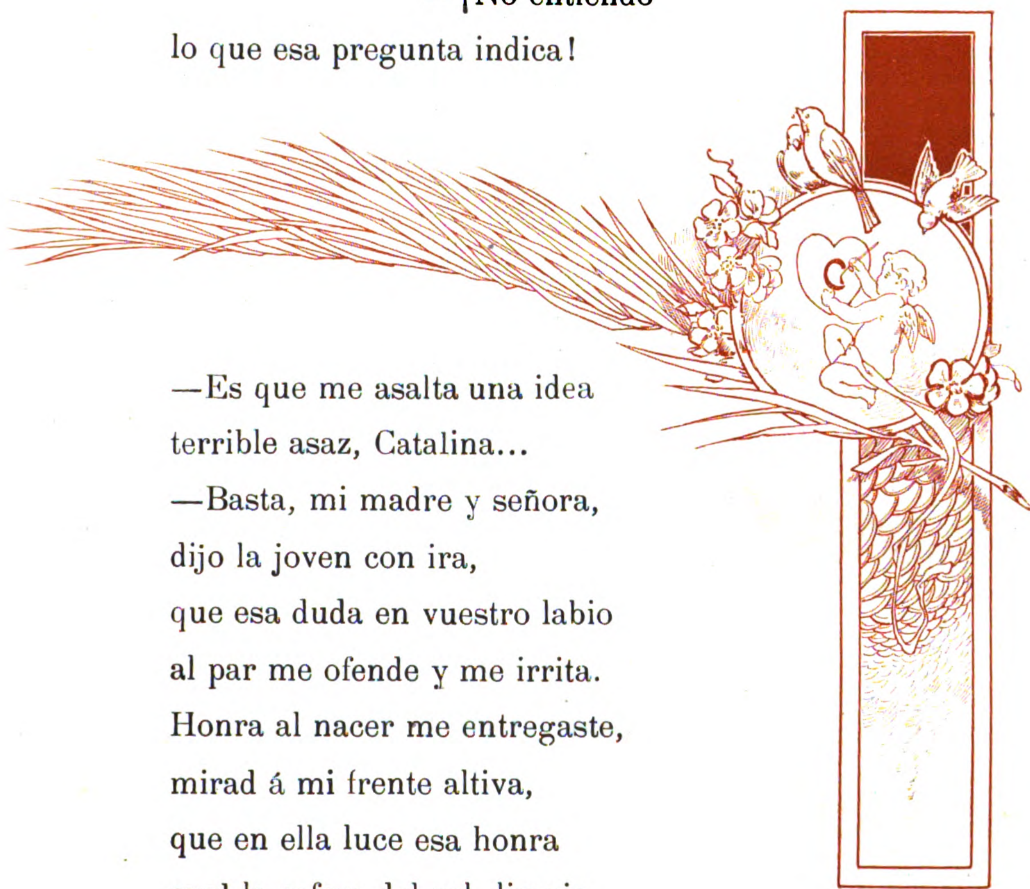
¿Qué tendrá la pobre niña,
que triste la halla la noche,
que triste la encuentra el día?»
Mas como razón no tienen,
y torpes no la adivinan,
callados y pensativos
todos juntos se retiran;
los galanes, pesarosos,
y llorosas, las vecinas.
Y es cosa que, bien pensada,
causa asombro y maravilla,
que donde mujeres viven
allí la sospecha habita.
Prueba que la que causaba
pena y aflicción tan vivas,
era cuanto noble, honrada,
y escollo de la malicia.
Entretanto de sus ojos
líquida plata destila,
porque en el fondo del alma
profundo dolor se anida.
Al murmullo de su llanto,



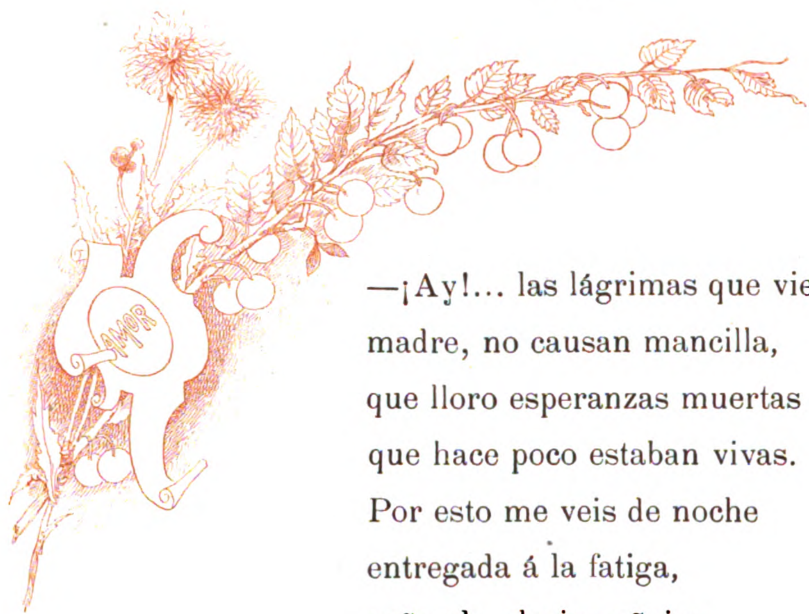
puesta en los mares la vista,
querellas de amor lanzaba,
querellas de amor plañía.
Sintióla llorar su madre,
en su regazo la abriga,
y afanosa la pregunta:
—¿Por qué ese llanto, hija mía?
¿quién te me enojó, mi alma?
¿quién te me ofendió, mi vida?—
Á tan sentidas palabras
los sollozos multiplica,
y dice: — Madre, mi madre,
la ingratitud me aniquila.
—¿Amaste?...
—Sí, y me abandonan.
—¿Juraste fe?...
—Sí, y me olvidan.
—¿Diste el corazón?...
—Sí, madre,
mas lo arrojan y lo pisan.
—¡Mal haya, zagala hermosa,
quien en amor de hombre fía!...
¿Y prendas tiene?
—Una sola.
—¿Una sola?



—Sí, una cinta,
en la cual bordé con oro
un corazón con mi cifra.
—¿Y nada más?
—¡No entiendo
lo que esa pregunta indica!



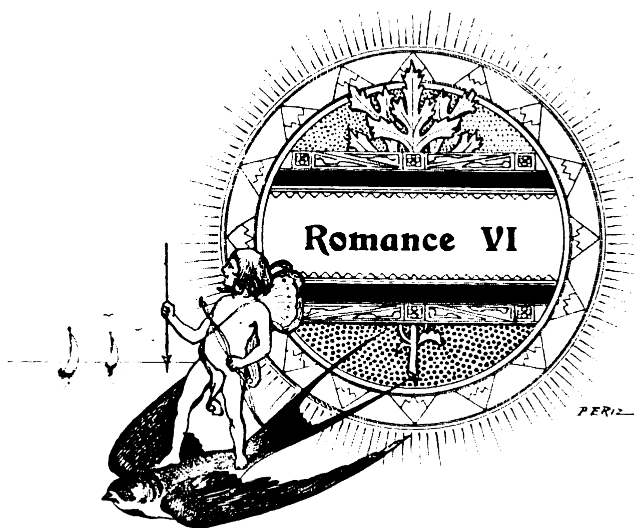
—Es que me asalta una idea
terrible asaz, Catalina...
—Basta, mi madre y señora,
dijo la joven con ira,
que esa duda en vuestro labio
al par me ofende y me irrita.
Honra al nacer me entregaste,
mirad á mi frente altiva,
que en ella luce esa honra
cual la esfera del sol, limpia.
—¡Oh!... perdón, flor de mi seno,
perdona esta duda impía,
que al verte llorar sin tregua,
juzgué verte escarnecida.



—¡Ay!... las lágrimas que vierto
madre, no causan mancilla,
que lloro esperanzas muertas
que hace poco estaban vivas.
Por esto me veis de noche
entregada á la fatiga,
soñando glorias añejas
soñando pasadas dichas.
Y en la cárcel de mi pena
estoy, madre, tan cautiva,
que el gozo se ha vuelto llanto,
y el gusto se ha vuelto acíbar.
No me mandéis que yo olvide
quien tanto dolor motiva,
porque bien viven las rosas
entre punzantes espinas.
—Vive con tu amor, zagala,
no temas que yo lo impida,
pero guárdalo en tu seno
antes que de mofa sirva;
que hay labios murmuradores

que, sin razón ni justicia,
dirán al verte llorando
que ha dado tu honor caída.
En esto Diego Velázquez,
que iba corriendo la villa
sobre un alazán tostado,
de los que la Arabia cría,
por saludar á la hermosa
sujeta al potro la brida.
Mas ella, que lo descubre
y sus favores esquiva,
de las pintadas persianas
entornó las celosías.



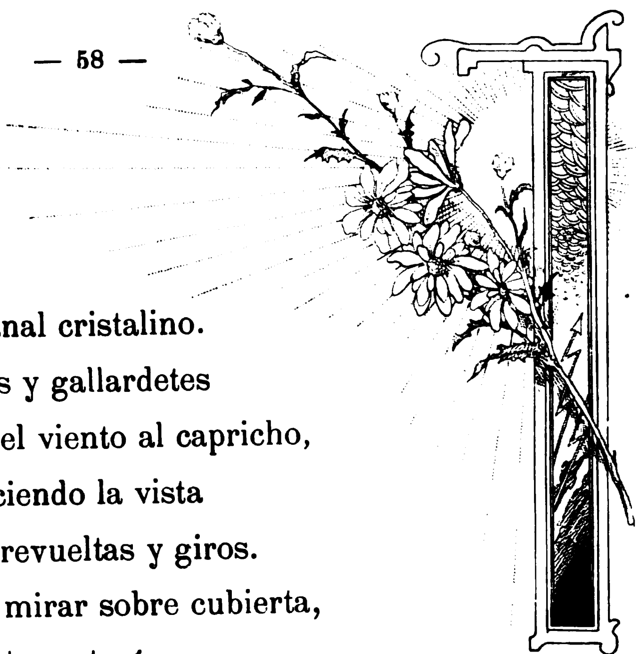

Romance VI
PERIZ



ROMANCE VI

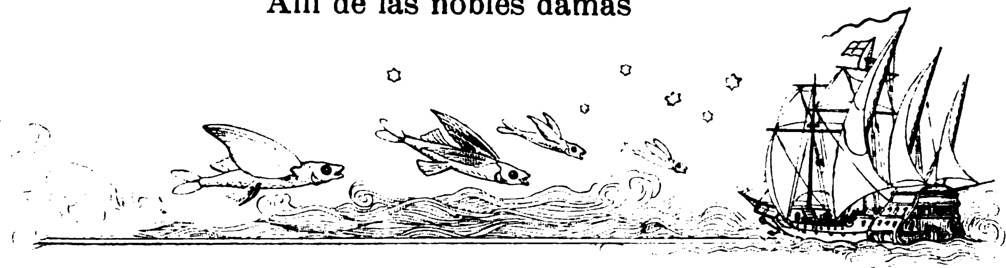
LA NAVEGACIÓN

Con buen aire van bogando
de Hernán Cortés los navíos,
y los mares con asombro
les abren fácil camino,
que planta más poderosa,
jamás doblegó su brío.
A los rayos que iluminan
tanta gala y tanto hechizo,
parece un ramo de flores
aquel mundo desprendido,
y el mar que lo reverbera,

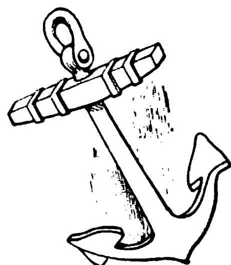


ancho fanal cristalino.
Flámulas y gallardetes
vuelan del viento al capricho,
desvaneciendo la vista
con sus revueltas y giros.
¿Qué es mirar sobre cubierta,
tal apresto y atavío,
tanta cinta revolando
tanto lazo mal prendido?
¿Qué es ver relucir al lejos
tanto almete de oro fino,
tanto sombrero adornado
con plumajes y cintillos?
¿Qué es mirar tanto valiente
de bigote retorcido,
caminando á la ventura
y entregados al destino?
Que son bizarros y nobles
lo dicen sus apellidos;
y allí asoman sus semblantes,
cual si fuera un cuadro vivo,
Farfán, Mejía, Alvarado,

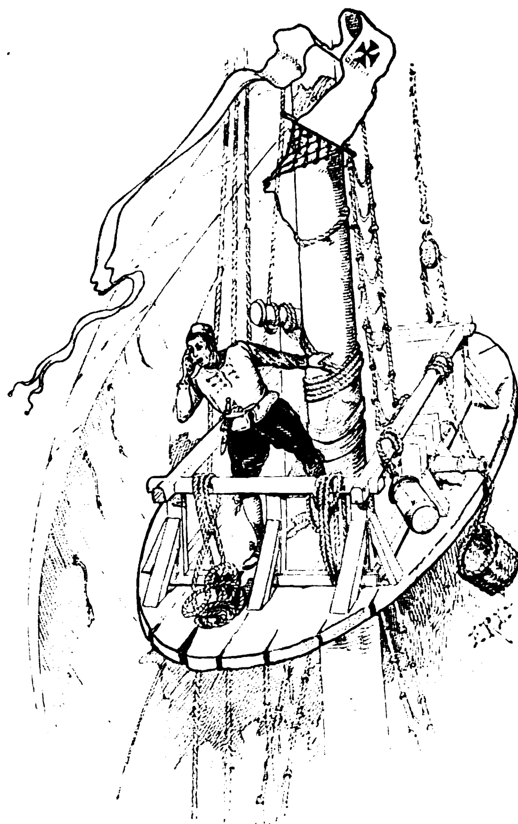
Pedro, González, Carrillo,
Morla, Pacheco, Mendoza,
Dávila, Ordáz, Alaminos,
Portocarrero, Grijalva,
Bernán Díaz del Castillo;
todos jóvenes y osados
para la gloria nacidos,
rayos que abortó en un día
la España de Carlos Quinto.
En medio de ellos descuella,
tan apuesto como altivo,
Hernán Cortés valeroso,
que nunca temió el peligro.
Unos de pie platicando
forman pequeños corrillos,
y mano á mano se cuentan
sus pasados amoríos.
Otros, casi recostados
en almohadones moriscos,
lances se dicen de guerra
que causa gozo el oirlos.
Allí de las nobles damas

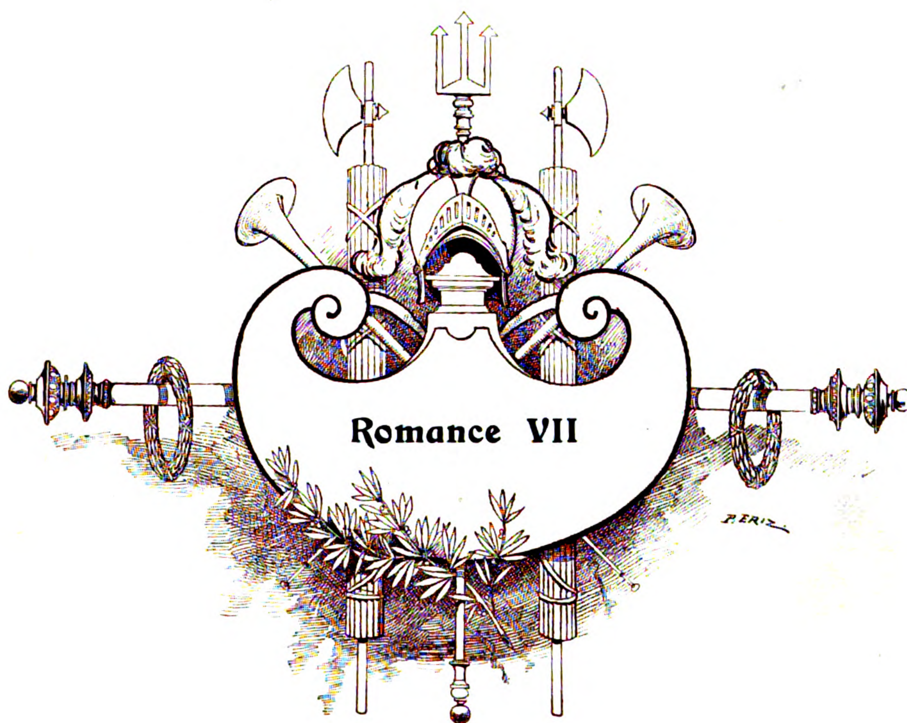


se enseñan lazos y rizos;
aquí de robustos brazos
tajos, reveses y chirlos.
Los soldados que descansan
tienen las almas en vilo,
oyendo de un veterano,
que luengas tierras ha visto,
relaciones de valientes
y encuentros y desafíos,
cuentos de brujas tostadas
y lances de aparecidos.
Cantando van en las gavias
los entusiastas marinos,
que siempre de los trabajos
la voz compañera ha sido.
Así se pasaron días
entre zambra y regocijo,
hasta que al fin un grumete,
que iba en la gavia subido,
con acento vigoroso
que asustó al mar, *¡tierra!...* dijo.
Capitanes y soldados
alzáronse de improviso,
y alegres al ver la tierra
dieron unánime grito.



Y al punto, cual si estuvieran
al frente del enemigo,
las espadas desnudando
del sol mataron el brillo.
Hay quien dice y asegura,
porque esta jornada hizo,
que al pisar los capitanes
la playa, de Hernán seguidos,
del mundo que se encontraba
tembló el inmenso recinto.




Romance VII
P. ERIZ



ROMANCE VII

UNA VICTORIA

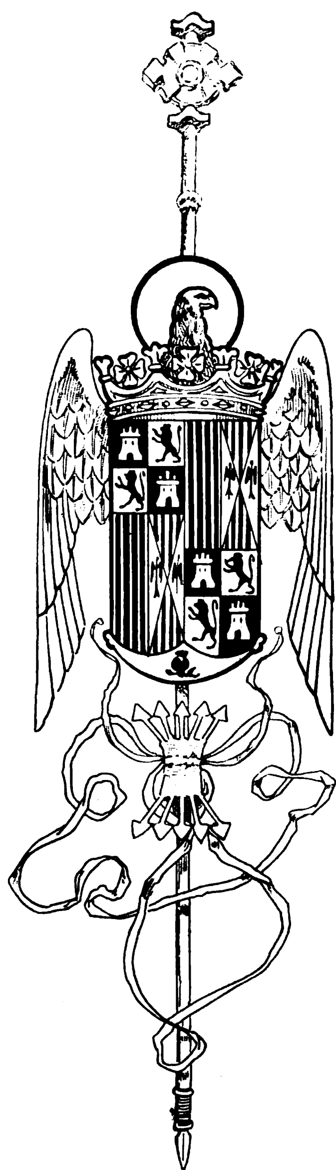
Tan desierta está la isla
que da á la América puerto,
que algunos la apellidaron
el alcázar del silencio.
Ni un árbol hay en la playa,
en cuyos brazos enhiestos
se note que el viento mueva
nunca sus alas en ellos.
Ni un pájaro se descubre
por el ancho firmamento,
que también como la tierra



está solitario el cielo.
Capitanes y soldados
se pasman de tal suceso,
y algunos por el semblante
revelando están el miedo.
Notólo Hernán, y rasgando
las brumas con fuerte acento,
con los ojos encendidos
dijo: —Españoles, ¿qué es esto?...
¿tan gigantes en el agua
y en la tierra tan pequeños?...
¡Por Dios que nunca creyera
lo que están mis ojos viendo!...
¿Qué enemigo habéis delante
que en tal pavor os ha puesto?...
¿Por qué blandir en el aire
hace poco los aceros,
si ya los aceros sobran
y os falta valor y esfuerzo?...
¡Mal hayan los que se afanan
en demostrar su denuedo
cuando de la paz disfrutan,
cuando está el peligro lejos!...
¡Sus! pues, soldados sin honra,
cáfila de aventureros;

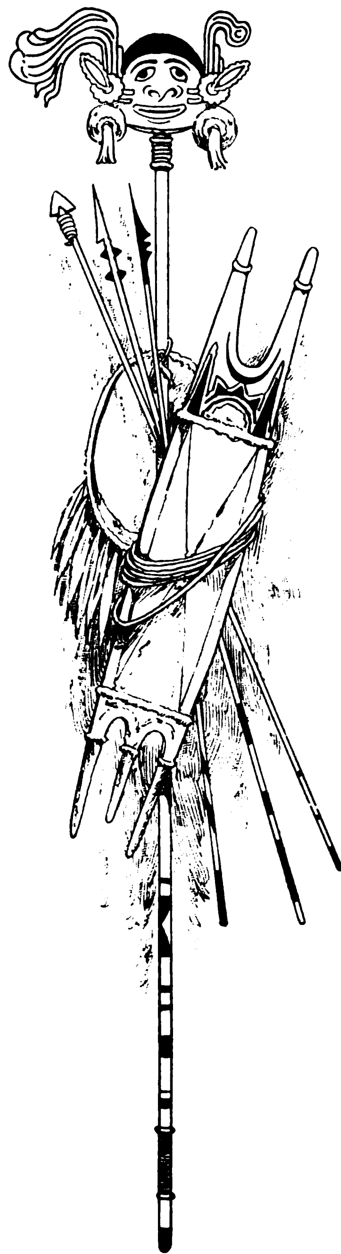
tornad la espalda, cobardes,
que yo cobardes no quiero.
Para conquistar el mundo
que ante los ojos tenemos,
bástame mi fuerte espada,
sóbrame mi fuerte aliento.
Y vosotros, capitanes,
honra y prez de nuestro suelo;
si más de la patria amiga
os halagan los recuerdos,
volved, mi flota os espera,
que yo á Castilla no vuelvo
sin que le lleven mis brazos,
por regalo, un hemisferio.—
A las razones valientes
del atrevido mancebo,
en todos los corazones
reventó un volcán de fuego,
y por los ojos brotaron
las chispas de tal incendio.
—¡Viva Hernán!—gritaron todos—



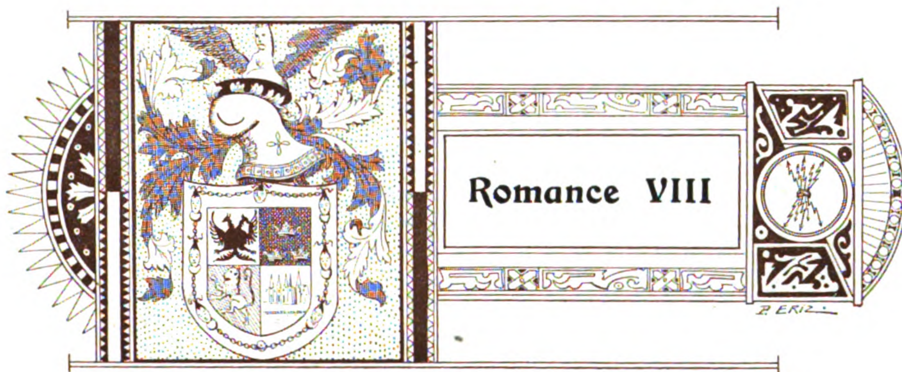
¡juntos á vencer volemos!—
A una explosión tan terrible
despertó el dormido viento,
y por valles y montañas
—¡Viva Hernán!—fué repitiendo.
Llegaron confusos, vagos,
como cansados los ecos,
á lastimar los oídos
de los indianos guerreros,
que al ver su hogar profanado,
en mil gritos prorrumpieron.
Subieron los alaridos
á las cumbres de los cerros;
de allí fueron á los valles,
de los valles á los pueblos,
y la voz de alarma cunde
como huracán violento.
En pelotones se juntan
los esforzados isleños,
y ante el enemigo forman
una muralla de pechos.
Al mirar los españoles
aquel numeroso ejército,
que á lo lejos parecía
el cordón de un hormiguero,

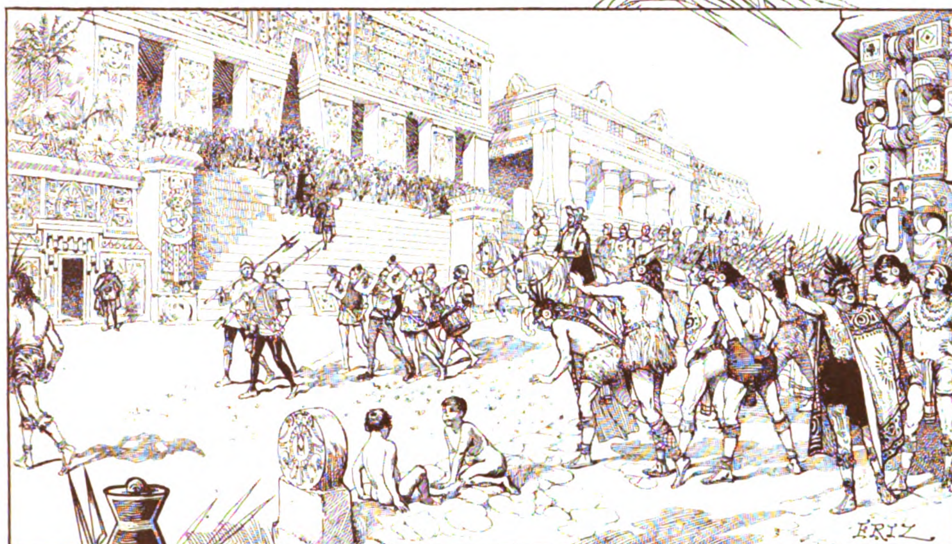
unos con otros se aprietan
por salirles al encuentro,
formando con las corazas
otra muralla de hierro.
Nublóse el sol con el polvo,
suspendió su curso el viento,
y al choque de tantos hombres,
montes y valles crujieron.
Silbaron dardos y flechas,
la claridad confundiendo,
y un terremoto de piedras
arrojaron los honderos.
Inclinan los arcabuces
los españoles á un tiempo,
y estallaron las bombardas
con atronador estruendo.
Alzase un sordo rugido
de los enemigos tercios,
y de pavor embargados,
la arrogancia depusieron,
que cual paredón antiguo
se desplomaron sus muertos
al contacto de aquel humo,
como las nieblas, espeso.
Alas les prestó el espanto,

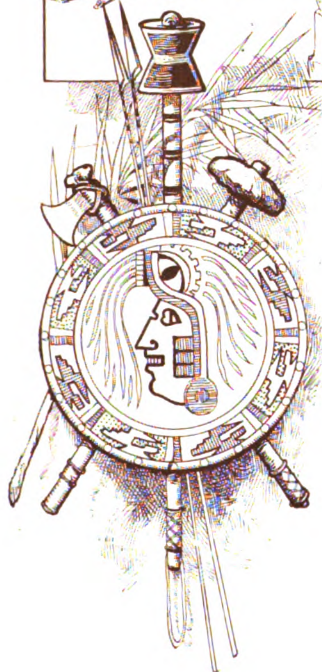


y al punto todos dispersos,
por las montañas vecinas,
dando alaridos, huyeron.
Entonces Hernán, prudente,
contuvo á los suyos luego,
que quien se ceba en la fuga,
no es generoso ni bueno,
antes se estampa en la frente
de vil y cobarde el sello.
La fama de esta victoria
subió también á los cerros,
desde allí bajó á los valles,
de los valles fué á los pueblos,
y los pueblos la llevaron
hasta el confín del imperio,
cuyo trono omnipotente
se estremeció por su asiento.




Romance VIII





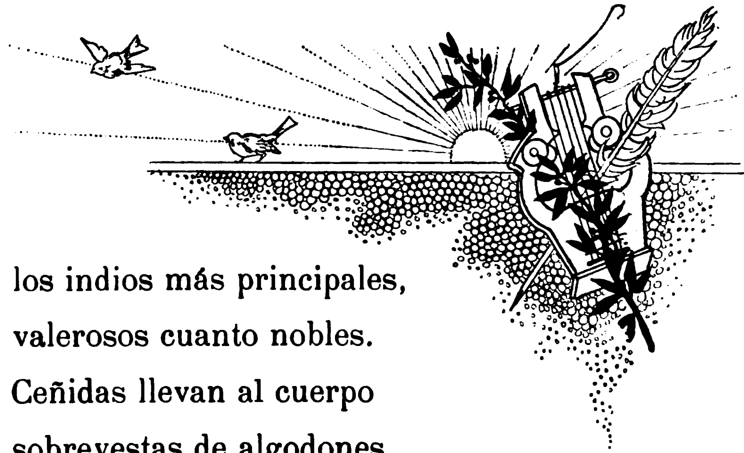
ROMANCE VIII

ENTRADA TRIUNFAL

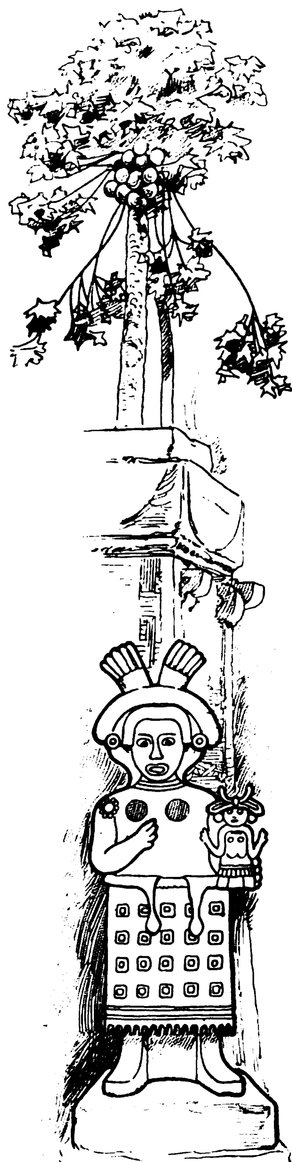
Al son de marciales trompas
y de roncos atambores,
por Tabasco van entrando
los valientes españoles.
Tendidas llevan al aire
sus banderas y pendones,
entre un pabellón de picas
que forman un recio bosque,
que á lo lejos centellean
como un incendio de noche.

Plumas y bandas de seda
el viento raudo descoge;
y á la luz del sol, que vierte
deslumbrantes arreboles,
ardiendo relampaguean
cascos y petos de bronce.
Orgullosos de los dueños,
los frenos tascan feroces,
los soberbios alazanes,
que las duras piedras rompen
batiendo las herraduras
con que estremecen los montes.
Detrás de los fieros brutos
marchando van los peones
con las bombardas al hombro
y en el cinto los estoques,
apuntalando los ojos
con las ramas del bigote.
A recibirlos se acercan,
con recogimiento y orden,





los indios más principales,
valerosos cuanto nobles.
Ceñidas llevan al cuerpo
sobrevestas de algodones,
en cuyos fondos bordados
se ven estrellas y soles.
Todos ciñen sus cabezas
con plumas de mil colores,
plumajes que al aire ondean
como los vagos crespones
con que el astro rey se envuelve
cuando baja al horizonte.
Sin armas caminan todos,
que fuera falta, y enorme,
presentarse los vencidos
con osadas pretensiones.
Por esto el noble cacique
sale con los sacerdotes,
y todos al par se postran
al pie de sus vencedores.
También el pueblo azorado



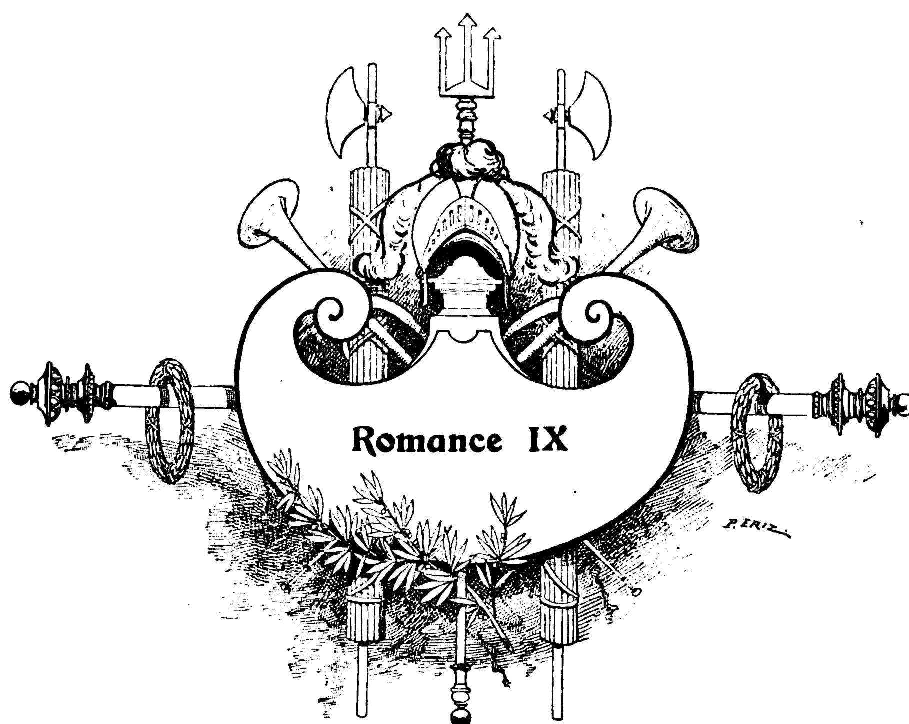
prorrumpe en gritos y voces,
y para verlos se agrupa,
chilla, se amotina y corre,
entapizando el camino
con haces de palma y flores.
Los viejos, autorizados
archivos de tradiciones;
los sacerdotes, los magos
y los agoreros torpes,
por hijos del sol los tienen
y les dan adoraciones.
Al templo caminan todos,
porque el cacique dispone
un festín de carne humana
para aplacar los furores
de aquellos hijos del cielo
que son de su patria azote.
Llegan, y dentro del templo
tremendos gritos se oyen;
penetra Hernán arrogante
seguido de sus leones,
y al ver el suplicio horrendo
que allí se ejecuta, pone
su fuerte mano en la espada;
ligas y cadenas rompe;

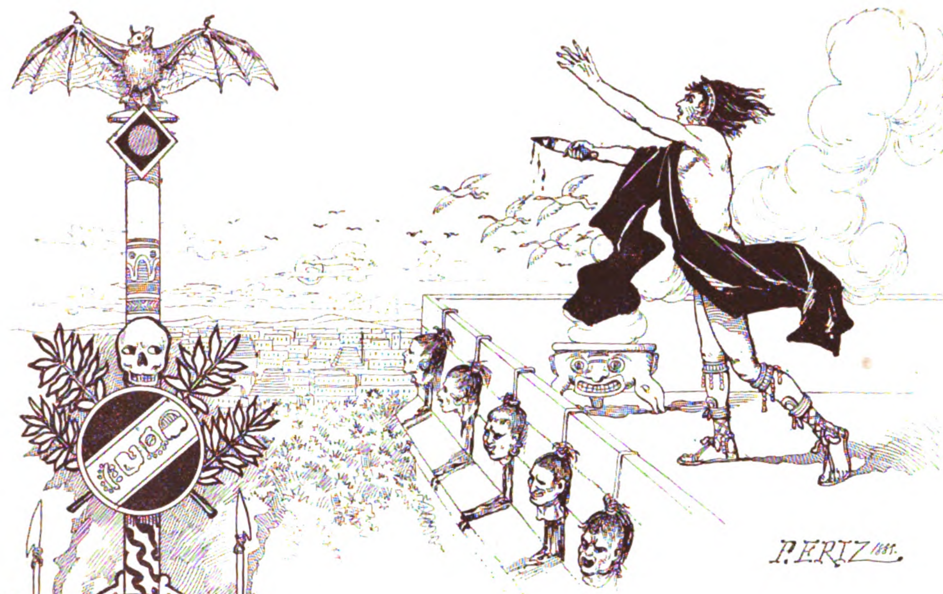
sube al altar iracundo,
y sin que nadie lo estorbe,
los ídolos desbarata
dando tajos y mandobles.
Así como cuando el rayo
las negras nubes descoge
y á su tremendo estallido
mueve los ejes del orbe,
y abate en su ardiente paso
riscos, montañas y robles;
así de los fieros indios
estallan los corazones,
y entre las sangrientas losas
las anchas frentes esconden.
Poco á poco los más fuertes
el hondo temor deponen,
y de sus viejas creencias
se despojaron á un golpe;
porque era infamia ya en ellos
haber amado á unos dioses,
que estaban hechos pedazos
bajo las plantas de un hombre.
Así, cual después de un día
en que al tremebundo choque
de los vientos, encontrados



en las etéreas regiones,
la voz de las tempestades
pesadamente responden,
y luego el iris asoma
bañado de resplandores;
así en el pueblo enojado
la calma restablecióse,
y lo que empezó discordia,
terminó en aclamaciones.
De la Redención la insignia,
levantó Cortés entonces,
y al verla, humildes oraron
indios y conquistadores.




Romance IX





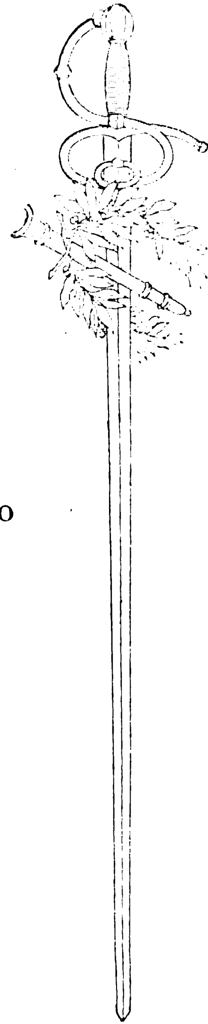
ROMANCE IX

ESPANTO EN MÉJICO

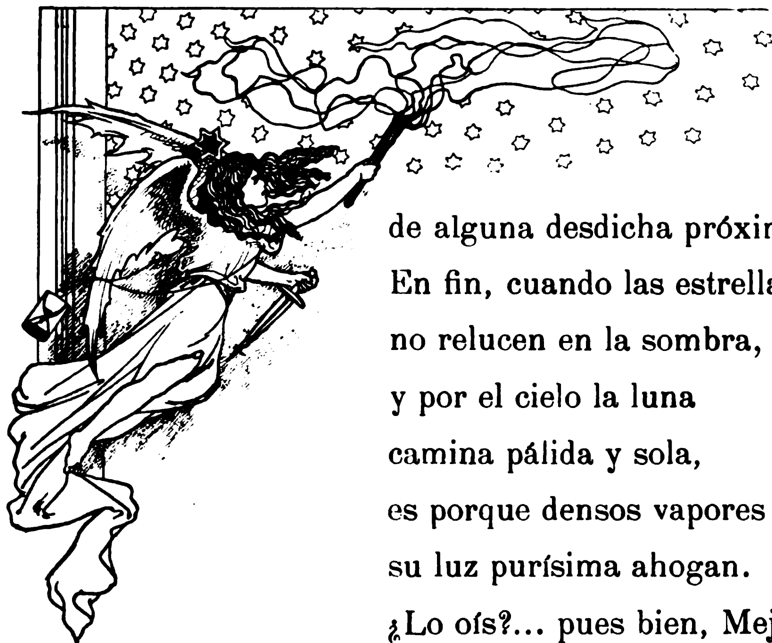
Méjico, emporio de Reyes,
ciudad soberbia y famosa,
regalo de Emperadores,
como en nuestro mundo, Roma;
Méjico, la hermosa villa,
perla de la indiana zona,
cuyas torres son de plata
y sus paredes de aljófar;
Méjico, cuna de bravos,
Emperatriz, cuya pompa
el brillo del sol desluce,
la gala del cielo asombra;



ora, por la vez primera,
de su orgullo se despoja,
y tiembla como una esclava
envilecida y sin honra.
A las puertas del palacio,
donde Motezuma mora,
Emperador muy valiente
de los que ciñen corona,
la muchedumbre del pueblo
con negra angustia se agolpa;
y como enjambre de avispas
zumba, chilla y alborota.
En vano la guardia regia
al silencio les exhorta,
que do la paciencia falta,
está el respeto de sobra.
Mujeres, viejos y niños
gritan, se afligen y lloran,
mientras los fuertes varones
dan rienda suelta á su cólera,
porque ha esparcido la fama,
con los ecos de su trompa,
de Hernán Cortés y su gente
las hazañas y victorias.
Al cabo, á los miradores



del regio alcázar asoma
un mago, que á las estrellas
los altos secretos roba.
Y al verlo el pueblo, su espanto
por aquel momento doma,
y súbita y honda calma
cierra su millón de bocas ;
bien así como en intervalo
de tempestad horrorosa,
plega el huracán sus alas
sobre las dormidas olas.
— «Mejicanos — dijo el mago;
cuando la luz de la aurora
con rojas tintas se viste,
sangre y destrucción denota.
Cuando el agua de los ríos
triste murmura á deshora,
las perlas que se deslizan
son de llanto precursoras.
Cuando las pintadas aves
calladas el aire cortan,
es porque espantadas huyen



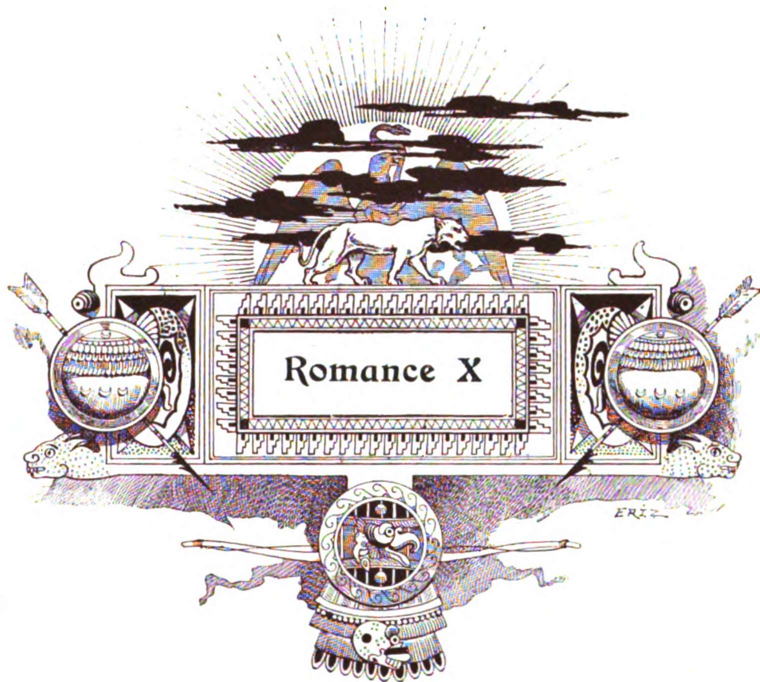
de alguna desdicha próxima.
En fin, cuando las estrellas
no relucen en la sombra,
y por el cielo la luna
camina pálida y sola,
es porque densos vapores
su luz purísima ahogan.
¿Lo oís?... pues bien, Mejicanos;
estas señales se notan
en ese cielo sin término,
que os cubre como una bóveda.
Ancho libro misterioso,
en cuya azulada hoja,
sus pensamientos los dioses
con ricos diamantes bordan.
No esperéis, pues, bienandanzas;
porque ha sonado la hora
en que añejas profecías
su negro velo descorran.
Sabed, valientes guerreros,
que han llegado á nuestras costas
en alas de la fortuna,

sobre gigantes canoas,
hijos del sol, encubiertos
bajo nuestra misma forma.
Su padre les dió los rayos
que el dios de los truenos forja,
y cuando airados los lanzan,
campos y pueblos asuelan.
Por eso á su recio empuje
Tabasco sus armas postra,
y se humillan Zempoala
y Quiabislán con sus tropas,
y los héroes de Tlascala
como pájaros se azoran.
¡Ay de la ciudad invicta!...
¡Ay de la imperial matrona,
si esos dioses orientales
á su enojo se abandonan!...
Entonces serán tus torres
diamantes que el agua enloda,
turbiones de ceniza,
que el recio huracán arrolla.
Charcas serán tus lagunas
donde caerá, gota á gota,
la sangre de esos valientes
que en tu recinto atesoras.



¡Ay de tí, madre de Reyes,
ciudad soberbia y famosa,
regalo de Emperadores,
perla de la indiana zona!...
si el enojo de tus dioses
con harta sangre no borras,
de las iras celestiales
escarnio será tu pompa.»
Calló el mago, y ronco aullido,
que el inmenso espacio asorda,
lanzó la audaz muchedumbre,
que huyó confusa y medrosa;
bien así como el torrente,
que encuentra la valla rota,
y por la extensa llanura
rebramando se desborda.




Romance X

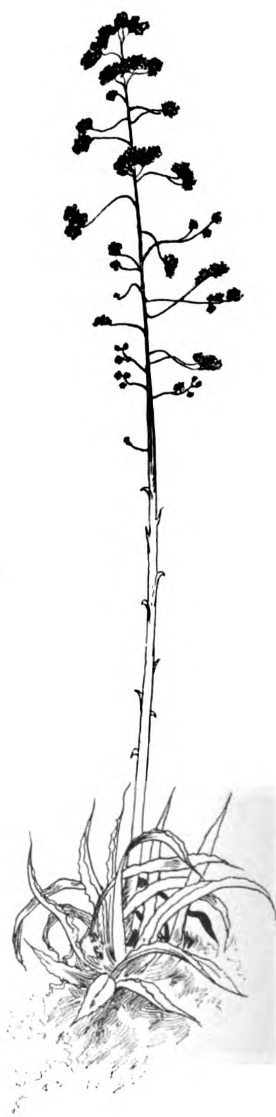


ROMANCE X

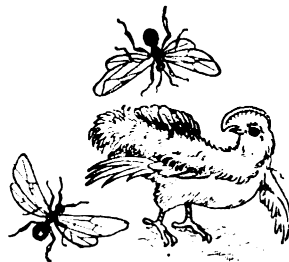
UN GOLPE EN VAGO

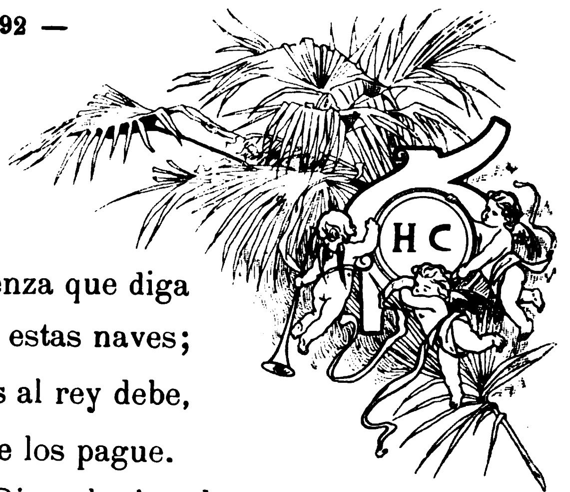
—«Ya el triunfo de vuestras armas
en toda Cuba se sabe,
y herido de negra envidia
se agita Diego Velázquez.
Con mucho disgusto ha oído
que, siendo suyas las naves,
os hayáis vos apartado
de rendirle vasallaje,
estando en esta comarca
del rey por representante.

Dicen que asaz ha sentido,
y lo cuenta como ultraje,
que de tantas regalías
como en esta tierra os hacen,
hayáis al César mandado
un barco de vuestra parte,
henchido de barras de oro
y de vistosos plumajes.
Por esto los enemigos,
que allá en Santiago dejasteis,
de vuestra honradez murmuran
con desenfado y coraje;
que diz que de ingratitudes
habéis hecho siempre alarde.
Bien pudierais, buen Hernando,
torcer el rumbo, si os place,
para aplacar las hablillas
de esos hombres miserables,
que sólo mueven las lenguas
cuando no hay quien se las saque.
Yo bien sé que esa jornada
no os fuera de todo en balde,
que conocer os importa
un traidor de alto linaje,
que con achaques de amigo



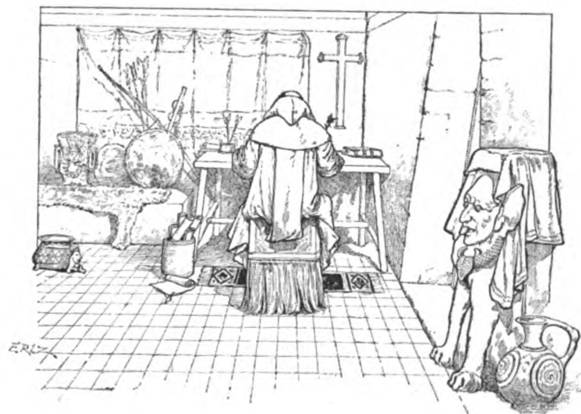
os vendió como un alarbe.
No arruguéis, Hernán, el ceño,
que aunque da honor al semblante,
bien se ve que sois un mozo
que habéis el alma de un ángel.
Fuisteis incauto aquel día
que á Santiago abandonasteis;
que allí el traidor se quedaba
en vuestra ausencia gozándose,
al lado de Catalina,
al lado de vuestra amante,
y ese traidor, os lo digo,
porque vuestro enojo estalle,
es el mismo que hoy murmura
de veros aquí tan grande.»
Alzóse Hernán de la silla
sin dar muestras de alterarse,
y al licenciado Juan Díaz
así contesta arrogante:
—«Porque vos me lo habéis dicho,
y os doy las gracias, buen padre,
sé que el triunfo de mis armas
en toda Cuba se sabe.
No me importa que, envidioso,
se agite Diego Velázquez,

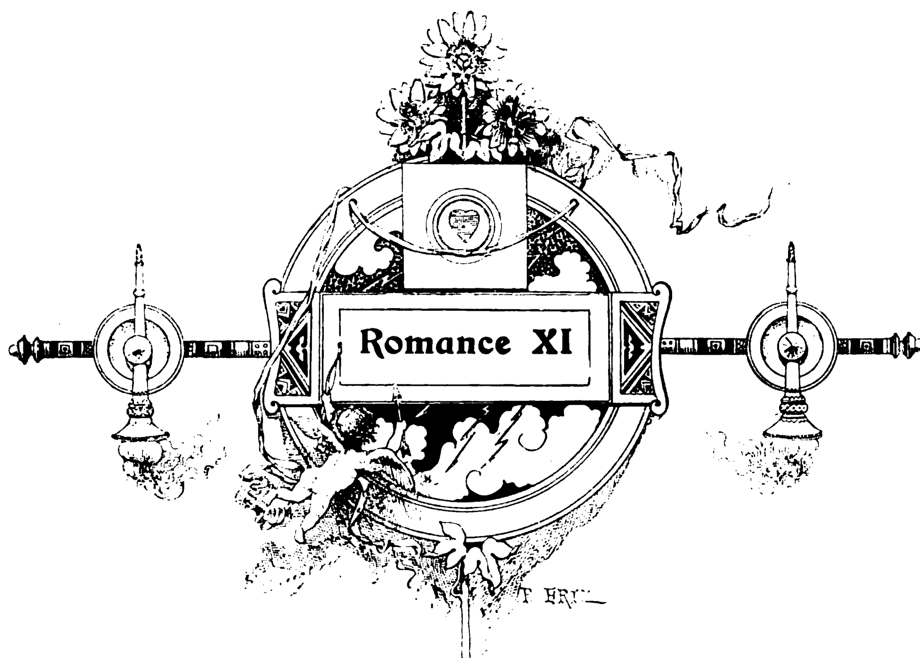




ni me avergüenza que diga
que son suyas estas naves;
que si honores al rey debe,
bueno será que los pague.
Nunca á don Diego he jurado
obediencia ni homenaje;
sólo al rey lo he prometido,
y al rey sólo he de humillarme.
Por eso, de los regalos
que en esta tierra me hacen,
un barco henchido de oro
bogando va por los mares.
Desprecio á los enemigos
que allá en Santiago me tachen;
que murmurar por la espalda,
es oficio de cobardes,
y no merecen, por cierto,
que yo sus lenguas les saque,
que no quiero que mis manos
con tal hazaña se manchen.
En cuanto al traidor don Diego,
dejad, por Dios, que aún no es tarde,

y ya veréis si es de tigre
alma que juzgáis de ángel.
Por lo tanto, fraile honrado,
dejad á todos que hablen,
que es propiedad de pequeños
ocuparse de los grandes.»
Y volviéndole la espalda,
de la habitación se sale,
á tratar de sus conquistas
con los demás capitanes.
Entonces el licenciado
toma papel, y al instante
de lo que ocurrido había
mandó á don Diego un mensaje.




Romance XI



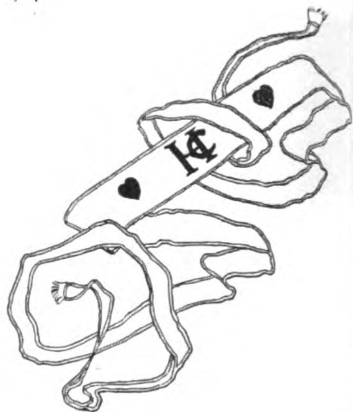


ROMANCE XI

LAS NAVES Á PIQUE

Escúchame por tu vida,
arrogante castellano;
así Dios con bien te vuelva
venturoso al suelo patrio,
donde tus ojos admiren
sus fecundísimos campos,
las paredes de tu aldea
y su altivo campanario.
Escucha, y el cielo quiera
que te vuelvas á los brazos
de los que niño en la cuna
tu puro sueño arrullaron.
¿Qué nuevas traes de la guerra?...
¿Qué nuevas traes de los bravos

que allende los mares lidian
nuevo mundo conquistando?...
¿Qué dices de aquel caudillo,
tan valiente como ingrato,
que por amor de la gloria
mis amores ha dejado?...
¿Vive?... ¿Le adora su gente?...
¿Le respetan sus contrarios?...
¿Conserva y lleva en su pecho
la banda que le he bordado?...
¿Sabes si de mí se acuerda?...
¡Si viera cuánto le amo,
si viera cuánto le lloro,
pronto volviera á mi lado!...
Díme... (y perdona si necia
te estoy enojo causando).
¿Has guardado tú su tienda?...
¿Has estrechado su mano?...
¿Le has sujetado el estribo
para subir á caballo?...
¿Has sentido algunas veces
deslizarse por su labio
el nombre de Catalina,
ó ya no me nombra acaso?...
¡Oh!... si algo sabes, contesta,





contesta, joven bizarro;
¡así te espere tu dama
con el amor que yo aguardo!...
— Por Cristo, noble señora,
que me aflige vuestro llanto,
pues por su abundancia dice
que del alma está manando.
Ese caudillo valiente,
que es de los indios espanto,
cerró el camino á su patria,
echando á pique sus barcos.

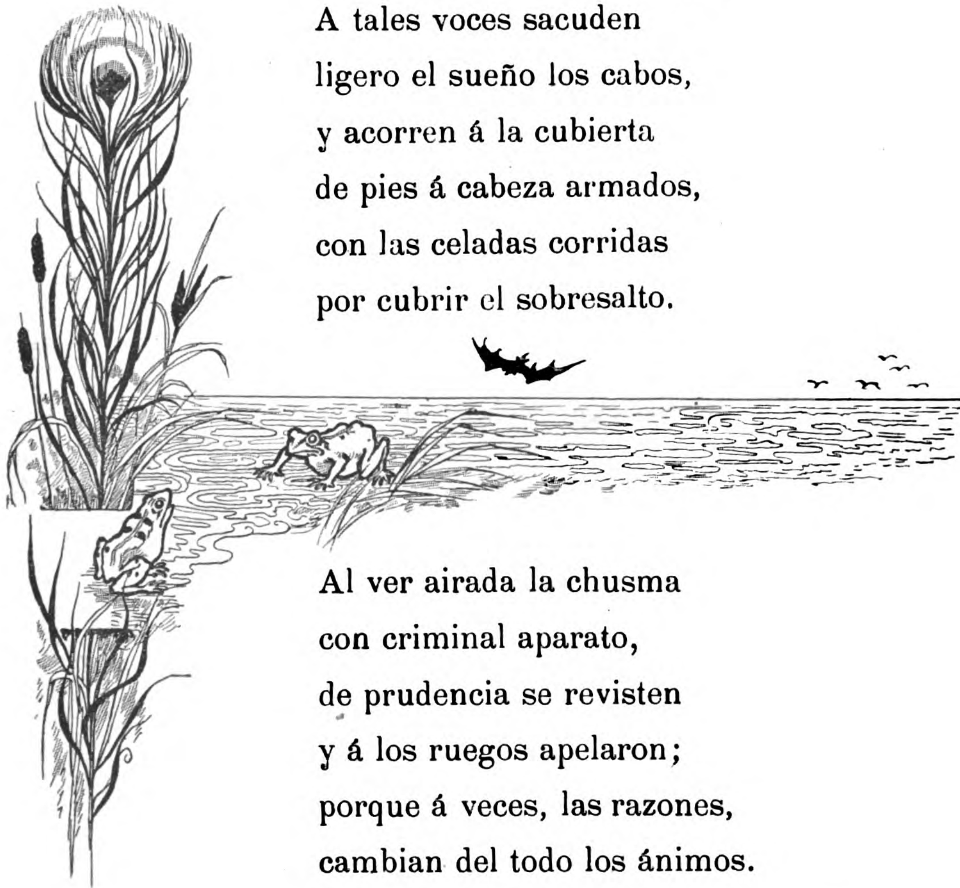


— ¡Dios mío!... No, no, te engañas:
díme que te han engañado.
—Pluguiera el cielo, señora,
mas yo lo estuve mirando.
—¿Tú lo viste?... ¡Madre mía!...
¿por qué lo he querido tanto?...
— Se amotinaron los suyos
en pro del Adelantado,
y quitóles la esperanza
cortando velas y palos.
— Díme cómo fué, y no temas
que, aunque ves mi rostro pálido,
aun tengo sangre en las venas
y valor para escucharlo.

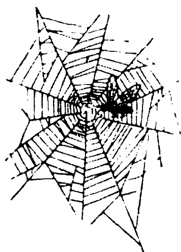
—Pues, oid: Era de noche,
y en medio de un cielo claro,
amarillenta la luna
se columpiaba brillando.
Todo en silencio yacía,
todo estaba solitario,
y de la playa serena
en el tranquilo regazo,
blandamente se mecía
toda la flota de Hernando.
Y en tanto los capitanes
se entregaban al descanso,
porque siempre el sueño ha sido
de los crímenes amparo;
como sombras fugitivas,
como espectros funerarios,
á las cubiertas subieron
los fieros amotinados,
con antorchas encendidas
y las dagas en las manos.
En medio de ellos estaba
Juan Díaz, el licenciado,



despertando á los dormidos
y la discordia atizando,
diciendo: ¡Viva Velázquez!
¡Torced el rumbo á Santiago!..
A tales voces sacuden
ligero el sueño los cabos,
y acorren á la cubierta
de pies á cabeza armados,
con las celadas corridas
por cubrir el sobresalto.

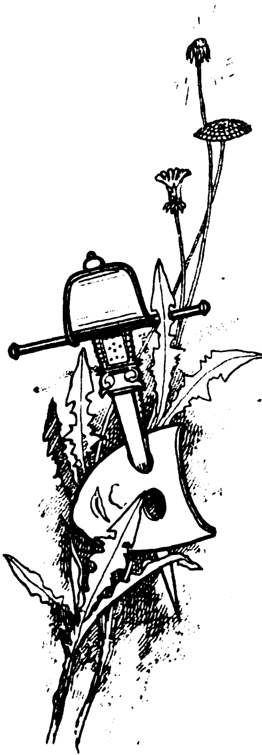


Al ver airada la chusma
con criminal aparato,
de prudencia se revisten
y á los ruegos apelaron;
porque á veces, las razones,
cambian del todo los ánimos.
Promesas, súplicas, ruegos,
amenazas... todo en vano;
que la tormenta arreciaba
causando tales estragos,
que ya andaba la licencia



respetos atropellando.
De pronto, en medio de todos,
alza su gigante brazo
el valeroso caudillo
con brío tan soberano,
que al silbido de su espada,
que bajó, el viento cortando,
rauda como la centella,
destructora como el rayo,
la cabeza de un rebelde
fué por las tablas rodando.
No en el revuelto Diciembre
brama con tal furia el ábrego,
como su acento terrible
retumbó por el espacio.
— «¡Fuera esas armas, traidores;
sus, de rodillas, villanos,
ó ancha tumba es para todos
el mar en que nos hallamos!» —
Dijo, y con un pistolete,
puesto el cañón boca abajo,
á Santa Bárbara apunta,
y altivo esperó el amago.
Así como con un dedo
calma Dios el Océano,

que osadamente subía
al cielo en ondas hinchado,
y luego manso se arrulla
á sus pies como un esclavo,
así Hernán calmó la furia
de sus rebeldes soldados,
que de miedo, confundidos,
á sus plantas se arrojaron.
—¡Perdón!...
—¡Hola!... al fin, vencidos,
estáis á mis pies temblando!...
¡Aquí de mis capitanes,
valiente Lugo, Alvarado:
cortad el cuello á los jefes
que han promovido este caso,
que es justo que con su vida
paguen delito tamaño!
Y á ese hombre, que atrevido
la traición ha predicado,
atadle á una lancha presto
y en medio del mar dejadlo,
que ya cuidarán las ondas
de conducirlo á Santiago.
Ahora vosotros, cobardes,
á la playa desarmados,

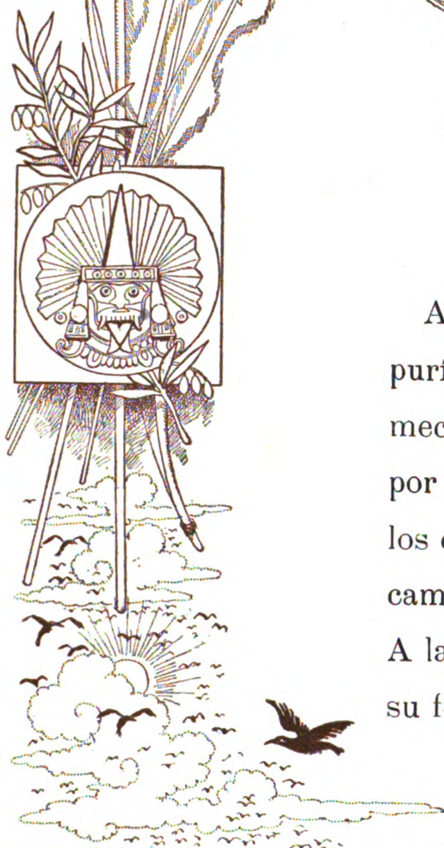


que de la patria por siempre
voy á cerraros el paso.
Y recogiendo las picas
arcabuces y venablos,
libres les deja en la arena
tristemente castigados.
A poco de este suceso,
torrentes de luz brotaron,
y en las llamas se envolvieron
de las naves los pedazos.
Yo temeroso, señora,
cogí una lancha, y al cabo
de mil penas y fatigas,
aquí llego por milagro.—
Calló el mozo; y Catalina,
sin cuidarse del recato,
partiendo el aire en suspiros,
tornó la espalda llorando.




Romance XII
ERIZ





ROMANCE XII

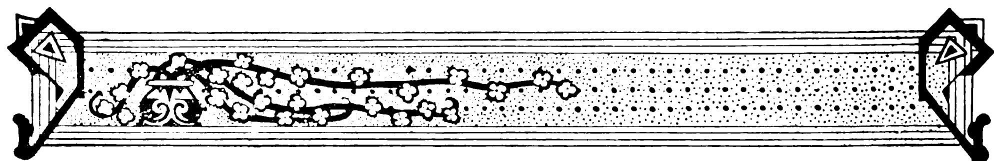
LA EMBAJADA

Al declinar una tarde
purísima y despejada,
mecida entre nubes rojas
por el soplo de las auras,
los españoles temidos
camino van de Tlascala.
A la luz del sol, que esconde
su frente tras las montañas,

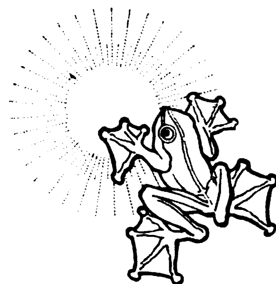




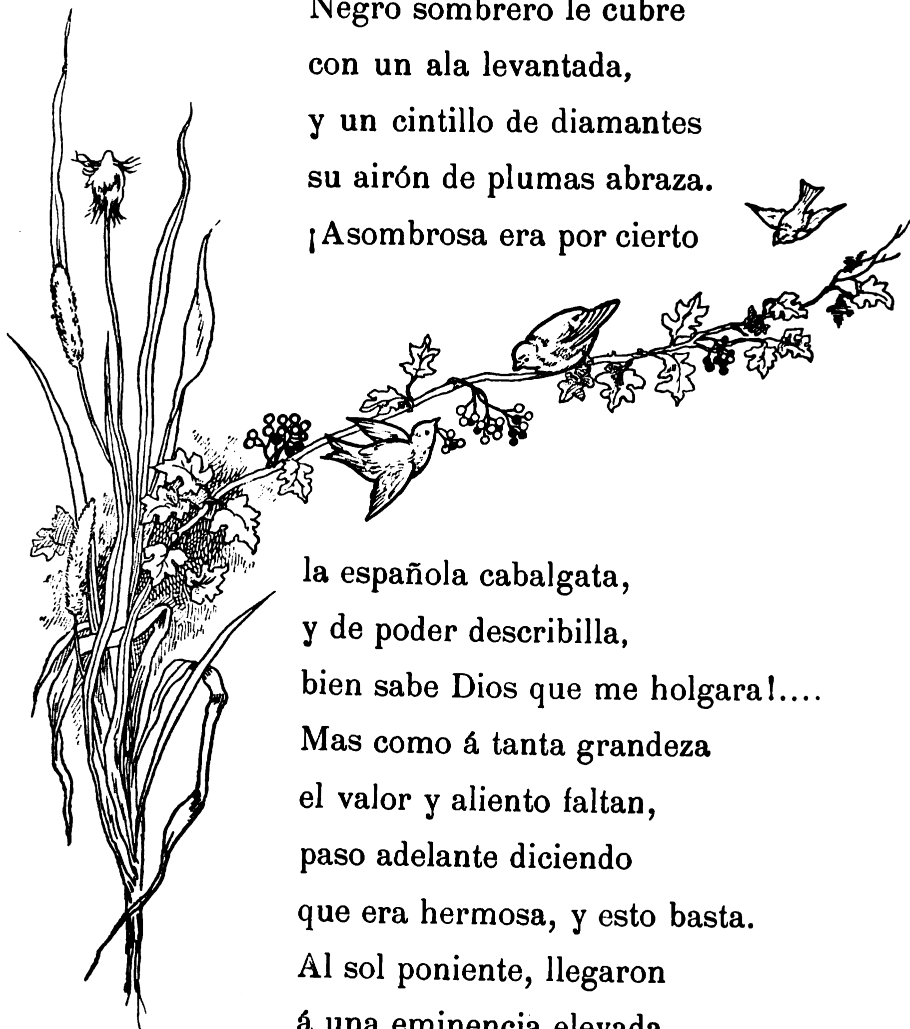
como luceros relucen
de lejos las alabardas,
cascos, petos y arcabuces,
espaldares y corazas.
Delante de ellos, airoso,
sobre una yegua rodada,
el capitán que los guía
donosamente cabalga.
¡Qué bien en la yegua rige,
y qué bien lleva la lanza,
y qué magnífico juego
en el juego de sus armas!...
Sobre la cota de oro,
que mil diamantes esmaltan,
de brillante argentería
bordada luce una banda;
follajes lleva al extremo
y lazos de seda y plata,
en los cuales se sujeta
su tizona toledana.
Templado casco de acero
cubre su frente bizarra,



y las plumas que le adornan
se asemejan, por lo blancas,
á los vellones de nieve
que coronan la Alpujarra.
Crujen chocando las piezas
y sus manoplas de escama,
que más que manos parecen
de un fiero león las garras.
Orgullosa de tal peso
la yegua su freno tasca,
bota, relincha y sacude
sus luengas crines rizadas,
y con su cola rastrera
nubes de polvo levanta.
Al lado, los capitanes
ostentan sus ricas galas;
de Portocarrero ondea
el capellar á la espalda,
y mil caireles de seda
su fiero alazán arrastra.
Lugo, galán y valiente,
ancho escudo de oro embraza,
y con rico paramento
cubre su potro de Arabia.
Juan de Velázquez, altivo,



lleva un traje de escarlata,
con bandas de azul y blanco
acuchillando las mangas.
Negro sombrero le cubre
con un ala levantada,
y un cintillo de diamantes
su airón de plumas abraza.
¡Asombrosa era por cierto



la española cabalgata,
y de poder describilla,
bien sabe Dios que me holgara!....
Mas como á tanta grandeza
el valor y aliento faltan,
paso adelante diciendo
que era hermosa, y esto basta.
Al sol poniente, llegaron
á una eminencia elevada,
desde la cual descubrieron
caminar por la campaña,
vistosa tropa de indios

que sin temor avanzaba.
Caballeros y peones
á esta aparición se pasman,
y Cortés y Aguilar solos
de la alta colina bajan,
porque el último entendía
de los indianos el habla.
Turbados también los indios
al verlos, fijan las plantas,
y temblando se arrodillan
cual si á dioses adoraran.
Al cabo, el más arrogante,
no sin temor, se adelanta,
y la cabeza inclinando,
dice así, con voz cortada:
«Hijos del Sol, honra y gloria
os envía mi monarca,
el valiente Moctezuma,
columna de nuestra patria.
Sabiendo que vuestro Padre,
que mares de luz derrama,
intenta quemar el mundo
que bajo sus rayos se halla,
hoy nuestro Rey presuroso
de vuestro poder se ampara,

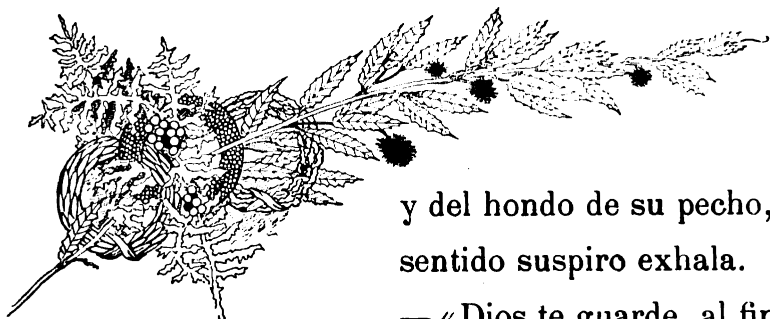


y os promete que su pueblo
quedará puro y sin mancha,
lavando todas sus culpas
con ríos de sangre humana,
Y en prueba de que sus votos
los pronuncia con el alma,
aceptad, airados dioses,
la pobre ofrenda que os manda,
compuesta de plumas de oro
y veinte flores indianas,
las más hermosas doncellas
que han visto la luz sagrada.»
Calló el indio y al momento
sobre una alfombra de palma,
de polvo de oro exquisito
cayó una lluvia de gualda.
Luego, adornadas de perlas,
las bellas indias avanzan,
mal velados sus encantos
bajo transparente gasa.
Montones de leves rizos
ornan sus cuellos de garzas,
y diademas de granate
ciñen sus frentes de nácar.
Al ver sus formas aéreas

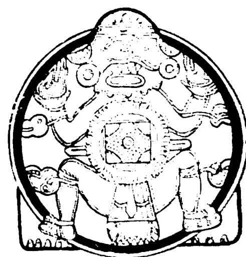


á la luz confusa y vaga
que en el Poniente vacila
como agonizante llama,
dijérase que eran sombras
de ondinas bellas ó hadas,
de las que asientan sus tronos
en el reino de las aguas.
Dijérase que eran ninfas,
de esas que á la mente encantan,
cuando entre sueños de amores
tímidamente resbalan;
de esas que, en medio del aire,
baten sus ligeras alas,
y el inmenso espacio cruzan
y sobre las nubes danzan,
y en los rayos se columpian
de la luna plateada.
De tal presente asombrados,
Aguilar y Cortés callan;
que cuando admiran los ojos
se retiran las palabras.
De pronto, Hernán presuroso,
de su hermosa yegua salta;
á una indiana se dirige,
tan bella como gallarda,





y del hondo de su pecho,
sentido suspiro exhala.
— «Dios te guarde, al fin la dice,
Dios te guarde, mejicana,
que eres la imagen de aquella
que mató mis esperanzas.
Iguales son esos ojos,
iguales son tus miradas;
indiana, vente conmigo,
serás ángel de mi guarda.»
La hermosa, sin entenderlo,
sus dulces ojos levanta,
y con los ojos responde,
que son las lenguas del alma.
Entonces Aguilar rompe
el asombro que le embarga,
y así contesta prudente
al que le dió la Embajada.
— «Dí á tu Rey que hemos oído
con atención su demanda,
y que ante su trono iremos
prontamente á contestarla.



Díle que mi Dios no acepta
las víctimas que prepara,
pues con la sangre que vierte
más sus vasallos se manchan.
Devuélvele esas doncellas
que torpemente regala;
que una sola nos llevamos
en prenda de sus palabras.»

— —

Con lo cual la comitiva
tornó al momento la espalda,
y perdióse entre las brumas
de la noche solitaria.




Romance XIII







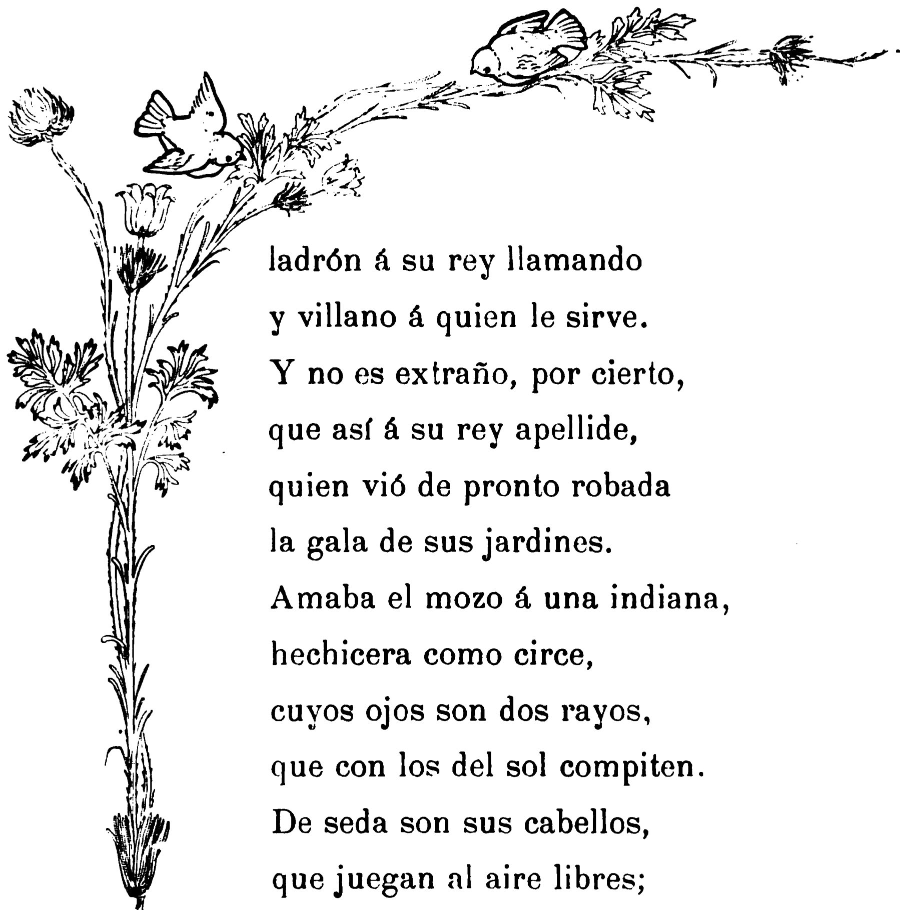




ROMANCE XIII

GUATIMOZÍN

A la margen de un arroyo,
que entre dos montañas vive,
de honda pena maltratado
Guatimozín llora y gime.
Anchos regueros de sangre
surcan su semblante triste,
y con el llanto que vierte
las flores del campo tiñe.
Huyendo salió de Méjico,
dando alaridos horribles,



ladrón á su rey llamando
y villano á quien le sirve.
Y no es extraño, por cierto,
que así á su rey apellide,
quien vió de pronto robada
la gala de sus jardines.
Amaba el mozo á una indiana,
hechicera como circe,
cuyos ojos son dos rayos,
que con los del sol compiten.
De seda son sus cabellos,
que juegan al aire libres;
redes que el amor le puso
para que amantes cautive:
sus mejillas son de grana,
y su boca de alhelíes;
su dentadura de plata,
y su garganta de cisne;
airosa como la palma,
tiene el talle tan flexible,
que el céfiro la cimbrea

como á una rama de mimbre.
Bien merece la zagala
que así por ella suspire,
quien admiró con el alma
tan delicados perfiles.
Bien merece que por ella
Guatimozín llore y grite,
y contra su rey blasfeme
y contra el pueblo replique,
que es el rey asaz tirano
y es el pueblo asaz humilde.
Por eso de negro encono
su noble corazón hinche,
y acentos lanza de ira,
roto á su dolor el dique.
—Moctezuma, Moctezuma,
que te sirva quien te estime,
que yo te aborrezco y odio
como á la serpiente el tigre.
Por miedo á los extranjeros,
que tienes por invencibles,
¡hoy á sus plantas, cobarde,
veinte mejicanas rindes!...
¡Y en ellas va mi esperanza,
la esperanza que me aflige!...





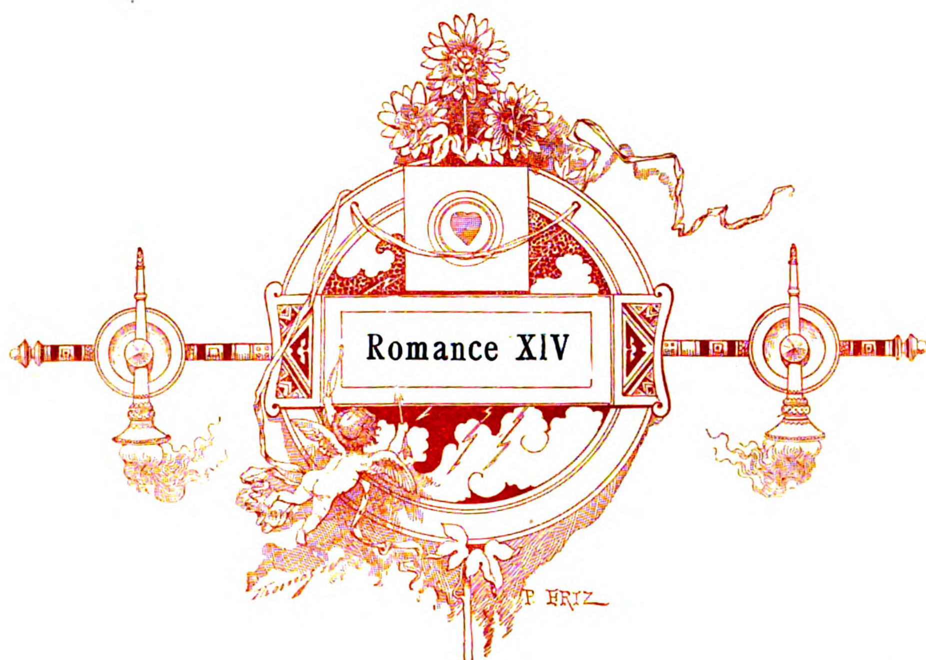
¡Oh... gran daño, Moctezuma,
gran daño en mi pecho hiciste!...
No esperes, viven los dioses,
que mi memoria lo olvide,
que no se borran afrentas
si con dolor se reciben.
Quédate sobre ese trono,
que mi despecho maldice;
oprime á ese pueblo esclavo,
que con sus dolores ríe;
que ya lucirá la aurora
que á los infames castigue,
y levante á los caídos
y á los soberbios humille.
Entonces será un sudario
el regio manto que vistes,
y caerá en pedazos rota
la corona que te ciñes.
Moctezuma, Moctezuma,
que te sirva quien te estime,
que yo te aborrezco y odio
como á la serpiente el tigre.

———

Dijo, y tomando la maza,
tronco de un árbol terrible,

camino de una montaña
lentamente se dirige.
Y es tal el fuego violento
que por sus ojos despide,
que las fieras que se encuentra
ni le braman ni le embisten.




Romance XIV
P. ERIZ

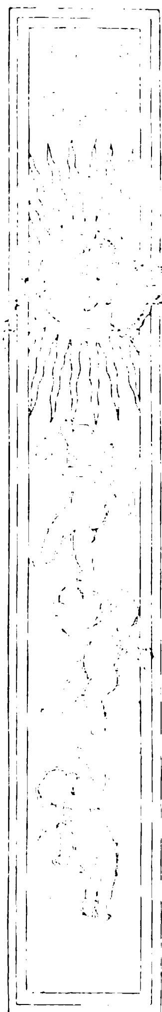




ROMANCE XIV

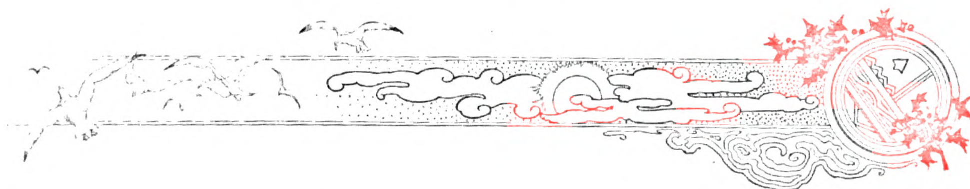
HERNÁN Y MARINA

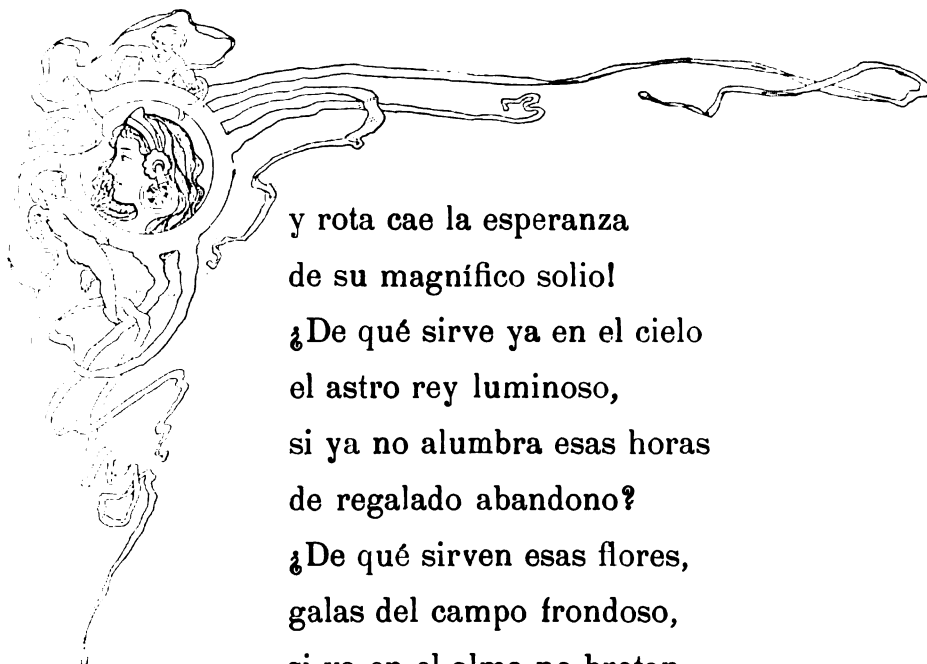
Bajo una tienda de seda,
cuyo pendoncillo rojo
libremente al viento ondula
con cien giros caprichosos,
Hernán Cortés y la Indiana,
ella hermosa y él airoso,
con ternura apasionada
se contemplan uno y otro.



Sentada está la doncella
sobre cojines de oro,
y él de pie sin la armadura,
porque pesa como el plomo.
Ninguno rompe el silencio,
que no es al amor estorbo,
pues mientras callan los labios
están hablando los ojos.
Y que se adoran es cierto,
que de ello dan testimonio
la timidez de la hermosa
y los respetos del mozo.
Cuando Hernán del pecho lanza
algún suspiro amoroso,
al punto vivos carmines
asoma la Indiana al rostro.
Y era justa la vergüenza,
que de la gasa el embozo
mal de la hermosa encubría
los purísimos contornos.
Desnuda está su garganta,
desnudo el pecho redondo
afrenta de la blancura
y de los amores trono.
El cabello ensortijado

le está cubriendo los hombros,
y en ellos juega y suspira
el aire muy vagaroso.
¡Horas de amantes delicias,
horas de encantado gozo!...
¿por qué, siendo tan hermosas,
os vais del alma tan pronto?...
¿Qué importa que el pecho sea
ancho mar tempestuoso,
donde bullan las pasiones
en compasado alboroto;
donde los celos estallen
como los aires de otoño,
si son flores de la vida
tan dulcísimos enojos?...
¡Ay, cuando lánguido y frío
se queda el corazón solo,
entregado á sus recuerdos,
que son del amor escombros,
cuando se apaga en el alma
el luciente meteoro



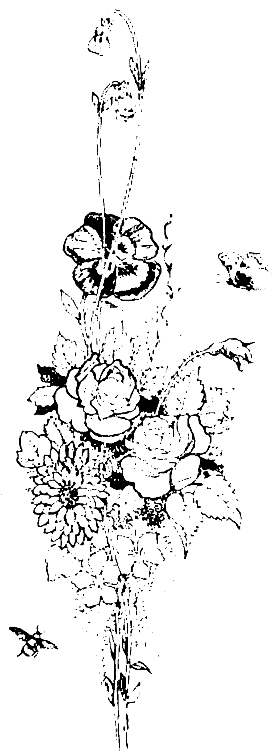


y rota cae la esperanza
de su magnífico solio!
¿De qué sirve ya en el cielo
el astro rey luminoso,
si ya no alumbra esas horas
de regalado abandono?
¿De qué sirven esas flores,
galas del campo frondoso,
si ya en el alma no brotan
deslumbradores pimpollos?...
¿De qué sirven esas aves,
cuyos acentos sonoros
son ridículas parodias
de nuestros lamentos sordos?
Aves, flores, ríos, fuentes,
serpenteadores arroyos,
sin amor no valéis nada,
con amor lo valéis todo.
¡Oh!... pues que sois tan hermosas,
horas de dulces coloquios,
ó sonar nunca debierais
ó no ausentaros tan pronto.

Embriagado con su dicha,
trémulo de amor y asombro,
sujetando el preso aliento
del corazón en el fondo,
los encantos de la Indiana
contempla Cortés absorto.
Al fin á sus plantas llega
del aire libre, celoso,
y estrechándole una mano
la dice: ¡Cuánto te adoro!...

—

Almas de amores perdidas,
sombras de Venus y Apolo,
espíritus invisibles
de Angélica y de Medoro,
yo bien sé que suspirasteis
en ese espacio sin fondo,
al ver navegar dos almas
del puro amor en el golfo.

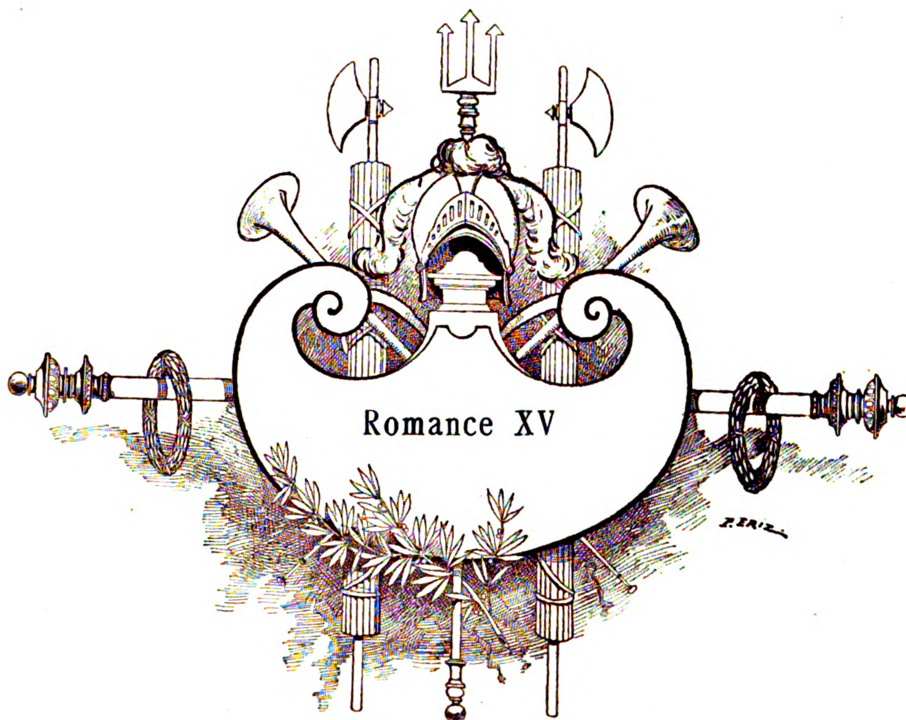


—

De pronto el alba clarea
el horizonte anchuroso,
y por todo el campamento
se levanta un clamor ronco,
que viene á herir los oídos

del amante venturoso.
Armase Hernán; sale al campo,
monta de batalla el potro:
enristra la lanza fuerte
con brazo asaz poderoso,
y espera á los enemigos,
que bramando como el Ponto,
avanzaban levantando
densas columnas de polvo.



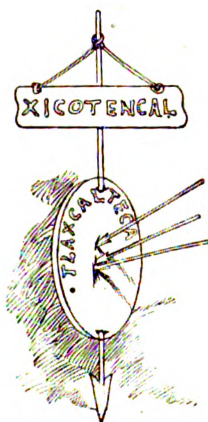

Romance XV



ROMANCE XV

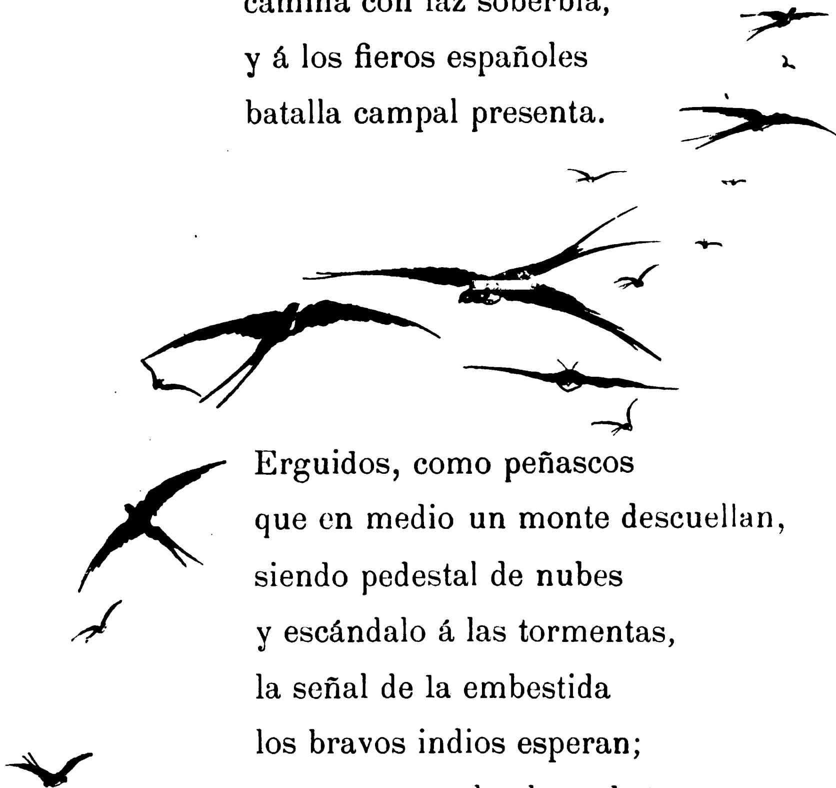
LA BATALLA DE TLASCALA

Xicotencal el temido,
aquel de las plumas negras,
que en los bordes de su maza
siempre el exterminio lleva;
el del color bronceado,
que un sol en el rostro ostenta
y mil cifras en el pecho,
que son timbres de nobleza;
el que nunca fué vencido
de las mejicanas fuerzas,
cuyos ojos son de lumbre
que con solo mirar queman;





el que con temible acento,
el inmenso espacio atruena
y con su planta segura
hace estremecer la tierra;
hoy, al frente de su tropa,
camina con faz soberbia,
y á los fieros españoles
batalla campal presenta.

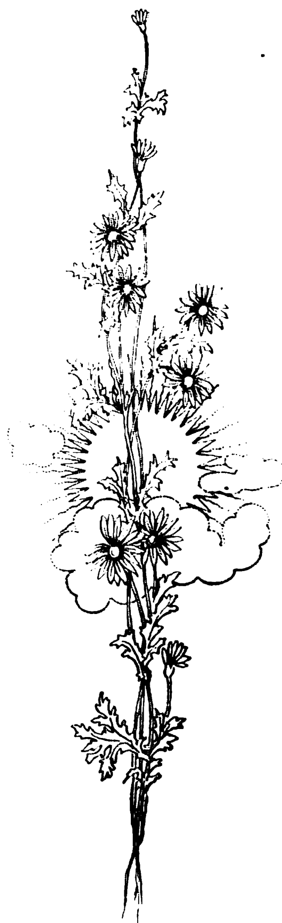


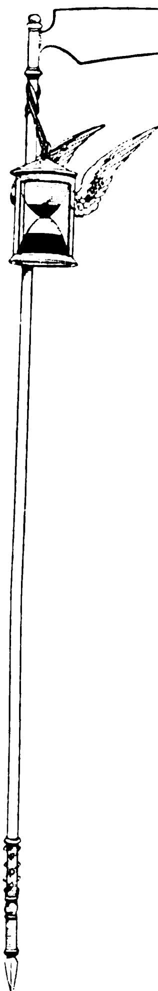
Erguidos, como peñascos
que en medio un monte descuellan,
siendo pedestal de nubes
y escándalo á las tormentas,
la señal de la embestida
los bravos indios esperan;
que es su regalo el combate,
y es su gloria la pelea.
A la luz del sol, que asoma
tras las empinadas crestas
del horizonte lejano,
que el manto del cielo besan,



parece aquel campamento
un ancho mar de cabezas,
cuyas ondas de colores
saltan, se empujan, se aprietan,
van, vienen, corren, se agitan,
se alborotan y condensan,
reverberando mil luces
cuando en la playa se estrellan.
De pronto los atabales
de combatir dan la seña,
y una sorda gritería
la región del aire llena.
Cúbrese el cielo de polvo
silban las agudas flechas,
y de las hondas, zumbando
salen un millón de piedras,
que al dar sobre las corazas
compasadamente suenan,
como en los tersos cristales
el granizo martillea.
A su vez, los españoles

hacen crujir las ballestas,
y á los secos estampidos
montes y vallados tiemblan.
Rápidos los escuadrones
al enemigo se acercan,
y cada lanza es un rayo,
cada espada una centella,
cada arcabuz un infierno,
cada español una fiera.
Allí, Lugo el esforzado
de muertos el campo siembra;
aquí, Sandoval bizarro
desbarata cuanto encuentra;
en este lado, Mejía
hiende, raja y atropella,
y allá, Farfán tinta en sangre
la pesada lanza muestra,
que más que lanza parece
hachón que apagado humea.
El fuerte Portocarrero
por todas partes penetra;
y donde asienta su espada,
allí la sangre revienta.
Alvarado, el sin mancilla,
alza su potente diestra,





y cubierto con su escudo
certeros tajos asesta.
En medio de ellos, gigante
Hernando Cortés se eleva;
la muerte esgrime su mano,
que nunca sus golpes yerra.
Teñidas en sangre tiene
las relucientes espuelas,
sangre lleva en la coraza,
sangre lleva en la gorguera,
y al empuje de su brazo,
millares de cuellos siega,
que se hacinan en su torno
como montones de hierba.
En vano las densas masas
unas con otras se estrechan,
y en vano á vencer se animan
los bizarros Tlascaltecas
y se apiñan y se agrupan,
como en angosta colmena
trabaja, unido y compacto,
todo un enjambre de abejas.
En vano el bravo guerrero

que los conduce y alienta,
hace saltar con su maza
de los armados las piezas,
y abolla los capacetes
y derriba las cimeras,
como al empuje del hacha
troncos altivos se aterran;
que el aire hiende, radiante
como rayo de la esfera,
formidable caballero
montado sobre una yegua,
con crines de plata y oro
relucientes como estrellas.
De diamante es su armadura,
y con la mano derecha
agita un rayo encendido
que al aire relampaguea.
De tal visión espantados,
los de Tlascala se ahuyentan,
y por la extensa llanura
en alas del miedo vuelan;
así como cuando un río
rompe sus diques de arena,
y en su corriente arrebata
troncos, arbustos y peñas.



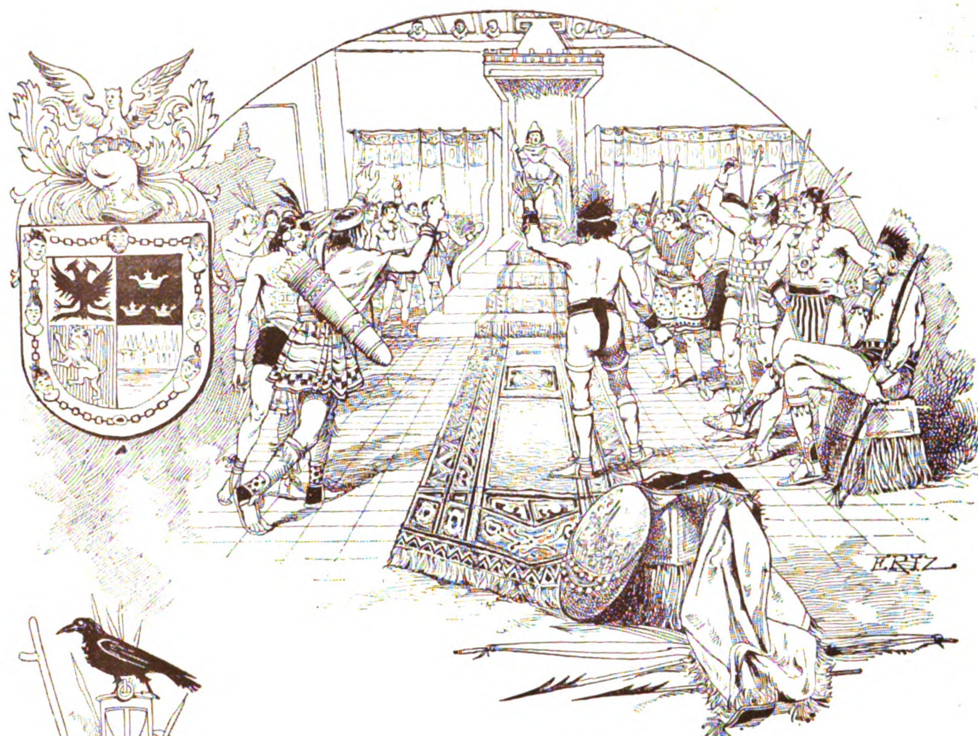
Llegaron los fugitivos
de la ciudad á las puertas,
y por doquiera que pasan,
el pánico terror llevan.
Alborotóse el consejo
con la noticia funesta;
los magos y los ancianos
la destrucción clamorean,
y un ronco ahullido de angustia
por todo el ámbito truena.
Xicotencal entra luego
con la negra faz sangrienta,
polvoroso y fatigado
como acosada pantera,
y al verlo, nobles y jueces
asombrados le rodean,
y con los ojos preguntan,
por no poder con las lenguas.
—«Que ¿me pedís vuestros hijos?
dice el león de la guerra;
murieron como valientes,
allá en el campo se quedan.
Id á rogar á los dioses
que nuestra causa protejan,
que el Dios de los vencedores

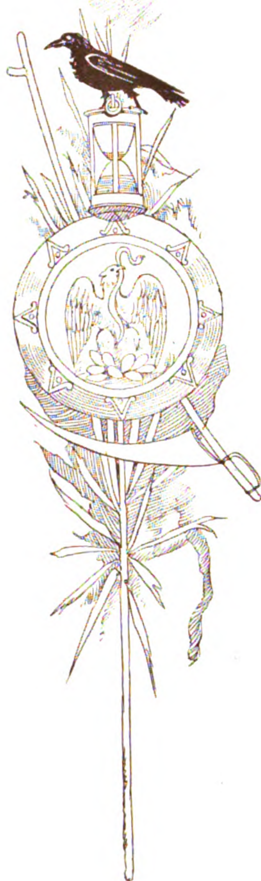


por ellos el cielo deja,
y nuestras filas destroza
con poderosa fiereza.»
Dijo, y la audaz muchedumbre
su anchuroso templo anega,
y al ver que de sus altares
rotos sus ídolos ruedan,
desconsolados, llorosos,
juntos en tropel se alejan.
Entonces jueces y nobles,
llevando en alto banderas,
al campo del enemigo
humildemente se acercan,
á pedir la paz á Hernando
y á prometerle obediencia.




Romance XVI



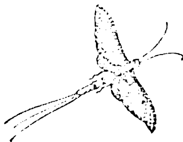
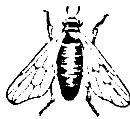
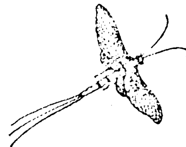
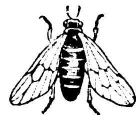


ROMANCE XVI

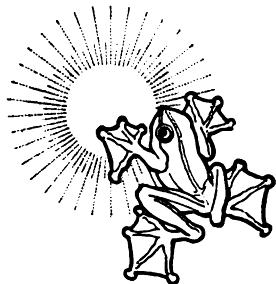
EL CONSEJO

Juntos están en consejo
los caciques de Cholula,
que á llamamiento de guerra
ningún valiente se excusa.
Entre ellos está Xaspeque,
indio de grande estatura;
Quinjuet, el de airados ojos,
que sólo mirando asusta;
Magiscatzín el gigante,

señor del valle de Honduras,
y otros indios principales,
en cuya fuerza y bravura
la salvación de su patria
el Rey de México funda.
Todos están pensativos
y revelando pavura,
que han sabido que Tlascala,
que es de los héroes la cuna,
ha sujetado su cuello
á la española coyunda.
En vano los más valientes
el espanto disimulan,
que al ver á un pueblo de bravos
quedar vencido en la lucha,
los más fieros se atribulan.
Tan espantoso silencio
lo rompe, al fin, y lo turba,
la voz de un guerrero anciano
que de alta opinión disfruta.
—Guerreros, dice; ya el cielo
nos niega amparo y ayuda,

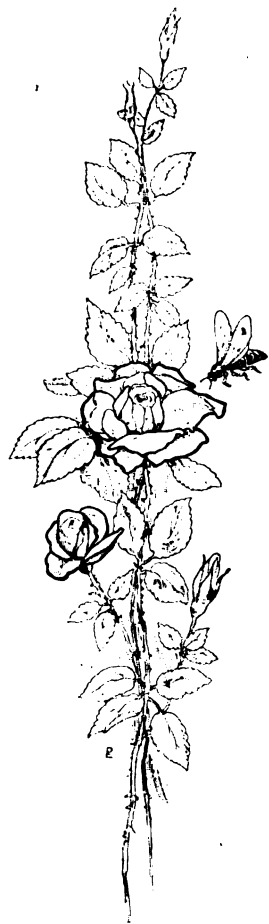
y con montones de nubes
su manto de grana enluta.
Envuelta del sol la llama
entre las nieblas confusas,
sólo para los que vencen
sus rayos de fuego alumbran.
En vano, recios varones,
del grande imperio columnas,
os lanzaréis al combate
con desenfrenada furia;
que allí do poséis las plantas,
encontraréis sepultura.
¿Oís?... Del Dios de la muerte
el bronco acento susurra,
y de su carro espantoso
la ronca rueda retumba.
Rojizas franjas de sangre
por el horizonte cruzan;
sopla el huracán, y el rayo
el cóncavo espacio surca.
El águila de los montes
bate sus alas obscuras,
y sus dolientes graznidos
próxima tormenta auguran.
No hay esperanza, guerreros,



que en medio la noche turbia
brama el tigre por los bosques
rasgando la densa bruma;
palidecen las estrellas
que acompañan á la luna,
y manchas de sangre tiñen
el agua de las lagunas.
¿Os acordáis?... Ancho libro
de la antigüedad, anuncia
que por la parte de Oriente,
y en alas de la ventura,
vendrá el Dios de la venganza
á castigar nuestras culpas.
Llegó por fin, y á su empuje
no hay héroe que no sucumba,
ni pueblo que no se humille,
ni trono que no se hunda.
Deponed, pues, esas armas,
que arrojaréis en la fuga,
que si en el cielo está escrito,
fuerza será que se cumpla.—
Calló el anciano, y al punto,
vertiendo copos de espuma,
Guatimozín valeroso
tales palabras pronuncia:



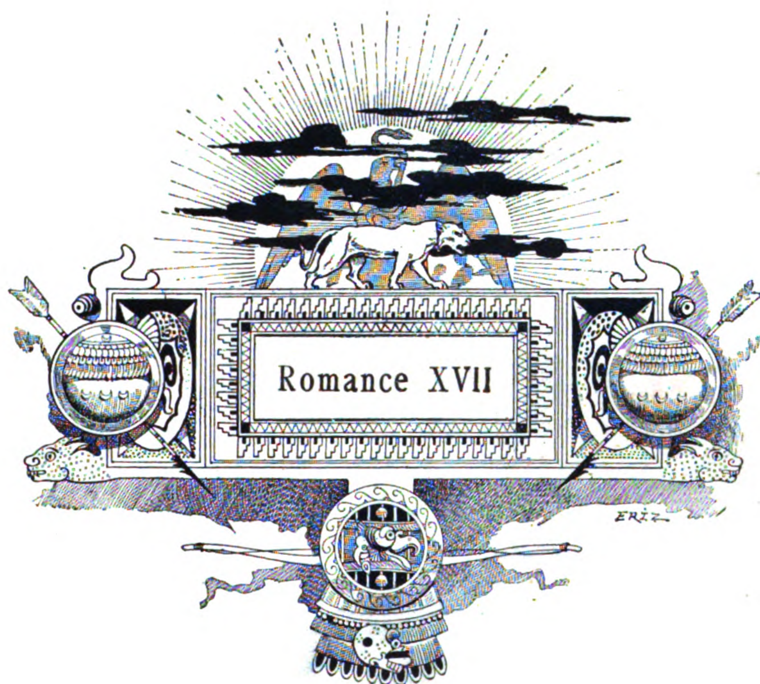
—Al que por la patria muere,
la gloria le ofrece tumba,
y honor eterno merece
el valiente que la busca.
Si el cielo, noble cacique,
nos niega amparo y ayuda,
y con montones de nubes
su manto de grana enluta,
es porque airado se muestra
contra nuestra inercia suma,
que nunca del sol la llama
frentes cobardes alumbra.
Guerreros, tended los ojos
por vuestras largas llanuras;
tendedlos por las ciudades
que el horizonte dibuja,
y alzad un grito de guerra
que por todas partes cunda,
que nunca los esforzados
para combatir se escudan.
¿Dudáis?... Pues oid, valientes:
mañana, cuando el sol luzca
de las montañas soberbias
tras las erizadas puntas,
no veremos más que esclavos

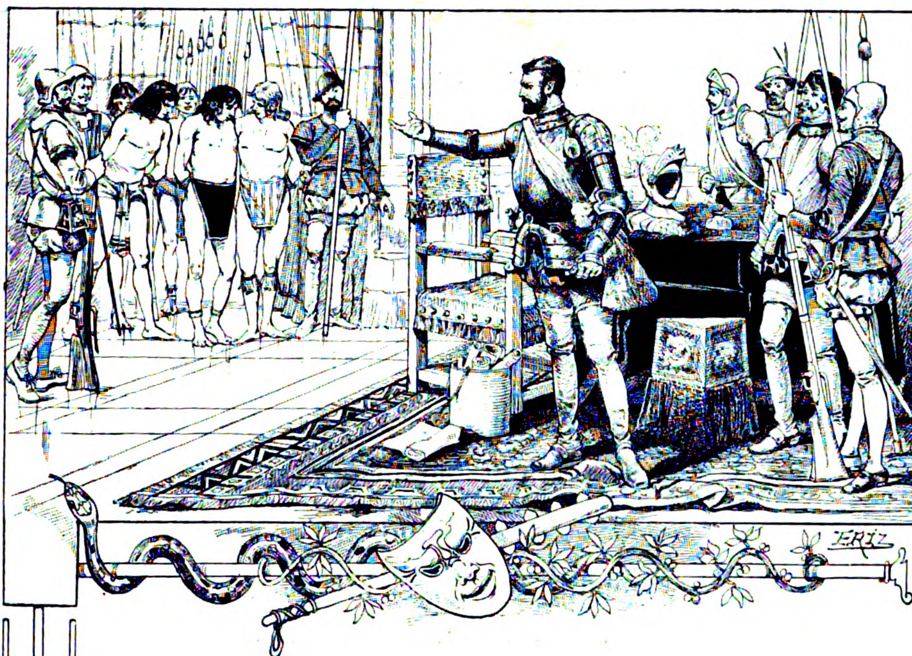


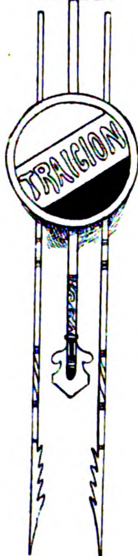
de esos hombres con fortuna,
que al abrigo de sus armas
de gente cobarde triunfan.
No tendréis patria, guerreros;
y ¡ay del que á salvarla acuda!
que entonces, tinto en su sangre,
caerá ante la fiera turba.
Lidiemos, pues, que aunque al cabo
esa tradición se cumpla,
siempre habrá un rincón de tierra
para escoger sepultura.—

Dijo, y por todo el consejo
un grito de muerte zumba,
cuando ya triunfante entraba
Hernán Cortés por Cholula.




Romance XVII



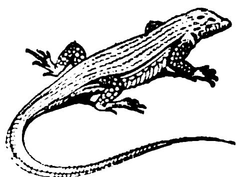


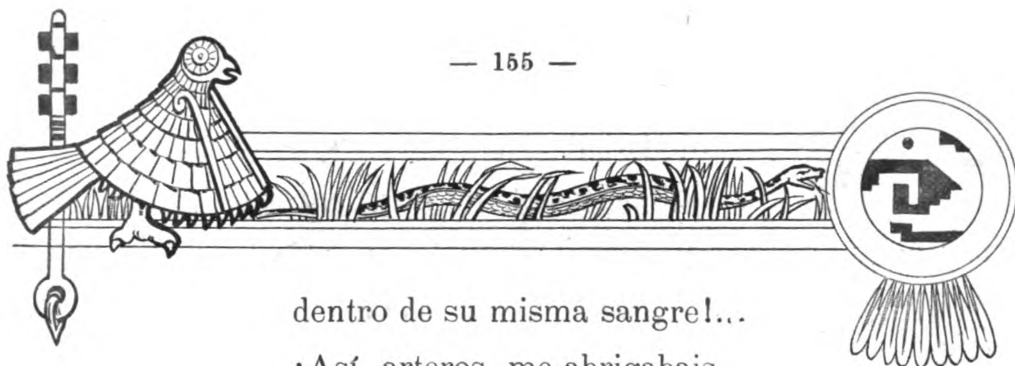
ROMANCE XVII

LA TRAICIÓN DESCUBIERTA

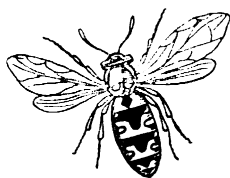
En su silla de respaldo,
bordada de oro y granate,
sentado Cortés se halla
lleno de enojo el semblante.
Armados de punta en blanco
le cercan sus capitanes,
derramando por los ojos
llamaradas de coraje;
y hasta el centro de la sala,
sin insignias ni plumajes,

descoloridas las frentes,
que el mismo crimen abate,
presos vienen de Cholula,
los indios más principales.
Álzase Hernán de su asiento
dando de furor señales,
y estas palabras dirige
á los que tiene delante:
—Ya sé, caciques traidores,
cuanto traidores, infames,
que pensáis hacer la guerra
á quien pedísteis las paces.
Ya sé que vuestras mujeres
huyendo al campo se salen,
porque afiláis vuestras armas
para venir al combate;
ya sé que tenéis cortadas
anchas plazuelas y calles,
para que mis caballeros
en hondas simas se maten,
y los picos de sus lanzas
á vuestros pechos no alcancen.
Ya sé que mil combatientes
la extensa ciudad invaden;...
¡más, vive Dios, que he de ahogarlos





dentro de su misma sangre!...
¿Así, arteros, me abrigabais
para después destrozarme,
sin abrirme campo libre
para combatir, cobardes?...
¿Así, á quien amigo viene
prestáis hospitalidades,
preparándole la muerte
de amistad haciendo alarde?...
¿Así pagáis, fementidos,
indios, de impuro linaje,
al que la paz os otorga
sin pediros el rescate?...
Pues bien, ya que á tal ofensa
no hay reparación que baste,
pues de todos los delitos
el de traición es más grande,
que se cumpla la justicia,
y quien tal hizo, tal pague.—
Dijo, y haciendo una seña
imperiosa y dominante,
los guardias con los caciques

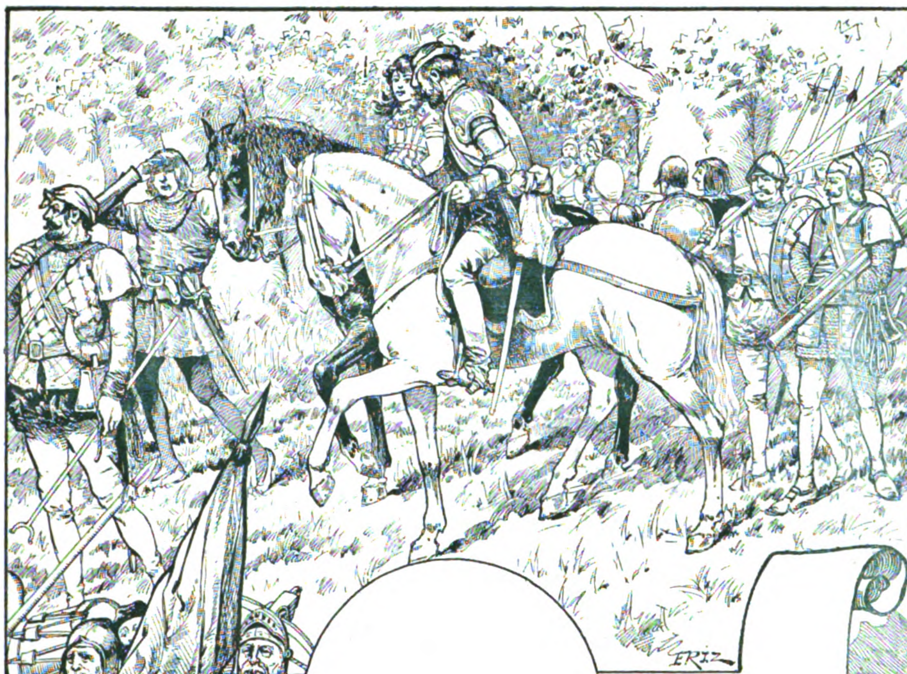


de la habitación se salen.
Roncos el viento rasgaban
los clarines y atabales,
y temblorosos los indios
lanzaban profundos ayes,
ayes y gritos de muerte
que quebrantaban el aire.
A la plaza llegan luego,
y en cuadrillas desiguales,
los bravos indios se juntan
y en mil sitios se reparten,
unos transidos de miedo,
los otros amenazantes.
De pronto, en todos los puntos,
sobre fieros alazanes,
se apostan los españoles
con sus picos y montantes,
siendo impenetrables diques
de aquel bullicioso enjambre.
Al verlos, callan las voces,
y no es extraño que callen,
que donde las armas brillan
allí los respetos nacen.
Entonces, bronco estampido
de los arcabuces parte,

como el rumor de las puertas
de la eternidad, que se abren,
para recibir las almas
que rompen la humana cárcel;
y al suelo muertos cayeron
los caciques arrogantes.
De tal castigo espantados,
tiemblan los indios salvajes;
y como no hay un valiente
que á la venganza les llame,
poco á poco se retiran
y los corros se deshacen;
que nada importan los brazos
do no hay cabeza que mande.



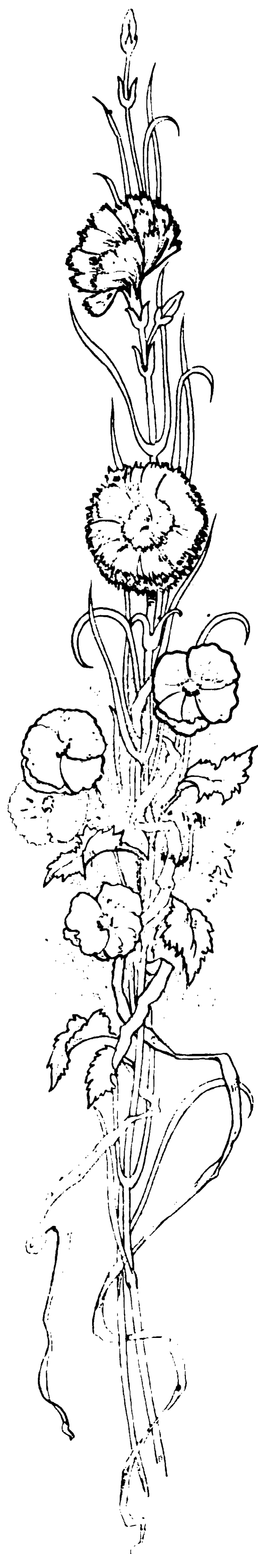

Romance XVIII



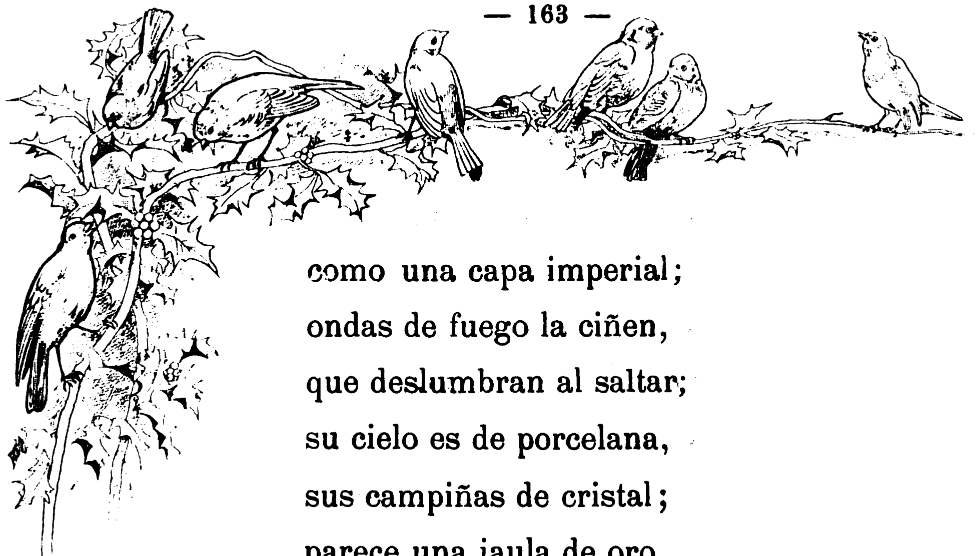
ROMANCE XVIII

LA ENTRADA EN MÉJICO

Trasmontando una colina,
todo el ejército va:
delante los españoles,
los de Tlascala detrás.
Al pie de doña Marina
cabalga el bueno de Hernán,
con el lanzón en la cuja
y á la espalda el capellar.
Ella va vertiendo amores,
y él la sirve con afán;

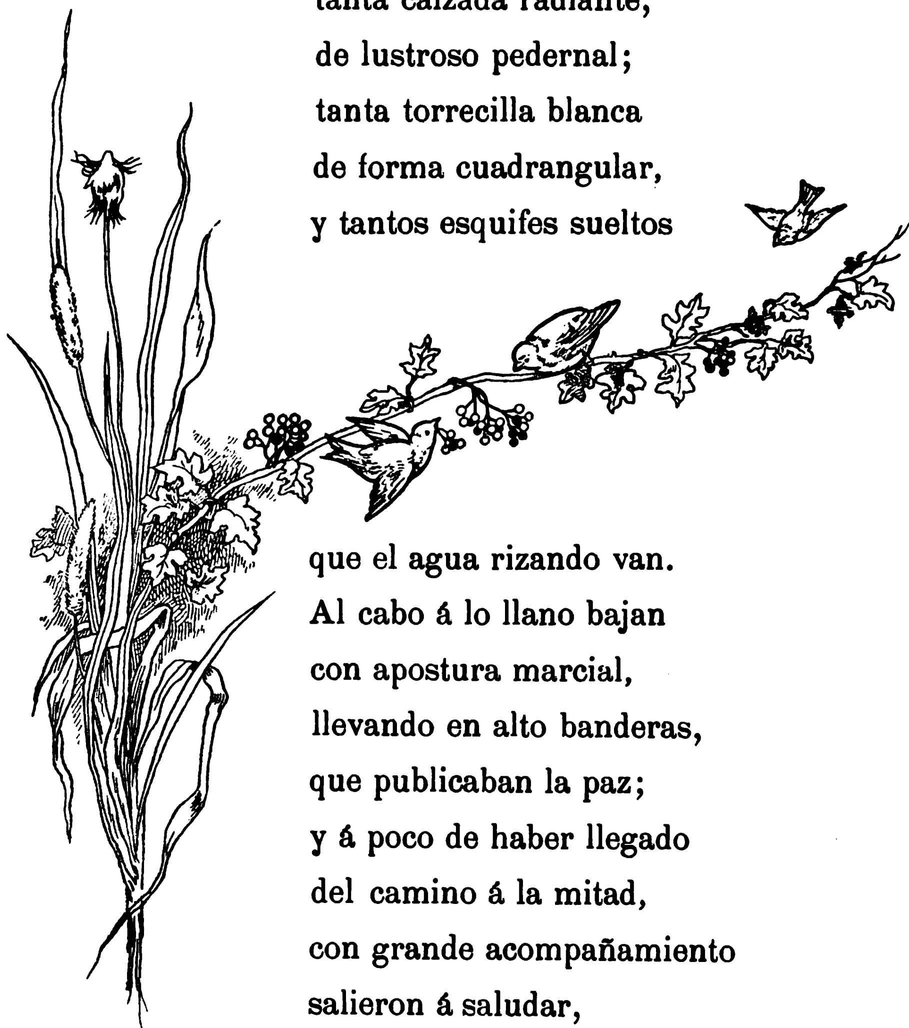


ella es hermosa en extremo,
y él bizarro por demás.
Los árboles les dan sombra,
aroma el viento fugaz,
y los ríos los saludan
con alegre murmurar.
Los pájaros de colores
himnos cantan al pasar,
y las flores olorosas
mullida alfombra les dan,
que tan vistoso paisaje
no lo cruzaron jamás,
ni doncella más hermosa,
ni más valiente galán.
De pronto doblan la altura,
y al lejos se ven brillar
mil torres de filigrana
como corona real.
—Caballeros, caballeros,
grita el caudillo sin par,
aguijad vuestros corceles
que ya se ve la ciudad.
De plata son sus palacios,
miradlos centellear;
sus campos están bordados



como una capa imperial;
ondas de fuego la ciñen,
que deslumbran al saltar;
su cielo es de porcelana,
sus campiñas de cristal;
parece una jaula de oro
colocada sobre el mar.
¡Oh!... mis caballeros nobles,
abrid ojos y mirad,
que bien remeda este campo
nuevo jardín terrenal.
¡Buena perla hemos hallado!...
procurémosla ganar,
que en mucho, viven los cielos,
Carlos Quinto la tendrá.—
Capitanes y soldados
muestran el gozo en la faz,
que á vista del bien presente
se olvida el pasado mal.
Asombrados todos miran
aquel brillante volcán,
aquella ciudad de fuego,

que ante sus ojos está.
Tantos jardines vistosos,
de distinta variedad;
tanta calzada radiante,
de lustroso pedernal;
tanta torrecilla blanca
de forma cuadrangular,
y tantos esquifes sueltos



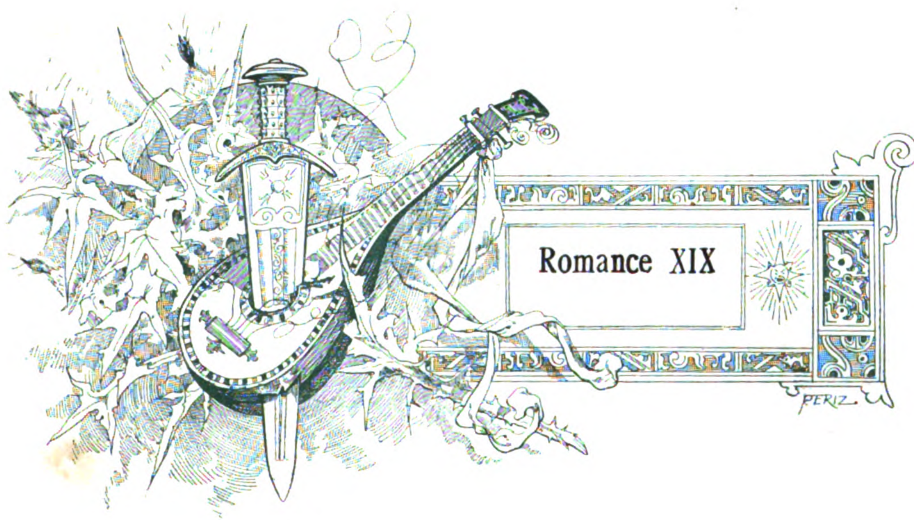
que el agua rizando van.
Al cabo á lo llano bajan
con apostura marcial,
llevando en alto banderas,
que publicaban la paz;
y á poco de haber llegado
del camino á la mitad,
con grande acompañamiento
salieron á saludar,
el rey de Magilcacingo
y el señor de Luyocican.
Poco á poco se aproxima

la nobleza principal
y concurso numeroso
que hierve en curiosidad.
De pronto las densas masas
corren de aquí para allá
y se estrechan y se apiñan
como avispas en panal;
que cercado de su corte
Motezuma sale ya,
sobre unas andas de oro,
que parecen un fanal.
Mil servidores le siguen
sujetos á su mandar,
con quitasoles de plumas
y copillas de coral,
perfumando su camino
con esencias de azahar.
Un manto cubre sus hombros,
de ondulante tafetán;
una corona de perlas
ciñe su sien imperial;
sus chapines son de oro,
que relumbran sin cesar;
¡bien corresponde tal pompa
con tan grande majestad!...



Al mirarlo, Hernán se arroja
de su valiente alazán;
el emperador, galante,
baja también del sillar,
y uno y otro se saludan
con arrogante ademán.
Inclínase Motezuma
sin ajar su dignidad,
y entonces Cortés bizarro
le pone al cuello un collar
hecho de finos diamantes
de las minas de Ceylán.
Ufano con tal presente,
el rey la mano le da,
y amigos la vuelta toman
de la hermosa capital,
entre los vivas del pueblo
y el estruendo militar.



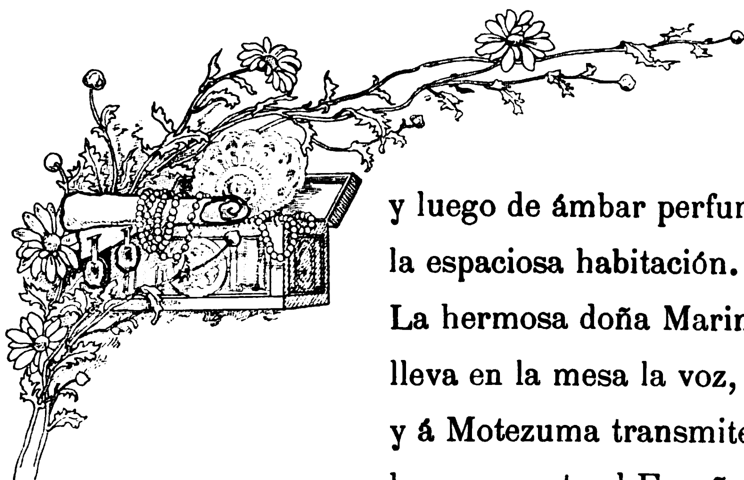

Romance XIX
PERIZ



ROMANCE XIX

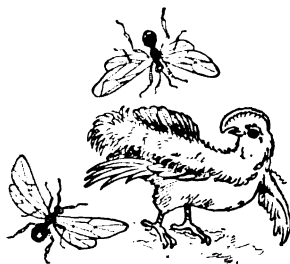
LA PRISIÓN

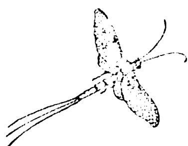
Comiendo está el buen Hernando
con el grande Emperador,
bajo unas ricas cortinas
cogidas á pabellón.
En tazas de oro le sirven
frutas de grato sabor,
las doncellas más hermosas
que el Nuevo Mundo crió.
Con sus nacaradas manos
escancian dulce licor,



y luego de ámbar perfuman
la espaciosa habitación.
La hermosa doña Marina
lleva en la mesa la voz,
y á Motezuma transmite
lo que cuenta el Español
del poder de Carlos Quinto,
que es de su patria señor.
Allí el valiente caudillo,
por dar honra á su nación,
encarece de sus hijos
el poderosó valor;
la gala de Andalucía,
las campiñas de Aragón,
las montañas de Navarra
de Valencia el esplendor,
y la pompa y la riqueza
con que Dios engalanó
las llanuras de Castilla
y los montes de León.
Entusiasmado recuerda
la provincia en que nació,

de Medellín las paredes
y de su padre el amor.
Que el que ausente y victorioso
no ve de la patria el sol,
con sólo hablar de su cielo
goza de dulce expansión;
y cada recuerdo entonces
es en su pecho una flor,
cuya purísima esencia
le embalsama el corazón.
De pronto el fiero Alvarado,
caballero de honra y pro,
con los ojos encendidos
en guisa de peleador,
en la estancia del banquete
azorado penetró.
Al verlo Hernán, se levanta
con rostro amenazador,
y con ronca voz pregunta
la causa de su aflicción.
—¡Venganza!... grita Alvarado,
venganza pronta, por Dios,
que asesinado vilmente
Juan de Escalante murió.
A pedradas lo mataron

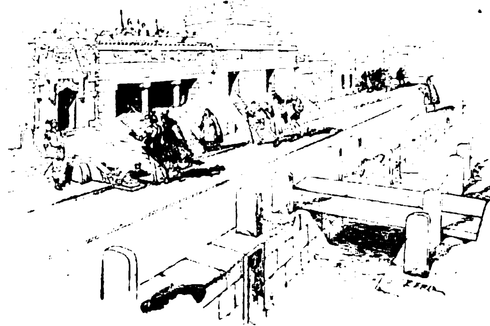


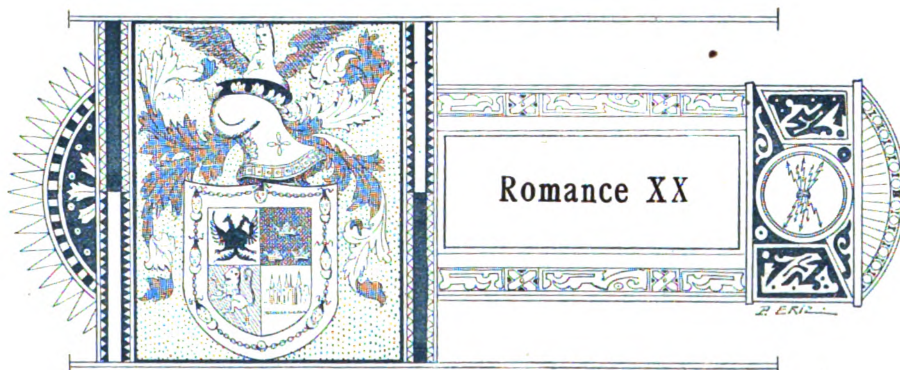
los indios en pelotón
que en torno el palacio bullen
con algazara feroz.
Indios hay que á su monarca
acusan de esta traición;
venganza pronta, por Cristo,
valiente conquistador.—
No ruge en la selva umbría
tan fieramente el león,
como el acento de Hernando
por el palacio tronó:
—Al arma, mis caballeros,
mis soldados en facción,
no dad descanso á la mano
ni acogimiento al temor;
espanto del mundo sea

vuestro soberbio tesón,
y con vapores de sangre
cubrid la lumbre del sol.—
A tales voces responden
los golpes del atambor;
suena el clarín por el viento,
zumba el cóncavo cañón,
estallan los arcabuces,
causando negro pavor;

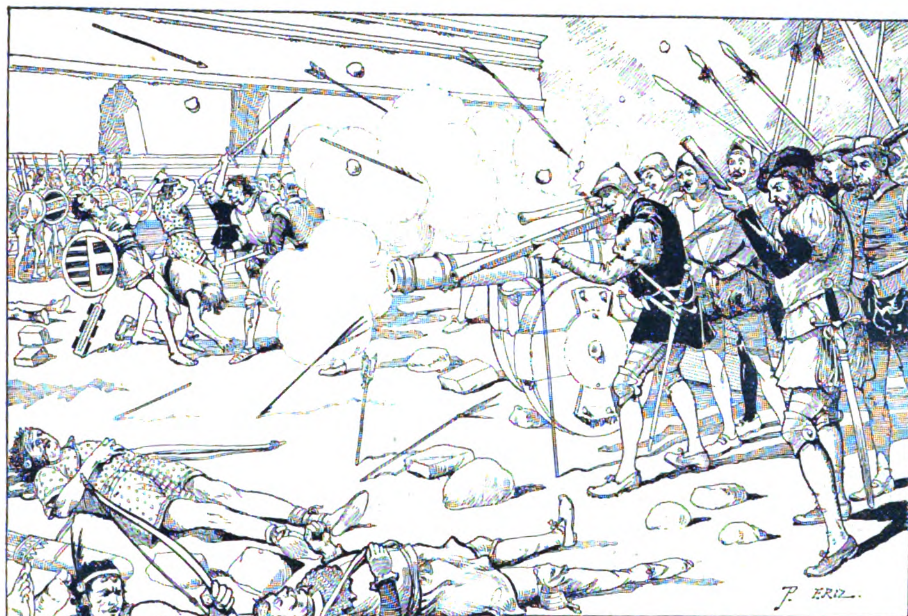
todo es honda gritería,
todo es llanto y confusión.
Alzase el gran Motezuma
demudada la color;
pierden las puras mejillas
de la Indiana el arrebol,
huyen temblando las bellas
en apiñado montón,
y sólo un grito de muerte
se levanta en derredor.
Al cabo, el Rey enterado
se presenta en un balcón,
y con acento de rabia
así á su pueblo arengó:
—Méjico, pueblo de bravos,
¿desde cuándo eres traidor?
Arroja presto las armas
que me cubren de baldón.
De rodillas, miserable,
no excites más mi furor,
que nunca amparo ni escudo
de infamias he sido yo.
Baja tu cobarde frente
teñida de deshonor,
que ya purgarás con sangre

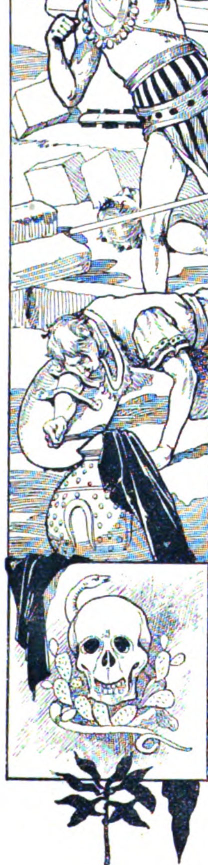


tan menguada sinrazón.
Abajo, abajo, esas armas,
que de tal delito en pos
vendrá la saña del cielo
á exterminar la nación.
Y vosotros, españoles,
venid, llevadme con vos,
que en tanto mi honor se lava,
vuestro prisionero soy.—
Calló el Rey, y al punto el pueblo
llorando se arrodilló;
que era, aun más que su delito,
terrible la humillación
de ver á su Rey esclavo
y en manos del vencedor.
Entonces Cortés bizarro,
á su cuartel lo llevó,
no por cumplir su venganza,
sino para darse honor.




Romance XX





ROMANCE XX

LA MUERTE DE MOTEZUMA

«Llorad, guerreros sin honra,
no temáis que el llanto culpe,
que es muy propia de mujeres
la mancilla que hoy os cubre.
Llorad, y en tanto ese lloro
con vuestra ignominia cumple,
no deis socorro á esa patria
cuyos cimientos se hunden.
¿Decís que ya la fortuna
en vuestro cielo no luce?...



Es verdad, que avergonzada
de ver nuestra mengua, huye.
¿A qué evocar nuestras glorias
si habéis manchado su lustre?
¡Oh!... sí, dejad que ese llanto
vuestras miserias arrulle,
porque corazón que llora
sus tormentos disminuye.
¿Qué importa que el ¡ay! de guerra
en vuestros oídos zumbe?...
¿Qué importa que por las calles
arroyos de sangre crucen,
y que sus rojizas ondas
cráneos de valientes surquen?
¿Qué importa que vuestros hijos
amparo en vosotros busquen,
y vuestras hijas sin honra
sus frentes de nieve enluten?...
¿Aguardáis á que los dioses
en tal infamia os ayuden?...
No, que nunca el cielo ampara

á quien sin lidiar sucumbe.
Arriba, raza de esclavos,
que ya el sol dora las cumbres.
¡Maldito el que por la patria
hasta que venza no luche!...
¿A qué esperáis? ¿Qué os detiene?...
¿Quién tal temor os infunde?...
¿Motezuma?... ¡Rey cobarde,
que hoy á su patria destruye!...
Juguete de esos tiranos
nunca á vuestro alivio acude,
y mal pudiera aliviaros
quien por vuestra sangre ruge.
Él fué quien á Qualpopoca,
que era de la guerra el numen,
mandó cortar la cabeza
sin respeto á sus virtudes.
¿Qué esperáis de ese monarca
que se presta á que le juzguen,
y á que cadenas le pongan,
y á que su poder insulten?...
¿Y á ese Rey ofender teme
pueblo que de honor presume,
viendo que por todas partes
desdichas sin cuento surgen?...



Arriba, arriba, valientes,
y el sol que en el cielo luce,
antes que jaurías de esclavos,
sepulcros de honor alumbre.»



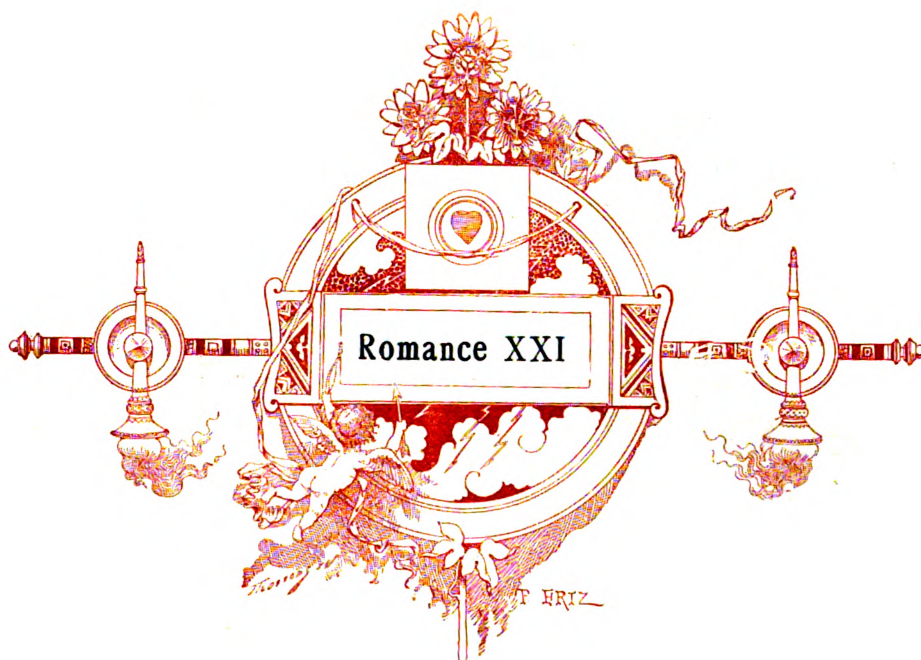
A estas palabras de ira
que Guatimozín difunde,
en todos los pechos brota
del entusiasmo la lumbre,
y el fiero coraje estalla
con aterrador empuje:
así como cuando airada
revienta preñada nube,
y el rayo su crin de oro
contra los montes sacude.
A los gritos de venganza,
que de boca en boca cunden,
ármanse los españoles
de bombardas y arcabuces,
y al brillo del sol naciente
picas y espadas relucen.
Dase la voz de combate,
y al punto las armas crujen
y el ronco cañón la muerte

entre olas de fuego escupe.
Densas columnas de humo
al cielo volando suben,
y los gritos y los ayes
en el aire se confunden.
Al cabo el gran Motezuma
en altas voces prorrumpe,
y á la muralla se asoma
y estas razones aduce:
—Vasallos, dejad las armas
si ansiáis que el Rey os salude;
que no habéis justos agravios
para que la paz se turbe.
Dejad que yo en vuestro nombre
sabios tratados ajuste,
que en mucho os tengo, vasallos,
para que esta guerra dure.—
Iba á seguir, mas de pronto
de la fiera muchedumbre
partió una piedra zumbando,
que el cráneo robusto hunde.
A tal dolor, el monarca
el ceño con ira frunce,
y arroja un ¡ay! lastimero,
que todo el contorno aturde.



Y al mirar los mejicanos
muerto á su monarca ilustre,
de su delito espantados
por plazas y calles huyen.




Romance XXI



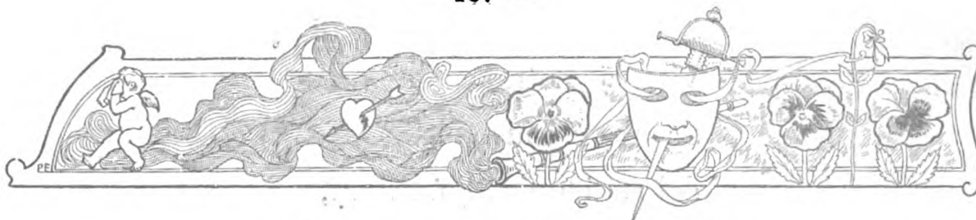
ROMANCE XXI

DOÑA MARINA Á HERNÁN

«Atiende, español bizarro,
atiende mi amante ruego,
que bien puede quien te adora
darte prudentes consejos.
No te fíes arrogante
en el valor de tu pecho,
que á veces la luz engaña
al que la mira de lejos.
No la calma de esa gente
te dé quietud y sosiego,
que aun en la parda ceniza



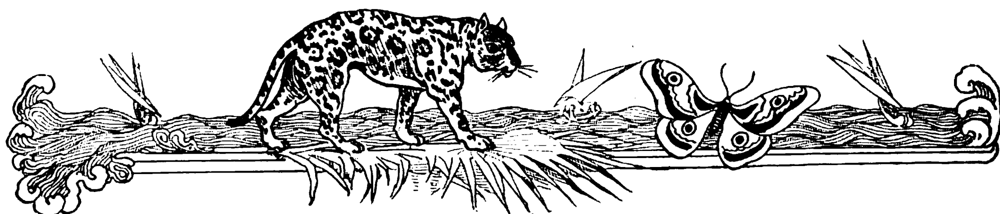
chispas hay para un incendio.
Vela, español, no te entregues
á las dulzuras del sueño,
que sólo una tregua buscan
los que la paz te han propuesto.
Y ¡ay de ti, si confiado,
en sus promesas creyendo,
dejas que en largo descanso
cobren arrojo y aliento!...
Porque al brillar una aurora
se alzarán con más denuedo,
y no podrán tus valientes
vencer su alarde soberbio.
Escucha: en medio el combate,
¿no has visto acaso un guerrero
de gigantesca estatura,
cuya mirada es de fuego,
cuyas plantas son de bronce,
cuyos brazos son de acero?...
¿No le has visto en la pelea
siempre lanzarse el primero,
iracundo como el tigre,
de espuma y sangre cubierto,
á los suyos azuzando
con ronco y temible acento?...

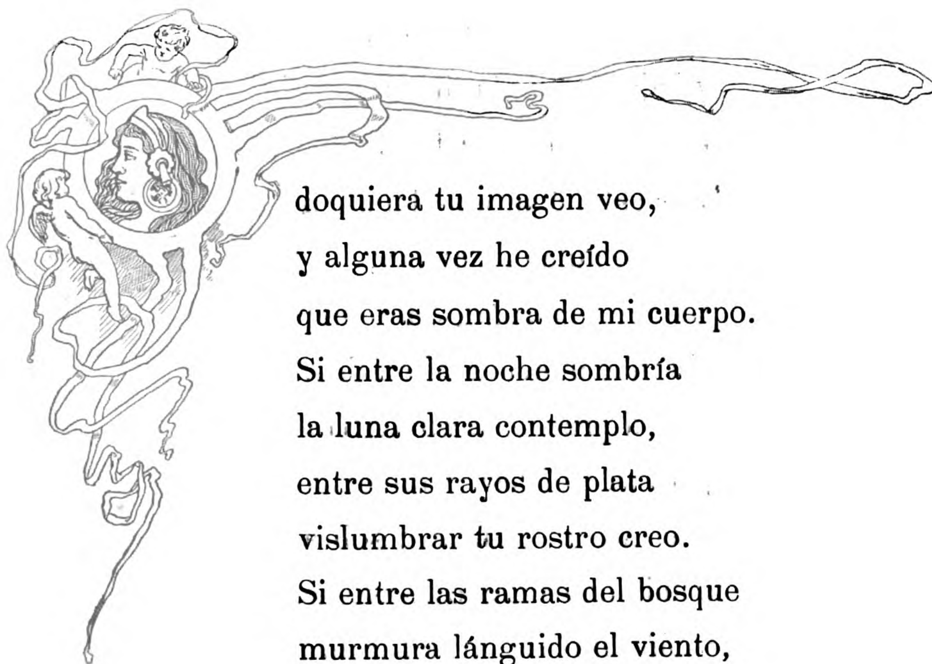


¿Sí?... pues por mi amor te pido
que evites, Hernán, su encuentro,
que siempre ha seguido el rayo
al estampido del trueno.
Húyele, Hernán, por tu vida,
porque á su empuje tremendo,
siempre de los altos montes
se ha estremecido el asiento.
Ese caudillo valiente,
tan valiente como fiero,
que hoy es la sola columna
en que se afirma el imperio,
sé que ha jurado tu muerte,
porque le matan los celos.
Amábame desde niño
con un amor tan violento,
que hasta del sol envidiaba
los purísimos reflejos,
y al aire que mansamente
jugaba con mis cabellos.
Mil veces, cuando la luna
surcaba serena el cielo

y en las entrañas del monte
sonaba confuso el eco
del rugido de algún tigre,
que cruzaba el bosque, hambriento,
le vi apoyado en su maza
con el corazón sereno,
en frente de la cabaña
do pasé mis años tiernos.
Y allí, en las ramas de un árbol
elevado y corpulento,
en prueba de sus amores
colgaba, como trofeos,
pieles de tigres vencidos,
mudas pruebas de su esfuerzo.
Un día me halló en el bosque,
y temblando de respeto,
me dijo: «Indiana del alma,
por tus amores me muero;
contigo sueño dormido,
contigo sueño despierto.
Doquiera mis ojos giran,



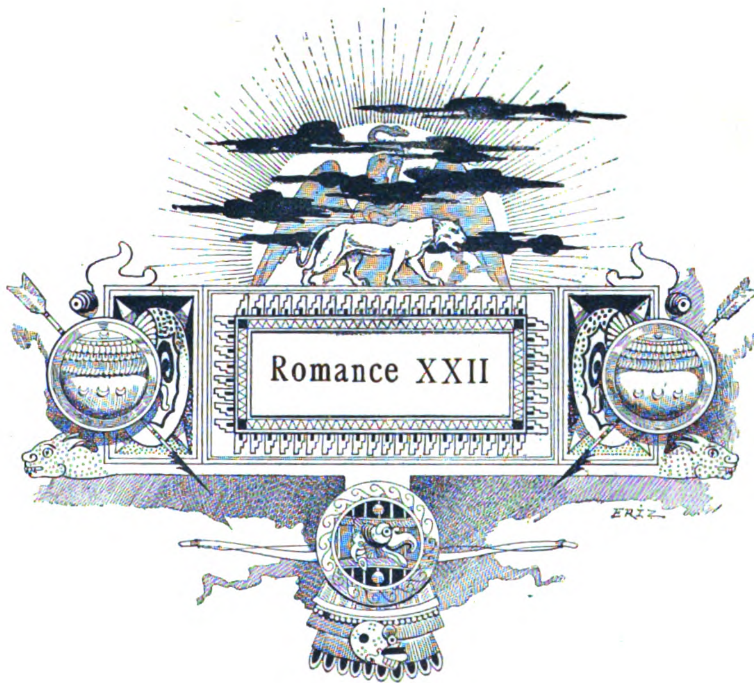




doquiera tu imagen veo,
y alguna vez he creído
que eras sombra de mi cuerpo.
Si entre la noche sombría
la luna clara contemplo,
entre sus rayos de plata
vislumbrar tu rostro creo.
Si entre las ramas del bosque
murmura lánguido el viento,
pienso, Indiana, que suspiras
y de placer me estremezco,
y las ráfagas del aire
cual bálsamo dulce bebo.
No desdeñes mi cariño,
que aunque tu amor no merezco,
y para obtener tal dicha
en poco, Indiana, me tengo,
yo te pondré á tal altura
que, según mi pensamiento,
serán reyes á tu lado
servidores muy pequeños.»
Y... ya lo ves, hoy lo aclaman

emperador de su reino,
y bajo su planta firme
tiene coronas y cetros.
Por esto, á ti, que del alma
eres el dulce embeleso,
ruégote, Hernán, que salgamos
sin más dilación de Méjico.
Busca pronto en otra tierra
para tu empresa refuerzo,
que nunca el número sobra
donde hay valor con exceso.»
Calló Marina, y Hernando
mirándola placentero,
como quien el ruego admite,
estampó en su boca un beso.



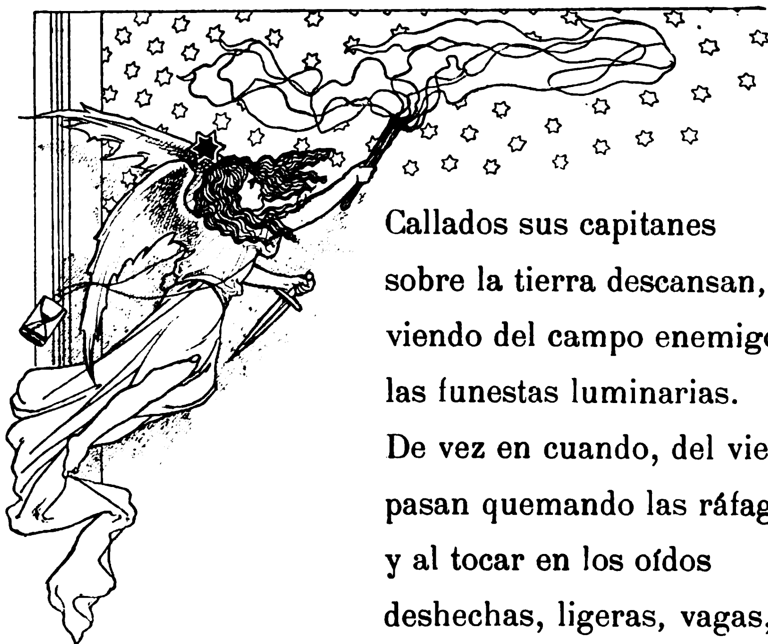

Romance XXII



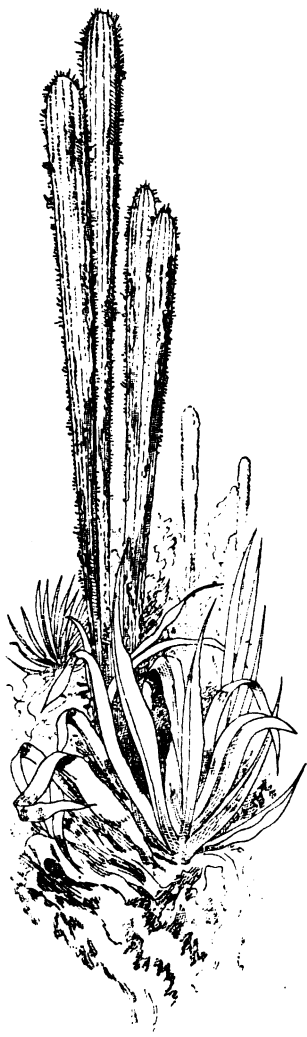
ROMANCE XXII

EL LLANTO DE UN HÉROE

Sentado sobre un peñasco
que domina la campiña,
aun empuñando con fuerza
la tizona ensangrentada;
sin morrión la ancha frente,
que el polvo y la sangre bañan,
contemplando su desdicha
el buen Hernando se halla.

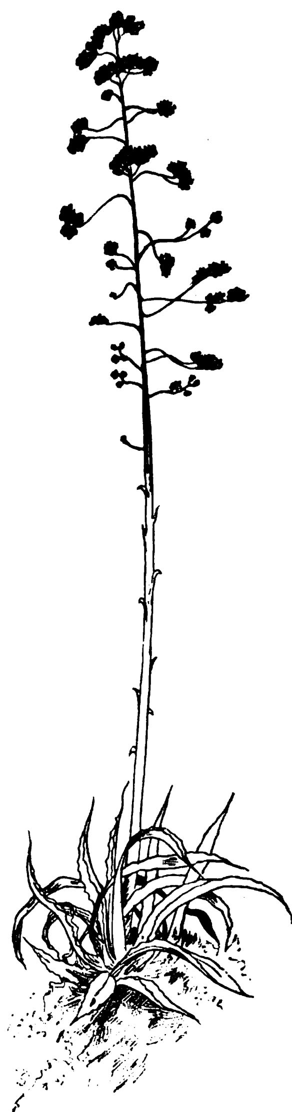


Callados sus capitanes
sobre la tierra descansan,
viendo del campo enemigo
las funestas luminarias.
De vez en cuando, del viento
pasan quemando las ráfagas;
y al tocar en los oídos
deshechas, ligeras, vagas,
con claridad se perciben
de los vencidos las ansias,
que entre tormentos feroces
ayes de dolor exhalan.
A cada grito de muerte
que los españoles lanzan
tendidos en las hogueras
que brillan en lontananza,
capitanes y soldados
en denuestos se desatan,
que es propio de los vencidos
dar rienda suelta á la rabia.
Todo Hernán lo está escuchando,
todo lo ve, pero calla,



porque tan hondos lamentos
le están taladrando el alma;
todo lo ve, pero siente
que su cerebro se exalta,
y que la sangre le ahoga,
y que la pena le embarga,
y que el dolor, poco á poco,
va royendo sus entrañas,
y aun le acosa la idea
de aterradora venganza.
Todo lo ve, pero piensa
que el cielo le desampara,
y que sus genios de gloria
le han vuelto airados la espalda,
dejándole abandonado
al recurso de sus armas.
¡Frágil condición del hombre
y de su grandeza humana!
¿Quién le dijera en un día,
en que, con pompa bizarra,
pasó aquel campo ostentando
su vistosa cabalgata,
que otra vez, roto y vencido,
sin honor lo atravesara?...
¿Quién entonces le dijera

que allí, al relumbrar un alba,
vería trocarse en polvo
las flores de su esperanza?...
¡Oh! también al cielo sube,
henchida de orgullo, el águila,
y el relámpago sombrío
quema sus rápidas alas.
También altivas las torres
la frente al cielo levantan,
y airado el rayo las quiebra
si en ellas sienta las plantas.
Mas ¡ay! ¿qué le importa á Hernando
que le acose la desgracia,
y que de la excelsa cumbre
su trono en pedazos caiga?...
¿Qué le importa ya la gloria,
qué le importa ya su fama,
si han perdido sus leones
la fiereza de sus garras?...
¡Y allí están... los ve... los oye...
que á Dios en su auxilio llaman...
los ve... las frentes partidas
sin fuego ya en sus miradas...
los oye... que se despiden
para siempre de su patria.

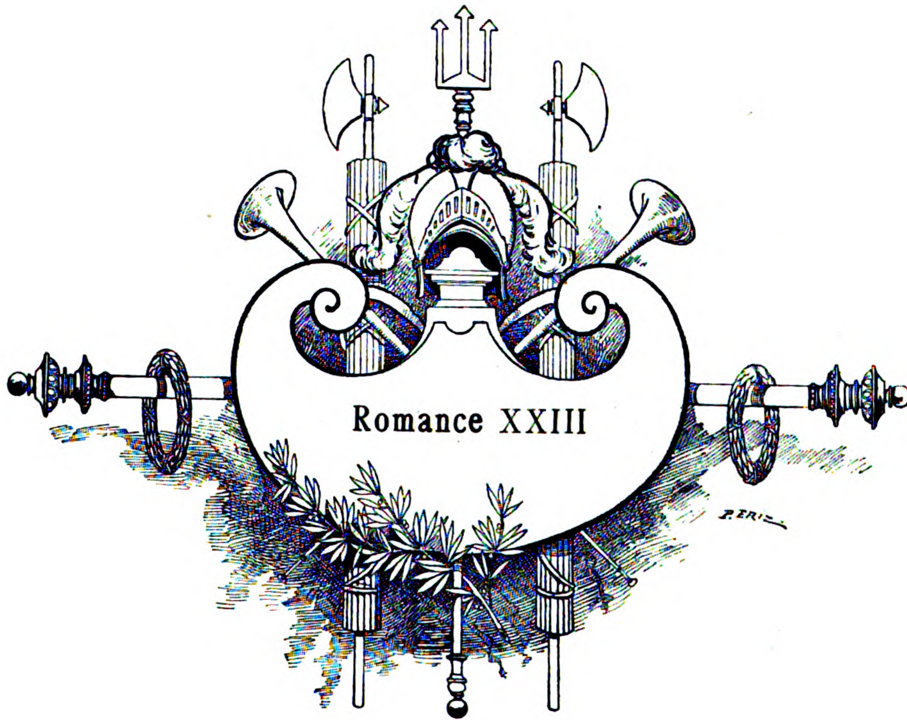


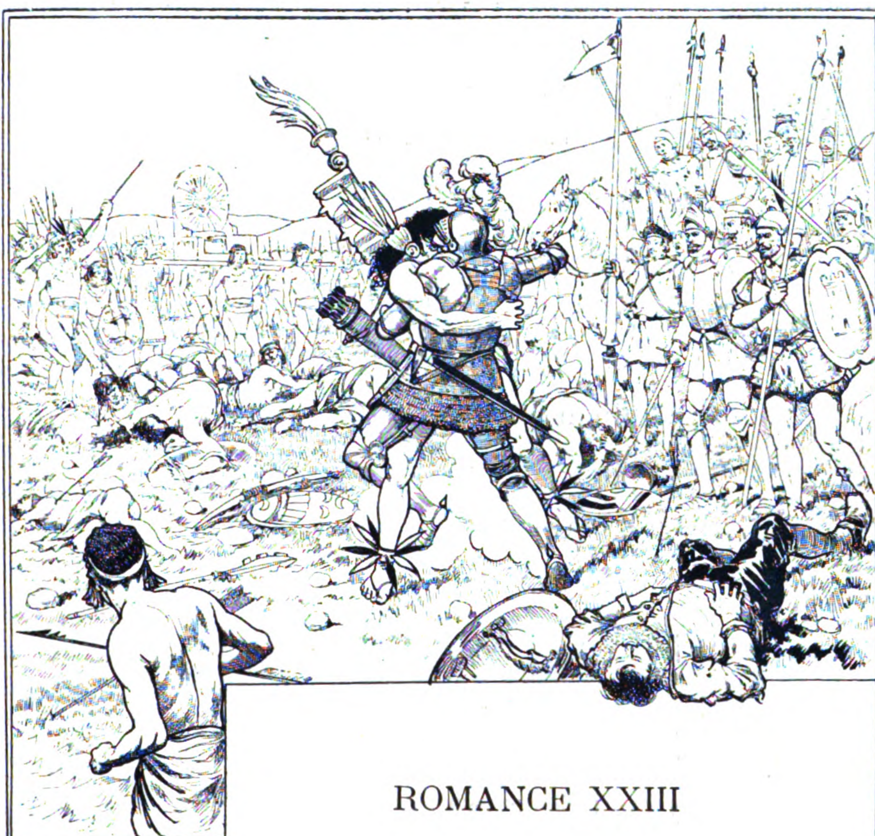
—¡Señor!... ¡señor!... grita Hernando,
piedad, que el valor me falta,
cerrad mis ojos y oídos,
que esos lamentos me matan.—
Y dando al dolor salida,
candente lloro derrama,
que siempre el llanto de un héroe,
cual lluvia de fuego abrasa.
De pronto, frescas, suaves
soplan las tímidas auras;
apaga su fuego el rayo;
el trueno y el viento callan;
rásganse las pardas nubes
que el manto del cielo empañan,
y en un caballero armado
los ojos de Hernán se clavan.
—Alza, la visión le dice;
junta tus tercios y marcha,
que nunca Dios abandona
á quien su auxilio demanda.—
Dijo, y otra vez la noche
se cierra en sombras opacas,
y otra vez retumba el trueno,
y otra vez el viento brama.



¿Fué sueño quizás?... se duda,
empero á poco marchaban
los soldados españoles
con dirección á Tlascala.




Romance XXIII

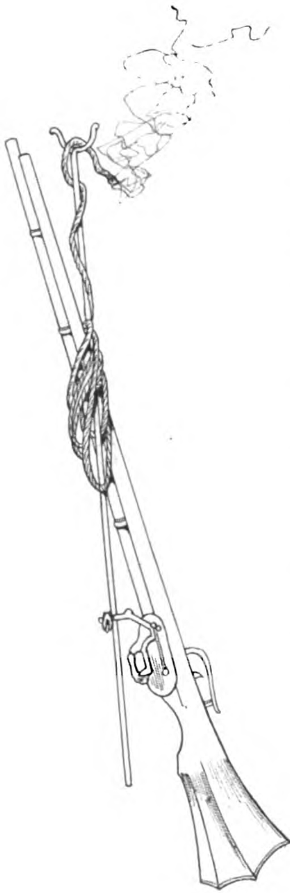




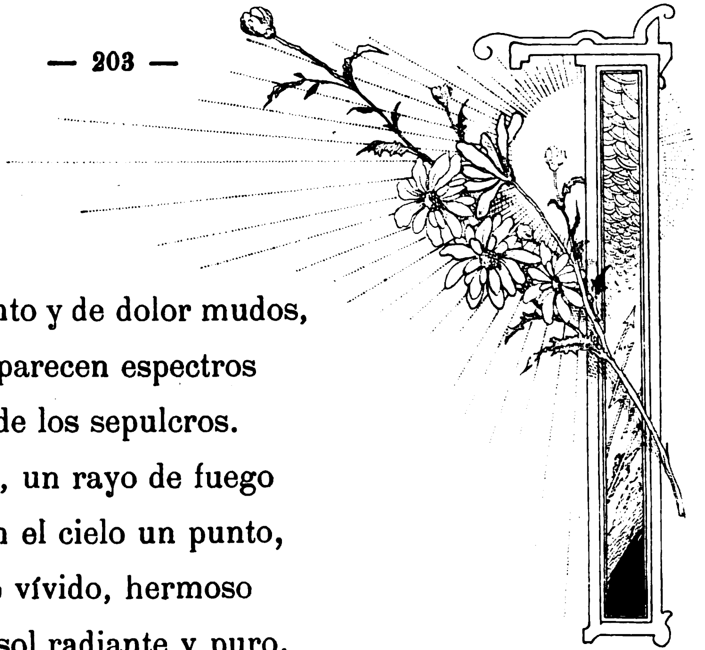
ROMANCE XXIII

OTUMBA

Mensajero de la aurora,
pálido incierto y confuso,
detrás de los altos montes,
al frente, asoma el crepúsculo.
Aun negras nubes de gasa
cubren el manto cerúleo,
y aun anchas gotas destilan,
dando á la tierra tributo,

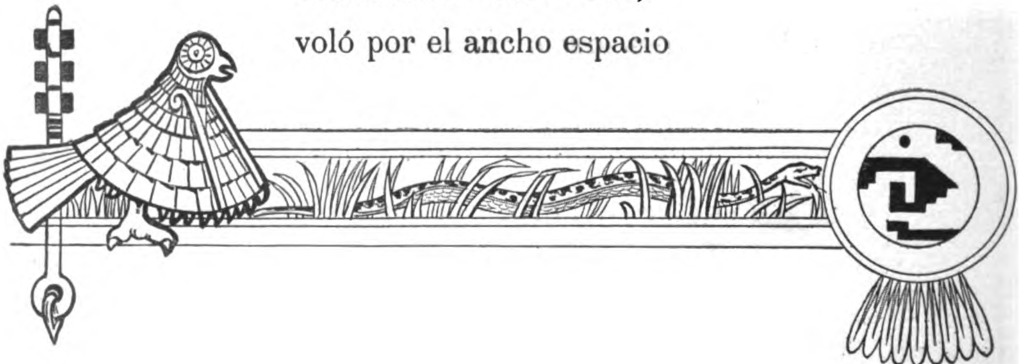


que el rayo hirió sus entrañas
y desgarrólas á surcos.
A la vaga luz, que alumbra
los peñascales obscuros,
que entre la sombra parecen
recios gigantes ceñudos,
caminan los españoles
más que en orden, en tumulto,
que el deshonor de sus armas
en grave espanto los puso.
¡Ay!... horror daba mirarlos
descoloridos y mustios,
los ojos sin arrogancia
y las frentes sin orgullo,
que tanto pesa en el hombre
la mano del infortunio.
Rotas llevan las corazas,
rotos llevan los escudos,
y hechos jiros y pedazos
los jubones de velludo.
Las plumas van derribadas
de las mazas al impulso;
los morriones sin lustre,
de polvo y de sangre sucios.
Todos al través se miran,



de espanto y de dolor mudos,
porque parecen espectros
salidos de los sepulcros.
Al cabo, un rayo de fuego
vaciló en el cielo un punto,
y á poco vívido, hermoso
salió el sol radiante y puro.
Subió Hernán á una colina
por dar á su marcha rumbo,
y vió en toda la llanura
que un ejército sinnúmero
el camino le cerraba
para hallar punto seguro.
De pronto los negros ojos
radiantes volvió á los suyos,
y estas palabras les dice
con el semblante sañudo:
«Ya lo veis, bravos leones:
no tenéis medio ninguno,
que sois muy pocos en fuerzas,
aunque en valor seáis muchos.
Asombro del orbe sea

hoy vuestro aliento profundo,
que á nuestro honor asombremos
ó aquí perezcamos juntos,
Sus, pues; y Dios en la mente,
nuestra esperanza en el triunfo,
en el corazón la patria,
la salvación en los puños.»
Dijo, y la lanza enristrando
con brazo fuerte y robusto,
bajó trotando á lo llano
de muerte ó victoria nuncio.
Entonces los españoles
cobran su valor antiguo,
y á la llanura descienden
como tigres iracundos,
cuyos tremendos aullidos
ponen en el alma susto.
¡Ay! al choque de las armas
suspendió el viento su curso,
retemblaron las montañas
con sacudimiento rudo;
voló por el ancho espacio

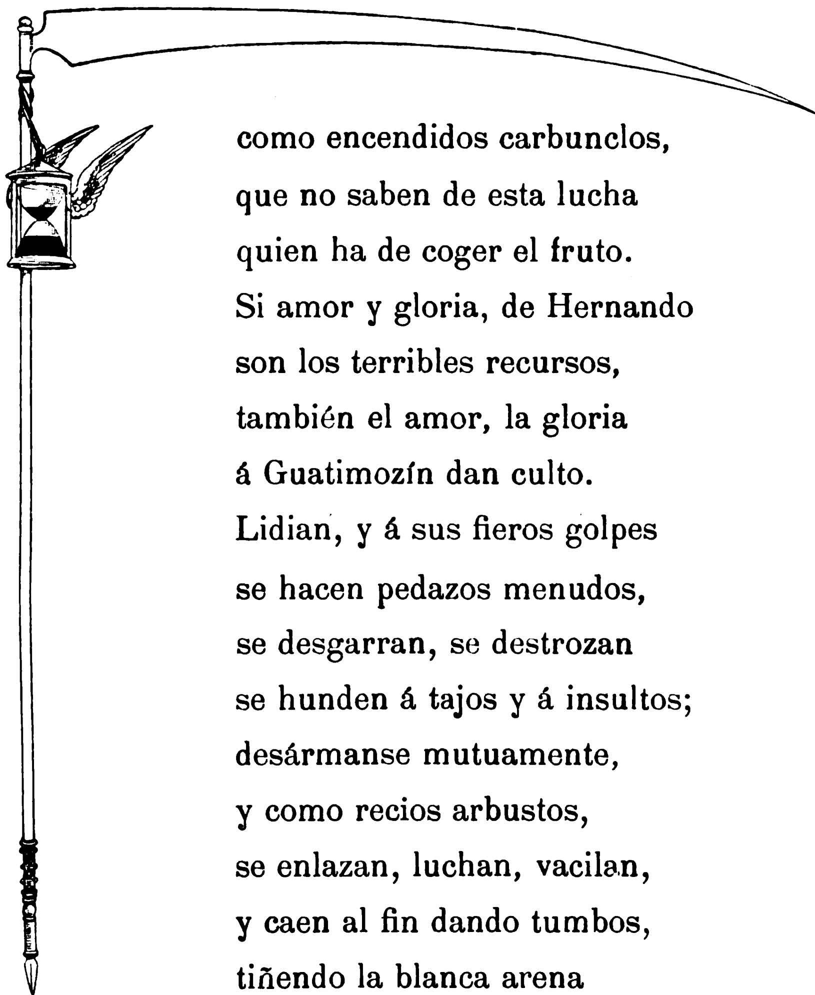




de la suelta sangre el humo,
que sobre el polvo caía
como espantoso diluvio;
las avecillas callaron
sus prolongados arrullos;
las corrientes cristalinas
cesaron en sus murmurios,
y las flores escondieron
sus matizados capullos.
Rechinaron con el peso
los anchos ejes del mundo,
y el sol, velado entre nubes,
quedó de asombro difunto.
¡Oh que horror!... de carne hirviente
caen pedazos convulsos
bajo el filo de la espada
que asesta reveses rudos.
Bien lidian los españoles
en apretado conjunto...
Mas ¡ay! que ya va á cumplirse
de Hernán el terrible augurio,
que son en fuerzas muy pocos,
aunque en el valor son muchos.
Repártense los indianos
en dos montones astutos,

y embisten y los encierran
en angostísimo círculo.
De pronto, Hernán á lo lejos
descubre entre el polvo turbio
el estandarte sagrado,
que es del enemigo orgullo;
y metiendo las espuelas
del ijar al fiero bruto,
troncha, mata, raja, hiende
el apiñado concurso,
seguido de dos lanceros,
hombres fuertes y nervudos.
Llega do está el estandarte,
va á tomarlo, pero adusto
Guatimozín se presenta,
terrible como ninguno;
míranse los dos guerreros
con enojo furibundo;
se llaman, se reconocen,
y como tigres, al punto
uno al otro se abalanzan
de cólera y rabia mudos.
Páranse los batallones
de aquel suceso al influjo,
y todos los ojos brillan





como encendidos carbunclos,
que no saben de esta lucha
quien ha de coger el fruto.
Si amor y gloria, de Hernando
son los terribles recursos,
también el amor, la gloria
á Guatimozín dan culto.
Lidian, y á sus fieros golpes
se hacen pedazos menudos,
se desgarran, se destrozan
se hunden á tajos y á insultos;
desármanse mutuamente,
y como recios arbustos,
se enlazan, luchan, vacilan,
y caen al fin dando tumbos,
tiñendo la blanca arena
con rosetones purpúreos.
Rinde la cerviz Hernando
de Guatimozín al yugo,
que con su peso le aplasta,
como la pared de un muro;
y al mirarse ya vencido,
da fuerza á su aliento último;

revuélvese, se levanta,
y con brazo asaz seguro,
en el pecho del Indiano
hundió su puñal agudo.
De tal suceso espantados,
huyen los indios confusos;
síguenlos los españoles
en victorioso tumulto;
y al levantar el caudillo
al cielo los ojos turbios,
vió un letrero que decía:
«¡Honor al héroe que supo
con sólo seiscientas lanzas
dar á su patria otro mundo!»




Romance XXIV
P. ERIZ

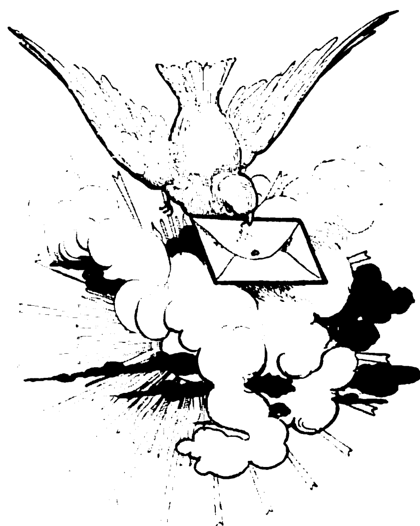


ROMANCE XXIV

CARTA DE HERNÁN AL EMPERADOR

A vos, rayo de la guerra,
Emperador Carlos Quinto,
que sois asombro del orbe
y lo seréis de los siglos;
no para pedir mercedes
hoy esta carta os escribo,
que harto la fama me paga
lo que por vos he servido.
Sabed que ya de esta gente
humillé el orgullo altivo,
más con la ayuda del cielo
que con el esfuerzo mío.

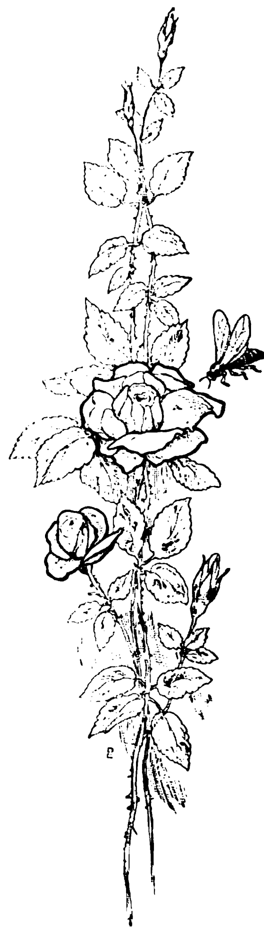
Que si el cielo no acudiera
en mi amparo compasivo,
manjar para estos salvajes
hubieran mis bravos sido.
No voy, señor, á contaros
mis fatigas, mis peligros,
que á nada obligaros quiero
con su relato prolijo.
Básteos saber, gran monarca,
que han sido tan infinitos,
como las luces del cielo,
como las gotas de un río,
como arenas el mar lleva,
como vos laureles dignos.
Aun de la riña postrera
no tengo el acero limpio,
ni se ha secado la sangre
que me revienta de un chirlo,
que aunque en la frente se muestra,
me gozo de tal testigo,
pues nunca deshonran sellos
en la guerra recibidos.
Asaz mi pecho se holgara
si hubierais, gran César, visto,
el valor y la arrogancia



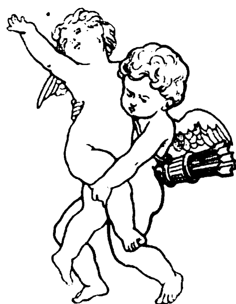
que han mostrado vuestros hijos.
¡Qué fieros en el combate!...
¡Y fuera de él, qué sumisos!...
¡Al embestir, qué fogosos!...
¡Pero al vencer, que benignos!...
Bien merecen alto premio
los que han mostrado tal brío,
que las dádivas reales
queman corazones tibios.
Honrad, pues, de los que fueron
la fama, honrando á los vivos
que aunque en el campo quedaron,
murieron con heroísmo.
¡Oh!... yo los ví, ¡cuán valientes!...
Mas ¡ay!... tuvieron mal sino;
¡Sus padres los engendraron
para pasto de los indios!...
Dejad que no lo recuerde,
que si aquí la mente fijo,
quizá el corazón me estalle
por retener los suspiros.
Aun me estremecen el alma
los ecos de sus gemidos...
aun vuelan ante mis ojos
los contornos peregrinos,



de aquel ángel sin ventura,
que fué imán de mis sentidos.
Allí estaba... mustia, ajada
como flor en el estío,
con los ojos en el cielo
que dió palma á su martirio,
Marina, la bella Indiana,
¡mi luz, mi gala, mi hechizo!...
¡Oh! perdonad, Rey valiente,
perdonadme este extravío,
que en el pecho de quien ama
siempre el corazón es niño.
Y no es mucho que ahora llore
quien, con recuerdos continuos,
trae la frente alborotada
con espantosos delirios...
Hoy, pues, que osado vasallo
á vos mi acento dirijo,
pluguiera que vuestra gracia
me absolviera de un delito,
que más hace quien perdona,
que quien se presta al castigo.
Llegué á esta costa, y airado
mandé quemar los navíos,
más castigando rebeldes,



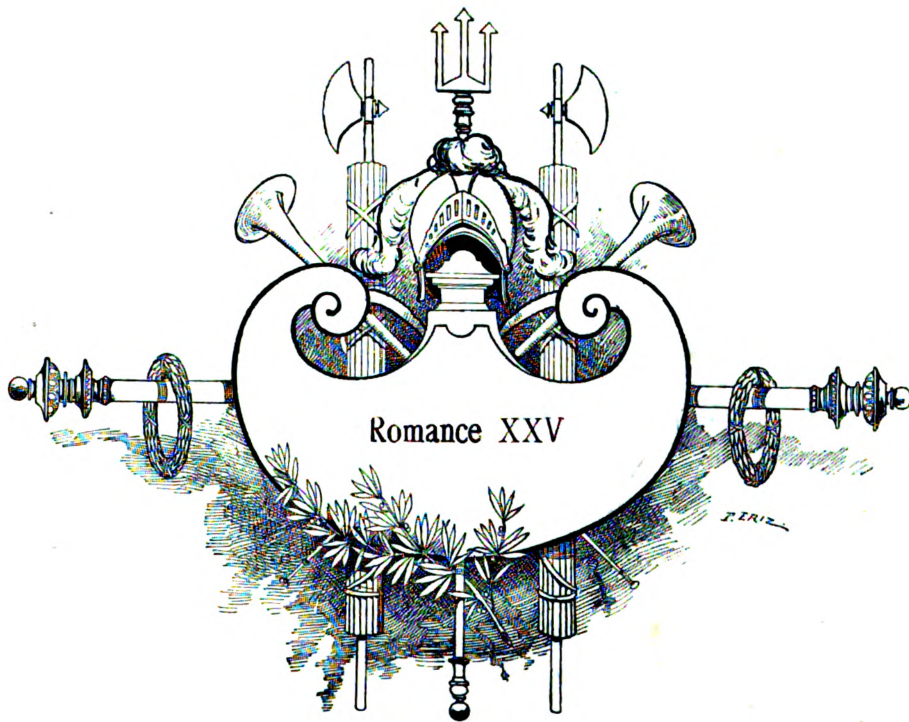
que por cumplir mis designios.
Mas si os gravé en aquel lance,
huélgome, por Jesucristo,
porque hoy un mundo os regala
quien tal desfalco vos hizo.
Ved, pues, si estáis bien pagado
y aun con réditos subidos,
porque ya no tendrán noche
vuestros extensos dominios.
Otro sí: en este momento
un negro papel recibo,
diciéndome que á la costa
llegan, ufanos y altivos,
los soldados de Velázquez,
que tengo por enemigo.
Y como en esta comarca
ningún superior admito,
y sólo ante vuestro nombre
mi frente y valor humillo,
vuelo otra vez á las armas
y en ellas el triunfo cifro,
que no vinieran de guerra,
si vinieran á serviros.
En tanto, el fiero Alvarado
queda ocupando mi sitio,

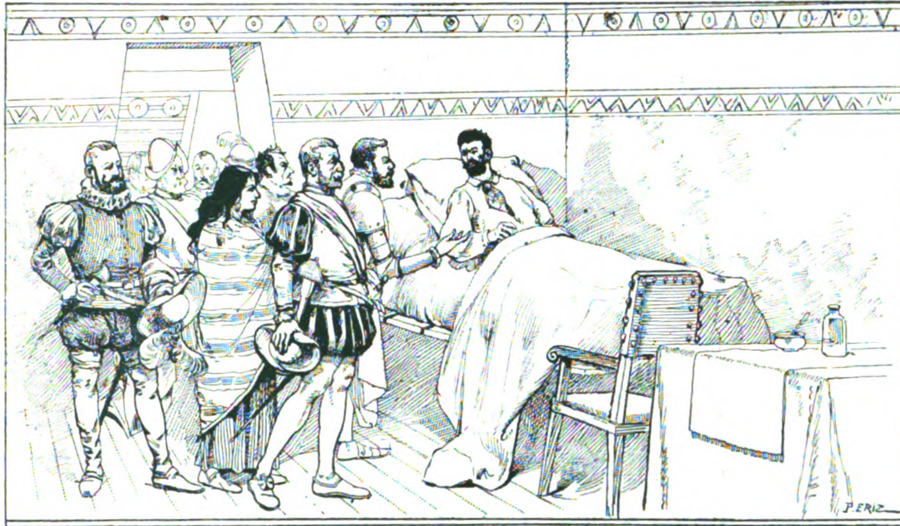


que joya de tanto precio,
sólo á sus manos confío.

Esto escribió el buen Hernando
á su rey don Carlos Quinto,
que por su fuerza y arrojo
mereció el nombre de Invicto.




Romance XXV



ROMANCE XXV

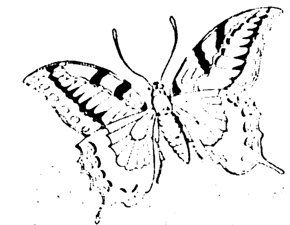
DESPEDIDA

Hola, capitán Narváez,
deponed vuestros furores,
que no sienta la arrogancia
donde sujetan prisiones.
No penséis que tengo en mucho
haberos vencido anoche,
que en la historia de mis armas
hay vencimientos mayores;

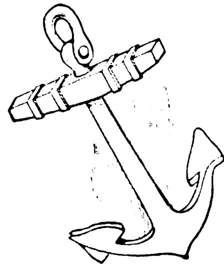


además, que aunque rendido,
ambos somos españoles,
y alabarme de tal triunfo,
fuera rebajar mi nombre,
que al cabo sois de mi patria,
y es bien que en cuenta lo tome.
Ved, pues, si tenéis que darme
para Cuba alguna orden,
que ya en la playa me esperan
vuestros bajeles veloces.
Y, por Dios, que habéis venido
de mi deseo á remolque,
que para llevarme á Cuba
faltábanme conductores.
¡Parece que mucho os pasma
que yo á Santiago me torne!...
Mas temáis, que aun fulgura
mi estrella en el horizonte,
y en nada se han apagado
sus vívidos resplandores.
Y pues ya sujeté un mundo,
que la fortuna ofrecióme,
es fuerza que á Cuba vuelva,
que en Cuba me espera un hombre.
Sol á sol y cara á cara



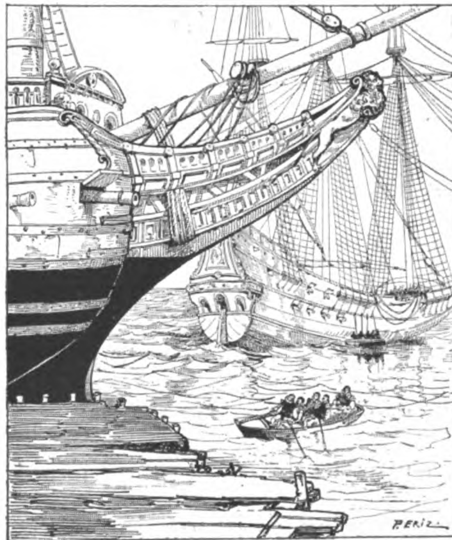


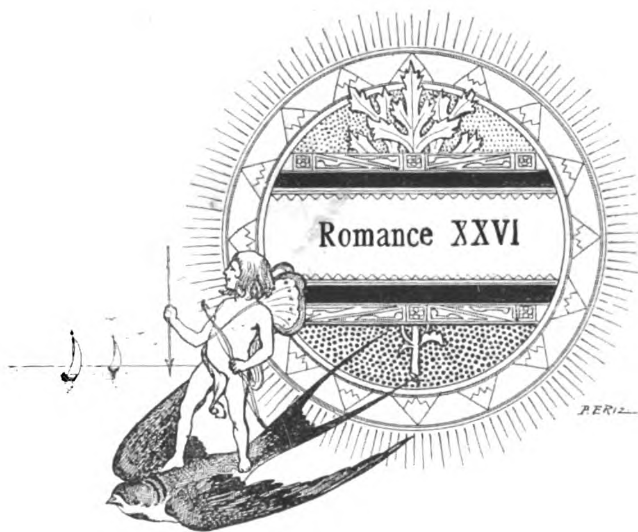
le pediré explicaciones,
que una deuda con él tengo
y es fuerza que me la abone.
¡Oh! ya sé que su soberbia
no ha tenido quien la dome,
mas yo desharé mi agravio
con la punta de mi estoque.
Y atended si sabrá hacerlo,
que ha roto más batallones
que estrellas los cielos tienen,
que átomos cobija el orbe.
Le diré de vuestra parte,
que aunque batisteis el cobre,
por culpas de la fortuna
me rendisteis los pendones.
Diré que cautivo agora
os pesa de sus favores,
que sólo desdicha alcanza
quien se encarga de traiciones.
Diré que estáis al abrigo
de una mejicana torre,
y que en ella mis soldados
os guardan mil atenciones.
Que como sois bien nacido
y habéis títulos y honores,



cuanto valéis os honramos,
que aquí también somos nobles.
Y adiós, que ya el sol rojizo
tras de los mares se esconde,
y con estrellas el cielo
regando, viene la noche.

Y bajando hasta la playa
en un bajel embarcóse,
que con las velas y quilla
las ondas y el viento rompe.




Romance XXVI
P. ERIZ

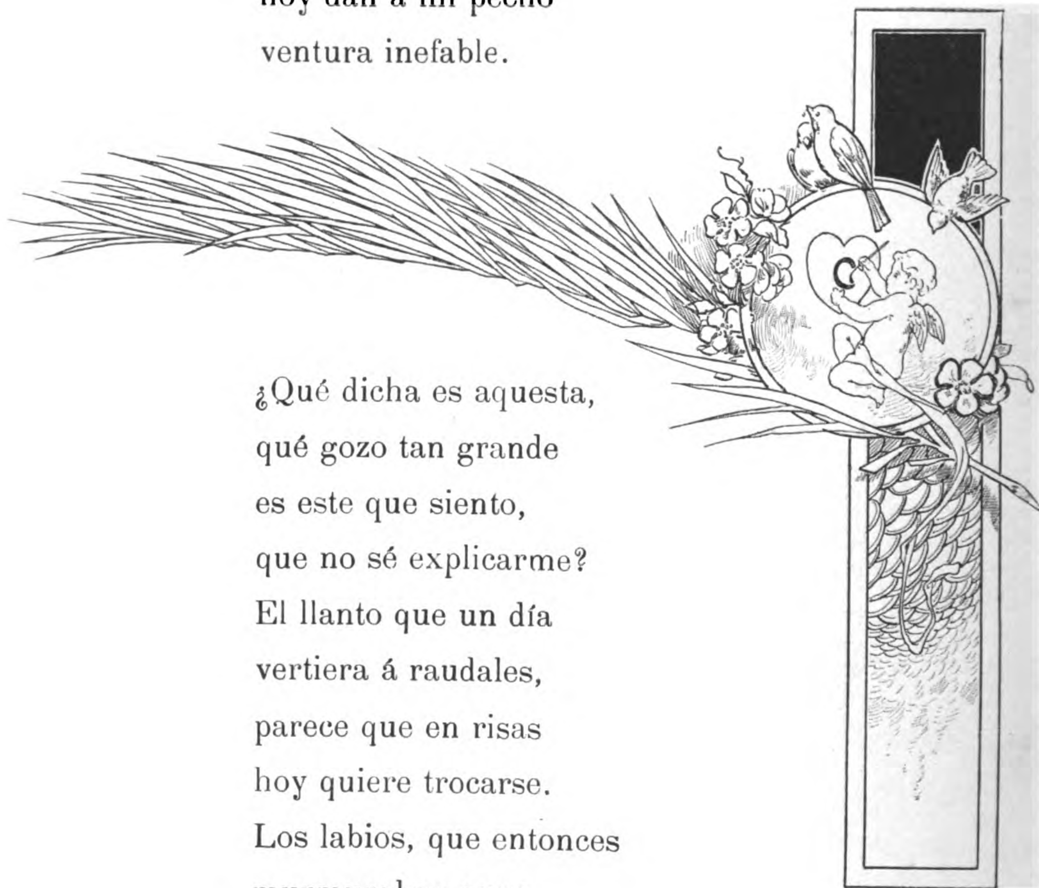


ROMANCE XXVI

LA VUELTA

No sé, madre mía,
no sé, dulce madre,
qué alegre congoja
me aqueja esta tarde.
Suspiros exhala
mi pecho anhelante,
suspiros que alivian
y aquietan mis males.
No ya como un tiempo
me asaltan pesares

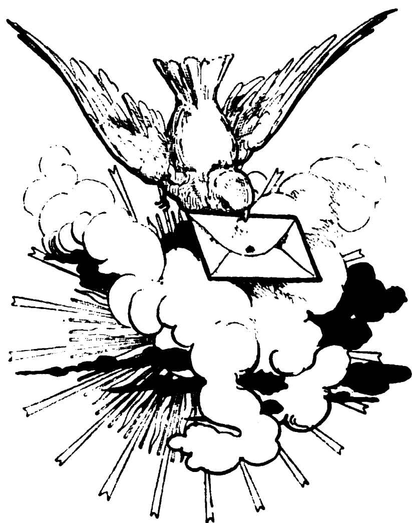
que abruman la mente
y el ánimo abaten;
que imágenes gratas,
visiones radiantes,
hoy dan á mi pecho
ventura inefable.



¿Qué dicha es aquesta,
qué gozo tan grande
es este que siento,
que no sé explicarme?
El llanto que un día
vertiera á raudales,
parece que en risas
hoy quiere trocarse.
Los labios, que entonces
murmuraban ayes,
hoy quieren alegres
preludiar cantares.
La sangre que antaño
paróse en su cauce,

robando á mi rostro
carmín y corales,
hoy fresca y lozana
mis venas invade,
dando á mi existencia
las fuerzas de antes.
¡Ay madre del alma!
¡Cómo me complacen
los cantos alegres
que entonan las aves!
¡Cómo me enajenan
las auras fugaces,
que traen sus alas
aromas süaves!...
Ayer todavía
con duro semblante
miraba del cielo
los claros celajes;
que el alma que tiene
su dolor por cárcel,
si luces la irritan
tinieblas la placen.
Mas hoy, madre mía,
que el alma se esparce,
tinieblas me enojan



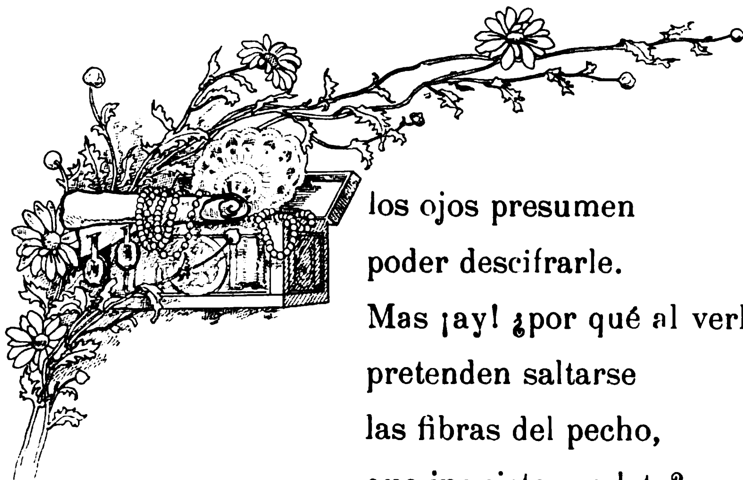


y no claridades.
Del sol miro ufana
la mancha brillante,
sus rayos infunden
más vida á mi sangre:
mi seno se agita,
mis sienes se arden,
mis ojos admiran
risueños paisajes,
y á veces escucho
murmullos y frases
que no sé qué dicen
ni sé de quién parten.
¡Madre! ¿Qué es aquesto?
¿Qué es aquesto, madre?
¿Qué indica este cambio
tan raro y notable?
¿Será que mis duelos
terminen y acaben
y eterna ventura
mi gozo presagie?
¡Quizá! Dios es bueno,
y en Dios todo cabe:
sus ojos abarcan
la tierra y los mares;



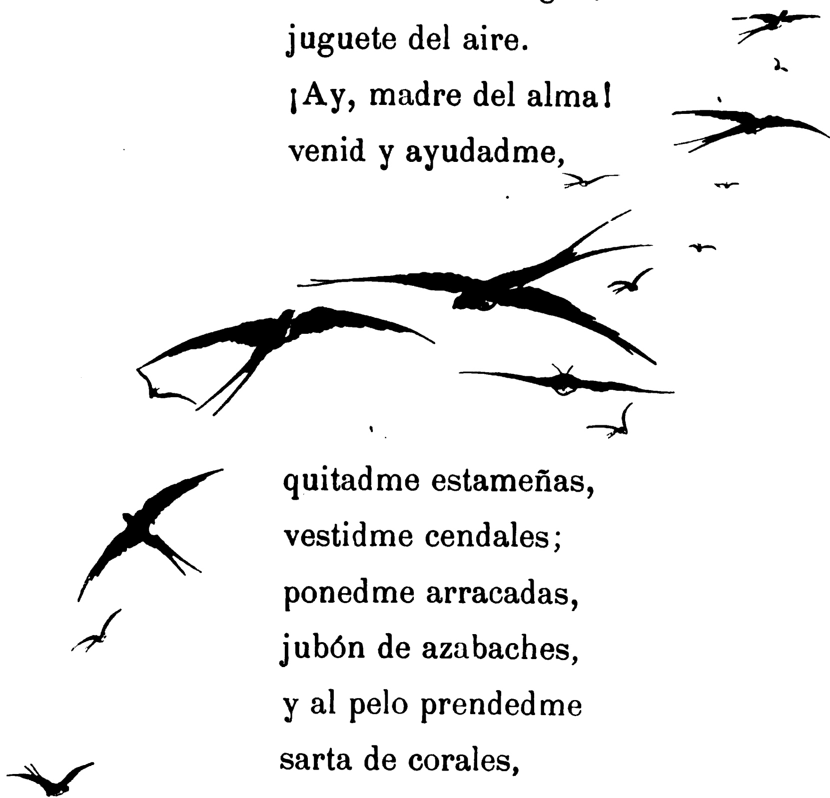
su diestra potente
los montes abate,
distancias acorta,
las nieblas deshace.
¿Quién de su juicio
los arcanos sabe?
Mirad; ¿no veis lejos
allá, muy distante,
un punto negruzco,
punto indescifrable,
que apenas alcanza
la vista á mirarle?
¿Lo veis? ¿Qué es aquello?
¿Es acaso un ave
que agita sus alas
en medio del aire?
O acaso, por dicha,
será alguna nave
que venga rompiendo
los limpios cristales?
No sé: ¡está muy lejos!...
¡muy lejos! y en balde





los ojos presumen
poder descifrarle.
Mas ¡ay! ¿por qué al verlo
pretenden saltarse
las fibras del pecho,
que inquieto me late?
Pájaro marino,
barco navegante,
¿qué pueden traerme
que bien pueda darme?
No sé: Dios es bueno,
en Dios todo cabe:
su diestra potente
los montes abate,
distancias acorta,
las nieblas deshace...
Mirad... madre mía,
mirad, la mi madre,
que aquello que asoma
parece que es nave.
Sí, sí, rauda corta
los tersos cristales,

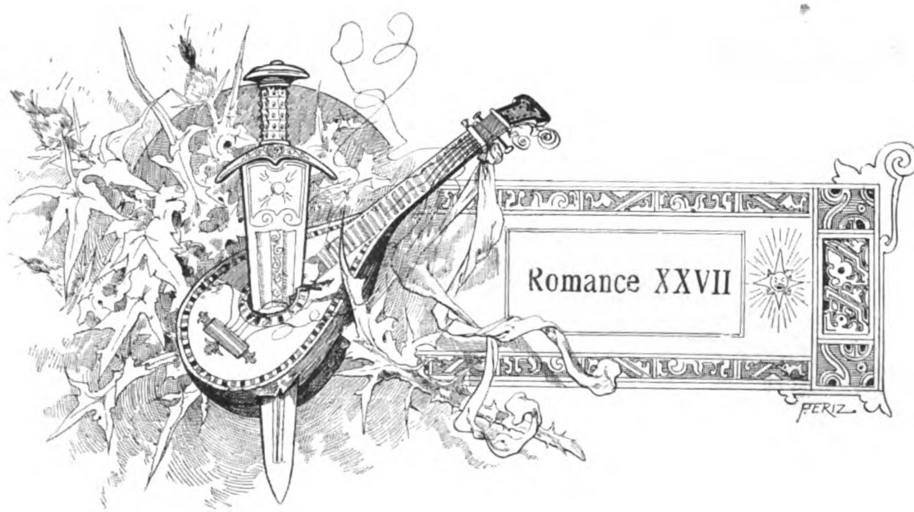
y avanza, y avanza
creciendo gigante:
sus lonas hinchadas,
su rico velamen
asombro es del agua,
juguete del aire.
¡Ay, madre del alma!
venid y ayudadme,

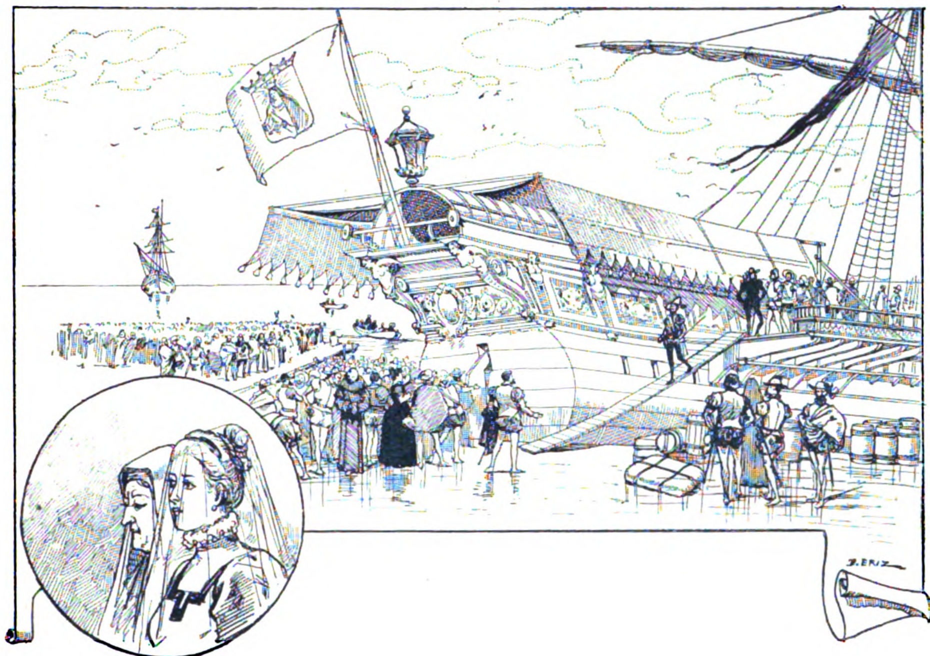


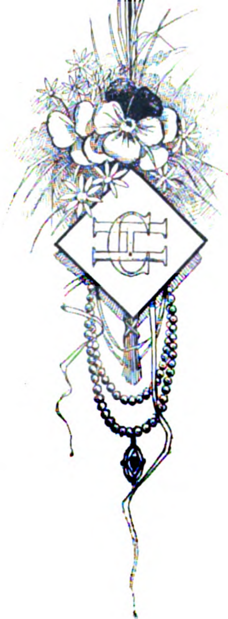
quitadme estameñas,
vestidme cendales;
ponedme arracadas,
jubón de azabaches,
y al pelo prendedme
sarta de corales,
que el alma me dice
con ansias mortales,
que en esa galera
que rompe los mares,
el bien que yo adoro
se acerca triunfante.

Y más que sus ojos
en mí no reparen,
mírenle los míos
siquiera un instante,
aunque al verle ingrato,
la pena me mate.—
Dijo Catalina,
y al punto su madre
salió á prepararle
basquiñas de calle.




Romance XXVII
PERIZ

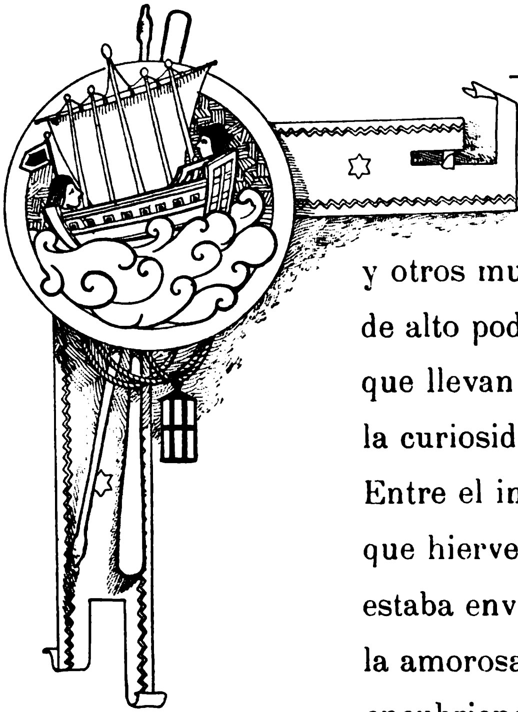




ROMANCE XXVII

LA ENTREVISTA

Pomposa, ligera, ufana
se acerca la nave, altiva,
izadas las banderolas
y con las velas tendidas.
Para ver quién viene en ella
se juntan en la marina
frailes, damas, caballeros,
soldados de daga en cinta,
gariteros y juglares,
los corchetes de justicia,



y otros muchos personajes
de alto poder en la villa,
que llevan ante sus ojos
la curiosidad por guía.
Entre el inmenso concurso
que hierve, alborota y chilla,
estaba envuelta en su manto
la amorosa Catalina,
encubriendo con la gasa
su frente descolorida.
A su lado iba su madre,
temblorosa y pensativa,
que sabe que un desengaño
dará la muerte á su hija.
Al cabo la nave llega,
echan el puente á la orilla,
y dos á dos van bajando
con militar gallardía,
hasta veinte caballeros
de los de espada ceñida,
que asustan á los valientes
y á las mujeres cautivan.
A hablarlos iba Velázquez,



porque amigos los creía;
mas de repente se pára,
dirige al barco la vista
y se turba y se conmueve,
se asombra, tiembla y vacila,
como quien siente en el alma
una horrible pesadilla.
Hernán al verlo, la mano
pone en la espada con ira;
mas Velázquez que le observa
le dirige una sonrisa,
y sin apreciar la afrenta
le vuelve una cortesía.
De pronto de entre la turba
sale de gozo transida
Catalina, la olvidada,
sin color en las mejillas.
Llega donde estaba Hernando,
se pára ansiosa, le mira,
le conoce, lanza un grito
y cae desvanecida.
Iba Hernán á levantarla,



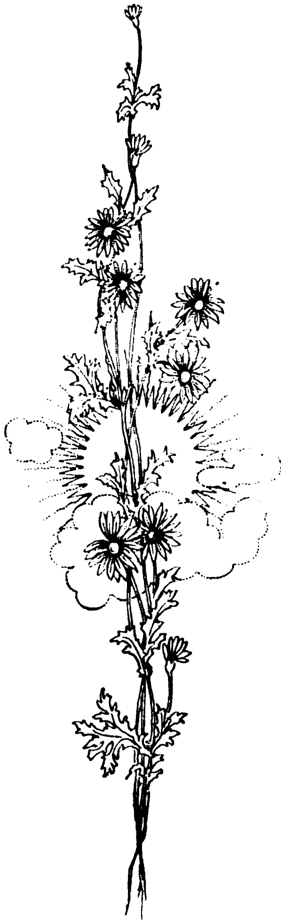




pero de pronto imagina
que aquella mujer ingrata
faltó una noche á su cita,
y soltándole la mano
los ojos airados fija
en don Diego de Velázquez,
que fué el ladrón de su dicha.
—¡Hola! noble Adelantado,
con fiero ademán le grita,
aquí estoy á daros cuenta
de mis extensas conquistas.
—Permitid, dijo Velázquez,
que os dé por ellas albricias,
que hoy esta tierra se honra,
pues vuestras plantas la pisan.
—Dejad que vuestros deseos
y parabienes no admita,
que no tolero lisonjas
sino de bocas amigas.
—Pues ved que entonces, Hernando,
tendréis que admitir las mías,
que de ser muy vuestro amigo
presumí toda la vida.
—¡Vos amigo!... ¡por Santiago
que esas palabras me irritan!...



¡Oh! ¿pensáis que dí al olvido
vuestra inicua alevosía?
No, que aunque la ahogué en mi seno,
hoy más fuerte resucita,
que es mi agravio como el Fénix,
que brota de sus cenizas.
—Guardad el furor, mancebo,
que fuera extraña perfidia
pagar con malas razones
á quien os quiere y estima.
Levantad en vuestros brazos
á la desdichada niña,
que presa de ardientes llamas
vivió entre penas cautiva.
Tiempo vendrá en que mis labios,
que hoy á la paz os convidan,
os vuelvan por mis ofensas
satisfacciones cumplidas.
—¿Satisfacciones?... las busco,
que harto me punza la espina
de haber sido, sin saberlo,
el blanco de vuestras iras.
¿Os acordáis de una noche,
noche para mí maldita,
en que, alevoso, robasteis



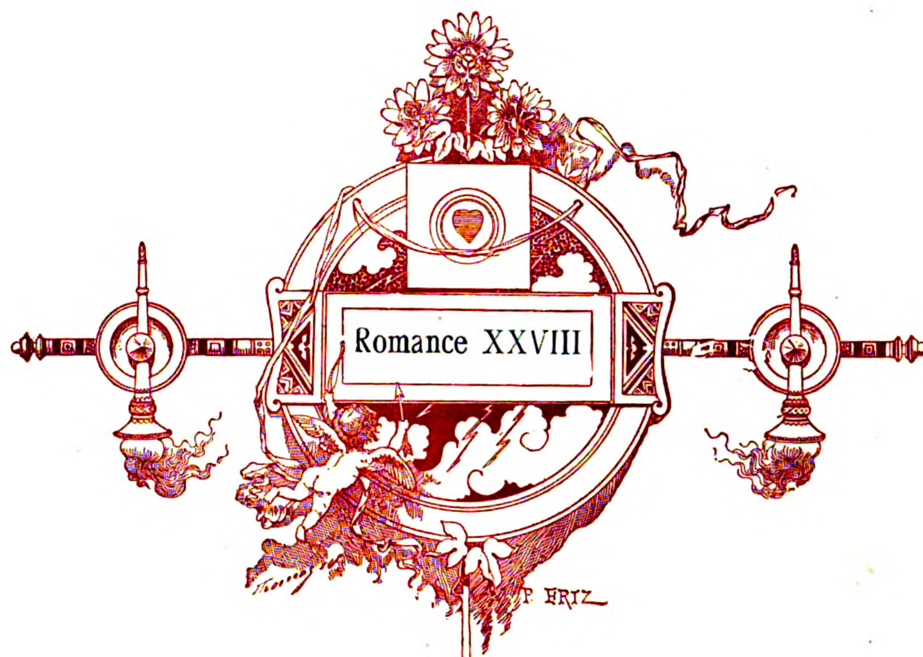
mis esperanzas queridas?...
— Basta, basta, buen Hernando,
que esas memorias me humillan:
¡harto los remordimientos
mi corazón aniquilan!...



La amaba loco, y con odio
pagó lo que la quería,
que sólo para vos late
el pecho de Catalina.
Y si frenético luego
contra vos conspiré un día,
harto su desdén y el vuestro
hoy mi delito castigan.
Alzad, pues, á esa doncella
y dadme una mano amiga,
que amistad y amor unidos
eterna ventura os brindan.—
Calló Velázquez, y Hernando
alzando al cielo la vista,
exclamó: «Perdona, Indiana;
perdona, sombra querida,
que es Catalina el trasunto
de tu imagen peregrina.»
Y bajándose, afanoso,
á su lado se arrodilla,

y con frases de ternura
la vuelve al cuerpo la vida.
La muchedumbre curiosa,
que tal escena veía,
frenética, alborozada,
rompió los aires con vivas.



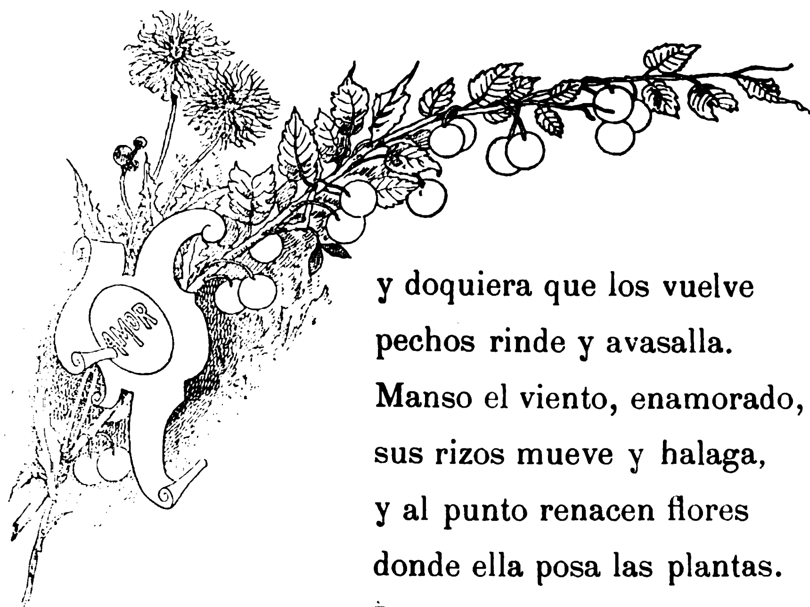

Romance XXVIII
P. FRIZ



ROMANCE XXVIII

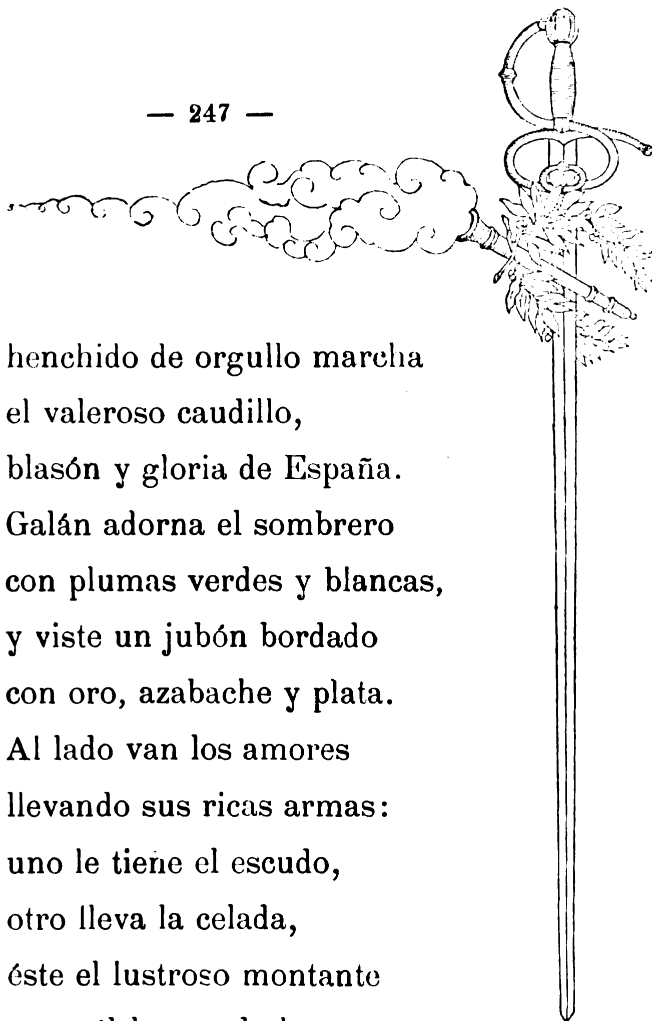
DICHA CUMPLIDA

Del templo sale radiante
la divina desposada,
con el rubor en la frente,
con el pudor en el alma.
Juega la risa en sus labios,
brota la dicha en su cara,
que bien lo están revelando
sus tintes de nieve y grana.
En sus negros ojos brilla
la clara lumbre del alba,

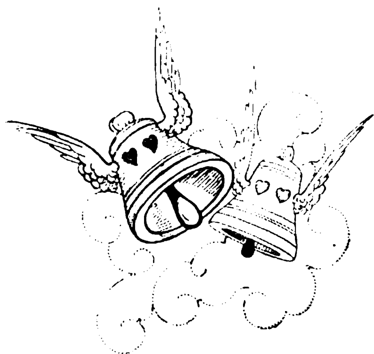


y doquiera que los vuelve
pechos rinde y avasalla.
Manso el viento, enamorado,
sus rizos mueve y halaga,
y al punto renacen flores
donde ella posa las plantas.
Las aves, que por el cielo
despliegan sus leves alas,
con cantos mil la saludan
creyendo que es la mañana.
Amorosa la rodean
las encantadoras gracias:
una, velo la sujeta;
otra, anima las miradas
y ésta de nueva hermosura
su cándida frente baña.
Los galanes que la miran,
suspiros ardientes lanzan,
y aquellos suspiros dicen
adiós á sus esperanzas.
Detrás de esta comitiva,

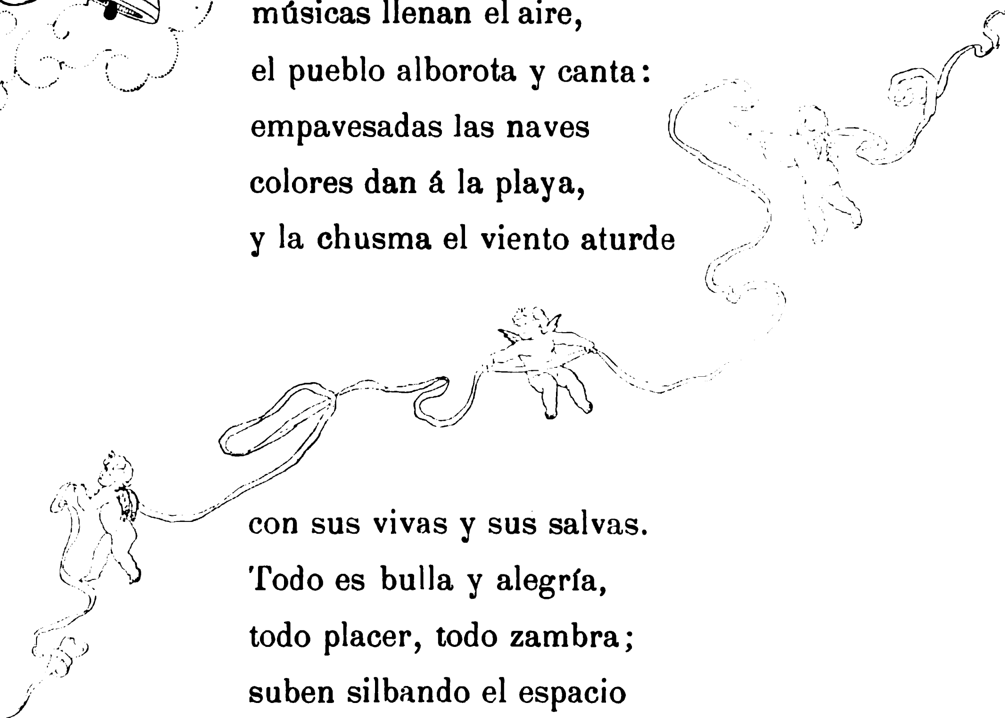




henchido de orgullo marcha
el valeroso caudillo,
blasón y gloria de España.
Galán adorna el sombrero
con plumas verdes y blancas,
y viste un jubón bordado
con oro, azabache y plata.
Al lado van los amores
llevando sus ricas armas:
uno le tiene el escudo,
otro lleva la celada,
éste el lustroso montante
y aquél la pesada lanza.
Al verlo pasar suspiran
también las hermosas damas,
y aquellos suspiros dicen
adiós á sus esperanzas.
Ellos dicen que la hermosa
parece una altiva palma,
cuya frente hasta los cielos
llena de pompa levanta;
y ellas, que para alabarlo



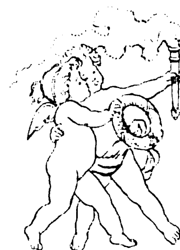
comparaciones no hallan,
dicen del noble mancebo
que no hay quien le venza en gala.
Entre tanto á fiesta tocan
las vibradoras campanas,
músicas llenan el aire,
el pueblo alborota y canta:
empavesadas las naves
colores dan á la playa,
y la chusma el viento aturde



con sus vivas y sus salvas.
Todo es bulla y alegría,
todo placer, todo zambra;
suben silbando el espacio
cohetes, que al aire estallan,
y á su estampido responden
atronadoras bombardas.
Al cabo los desposados,
que tanta ovación alcanzan,
recibiendo parabienes
dieron la vuelta á su casa.

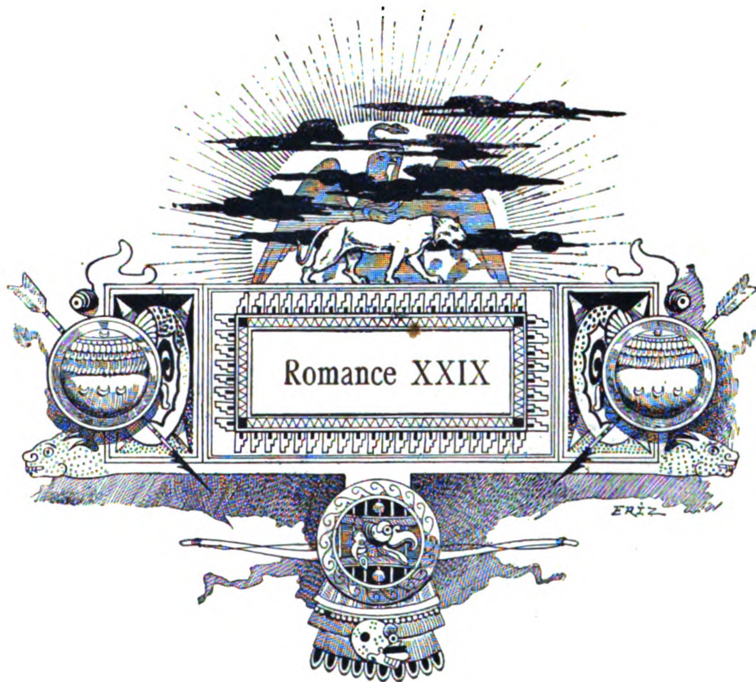


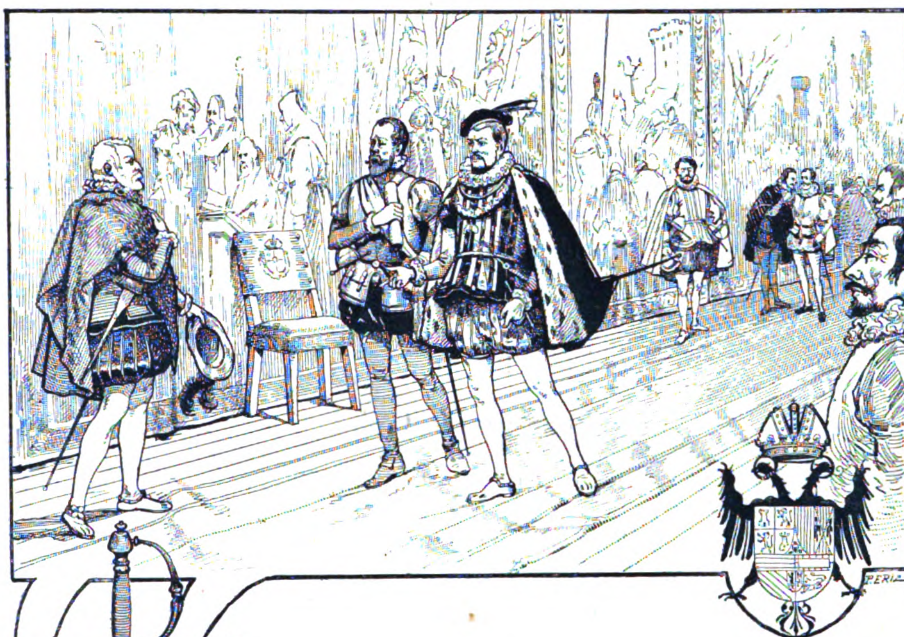
Y esperando en los umbrales,
llena de placer, estaba
la madre de Catalina
vertiendo copiosas lágrimas.
Al ver á la hermosa joven,
corre hacia ella y la abraza,
y sollozando le dice:
«Dios te guarde, hija del alma;
hágate feliz el cielo
que así tus amores paga.
Sé dichosa, prenda mía,
pedazo de mis entrañas,
y plegue á Dios que si llegas
á peinar como yo canas,
que te idolatren tus hijos,
como tu madre te ama.»
Calló; y Hernán y su esposa
postrándose ante sus plantas,
su bendición le pidieron,
que al punto les fué otorgada.
Siguieron aquella noche
las fiestas y la algazara;



hicieron en los navíos
asombrosas luminarias,
y antes que el sol reluciente
sobre los mares radiara,
los mancebos de la villa
cantaron una alborada.




Romance XXIX
ERIZ



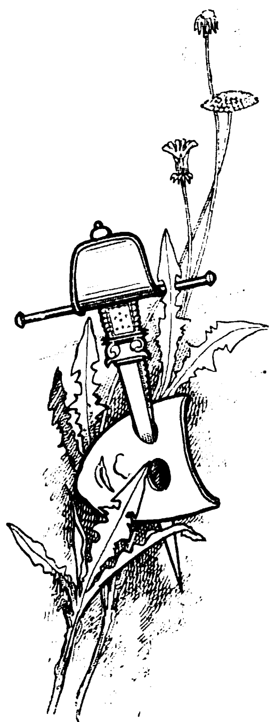


ROMANCE XXIX

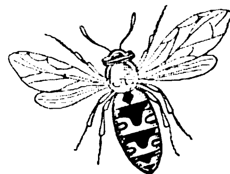
VEINTE AÑOS DESPUÉS

En la antesala del Rey,
del palacio de Toledo,
hablando están mano á mano
los pajes y palaciegos.
Cruzan las adulaciones
por el vasto pavimento,
y apenas de paso miran
los grandes á los pequeños;
que es propio de cortesanos,
que gozan merecimientos,

andar de cerviz alzada
y de semblantes soberbios.
Hablábase de la guerra
de España con el flamenco,
de la hazaña de Pavía,
del rey Francisco primero,
del asalto á la Goleta
y de otros muchos sucesos,
que ora viven en la historia
para asombro de los tiempos.
Y magüer que se contaban
de mil varones los hechos,
nadie remembranza hacía
de aquel Capitán excelso,
que conquistó todo un mundo
con su arrojo y con su esfuerzo.
De esto estaban platicando,
cuando entró en la sala un viejo,
de barba y cabellos canos,
de rostro triste y severo.
Todos al par le miraron,
y aunque bien le conocieron,
ninguno de los presentes
fué á rendirle cumplimientos.
Abrióse en esto la puerta

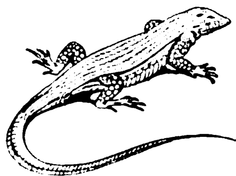


que daba al regio aposento,
y sonó una voz que dijo:
«Plaza al César, caballeros.»
Partiéronse en dos hileras
los ricoshombres del Reino,
y al rumor de las lisonjas
siguió humildoso silencio.
Al fin salió el rey don Carlos,
con Alarcón de bracero,
vertiendo afables saludos
y con semblante halagüeño;
y al transmontar los umbrales
de aquel salón grave y serio,
salió á su paso el anciano
y se inclinó con respeto.
—Hola, Hernán, el Rey le dijo,
vos por aquí... ¿Cómo es esto?...
ya hace mucho que en palacio
entre mis nobles no os veo.
¡Canoso estáis, vive Cristo!...
¡ya en vuestros ojos no hay fuego!...
¡pronto de vos se ahuyentaron
los juveniles alientos!...
—No es extraño, Hernán contesta,
que me haya acabado presto,

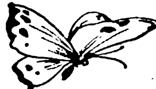




que agote todos mis bríos
en pro del servicio vuestro.
Si no he venido á palacio,
no fué á faltas del deseo,
mas mis fieros enemigos
de vos me han tenido lejos.
Y si agora vuestros ojos
me ven aquí, es porque vengo
á rendiros homenaje
y á dar el adiós postrero.
—Pues ¿do vais, mi buen Hernando?
—A Castilleja me ausento;
que allí entregado al olvido
en paz moriré á lo menos.
He andado errante en España
de mil contrarios huyendo,
y en diez años no he tenido
casi una hora de sosiego.
¿A qué me maltratan tanto?...
¿Por qué tal perseguimiento?...
¿Qué sombra puede ya hacerles
un hombre que está muriendo? ..
Por Dios, que bien se me alcanza
lo del refrán verdadero,
que diz que todos desdeñan



árbol que está por el suelo.
Mas á fe que cuando el árbol
frondoso estaba y cubierto,
más de una vez prestó sombra
á quien le paga en desprecios.
No es extraño, pues, gran César,
que tras tantos sufrimientos,
se hayan hundido mis ojos,
se haya arrugado mi gesto.
Por vos derramé mi sangre,




de heridas estoy cubierto,
hambres pasé como un pobre,
tuve la tierra por lecho,
y en perdurable vigilia
negué á mis ojos el sueño.
Y al fin de tantos trabajos
(que de pasarlos me huelgo),
até un mundo poderoso
al cabo de vuestro cetro.
Paréceme, por mi vida,
que servicios como estos
eran dignos de alabanzas,

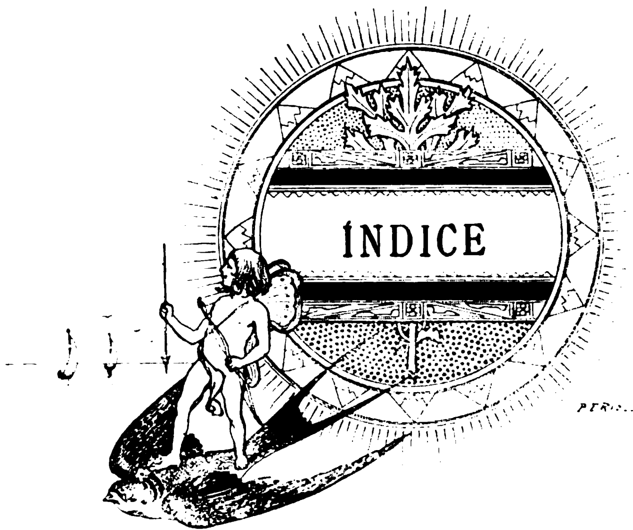
cuando no dignos de premios.
Por ello, á vos no os acuso;
culpo á vuestros consejeros,
que envidiosos de mi fama
propalaron mi descrédito.
¡Vive Cristo!, gran Monarca,
que esto me aflige en extremo;
que en mucho más que la vida,
mi honor sin mancilla tengo.
Pobre fuí á la conquista,
y pobre estoy, ¡vive el cielo!
que no ha menester riquezas
quien enriqueció su reino.
Más como yo no soy solo,
de no tenerlas me duelo,
que al cabo tengo tres hijos,
y las quisiera por ellos.
Mandad, pues, Rey poderoso,
que se levante el secuestro
de las haciendas y bienes
que allende la mar poseo.



Calló Hernán, y el Rey altivo
sin contestar á su ruego,

siguió el salón adelante
con Alarcón departiendo.
Porque en la corte de España,
y en otras cortes lo mesmo,
se suele olvidar al hombre
cuando ya es pasado el hecho.




ÍNDICE

ÍNDICE

		Págs.
Romance primero.	— La cita	7
— II.	— Revelaciones que matan	15
— III.	— Para los males de amor no hay cosa como la ausencia	25
— IV.	— En el mar	37
— V.	— Querellas de Catalina	47
— VI.	— La navegación	57
— VII.	— Una victoria	65
— VIII.	— Entrada triunfal	73
— IX.	— Espanto en Méjico	81
— X.	— Un golpe en vago	89
— XI.	— Las naves á pique	97
— XII.	— La embajada	107
— XIII.	— Guatimozín	119
— XIV.	— Hernán y Marina	127
— XV.	— La batalla de Tlascala	135
— XVI.	— El consejo	145
— XVII.	— La traición descubierta	153
— XVIII.	— La entrada en Méjico	161
— XIX.	— La prisión	169

		Págs.
Romance	XX. — La muerte de Motezuma.	177
—	XXI. — Doña Marina á Hernán	185
—	XXII. — El llanto de un héroe	193
—	XXIII. — Otumba	201
—	XXIV. — Carta de Hernán al Emperador	211
—	XXV. — Despedida	219
—	XXVI. — La vuelta	225
—	XXVII. — La entrevista	235
—	XXVIII. — Dicha cumplida.	245
—	XXIX. — Veinte años después.	253





